

# Manuel Vicent

## Lecturas con daiquiri



ALEAGUARA



# Manuel Vicent

## Lecturas con daiquiri



Narrativa Hispánica

---

Manuel Vicent  
Lecturas con daiquiri

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara\_es



@editorial\_alfaguara

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Prosas que teje y desteje el tiempo

Este libro contiene algunas prosas rescatadas del tiempo que leídas ahora resultan una crónica de hechos, sensaciones e imágenes de nuestra reciente historia y constituyen a la vez una manera de ver la vida y de enfrentarse al azar de los días propicios o adversos. Son páginas aptas para ser leídas con una copa en la mano, a ser posible con un daiquiri con un grado exacto de hielo, ron, azúcar y zumo de limón, para recordar los días felices del pasado, los veranos convulsos y todos los sueños derrotados con que se teje la urdimbre de la existencia y que uno debe aceptar con una sonrisa mojada con un poco de alcohol. Toda la prosa que habita este volumen fue publicada en el diario *El País*, pero rescatadas de la desmemoria, bajo el formato de libro, las palabras escritas adoptan otro sonido, otro sentido, y pueden abrir armarios durante mucho tiempo cerrados que contienen aromas perdidos y también algunos cadáveres. Es una tradición de la literatura española contemporánea salvar de la muerte algunos escritos que aparecieron en los periódicos condenados de otra manera a pudrirse con el papel amarillo. Si un día estas crónicas, reportajes, artículos y estampas cumplieron su misión de ser leídos y a continuación olvidados, ahora recuperan un hipotético milagro. Un momento de felicidad da sentido a toda una vida. Cualquiera que remonte el río de la memoria hallará un aroma, que dio estructura al mundo; un tacto sobre la piel que llegó a nublarle el cerebro; una música, una canción que le hicieron saltar las lágrimas y le despertaron evanescentes imágenes en los espejos glaseados. La felicidad también puede asumirse como un acto de rebeldía en el que hay que apoyar la palanca para sobrevivir.

MANUEL VICENT,  
septiembre de 2018

---

## **Aquellos días felices**

*Un momento de felicidad da sentido a toda una vida. Cualquiera que remonte el río de la memoria hallará un aroma, que dio estructura al mundo; un tacto sobre la piel que llegó a nublarle el cerebro; una música, una canción que le hicieron saltar las lágrimas y le despertaron evanescentes imágenes en los espejos glaseados. En esos puntos de felicidad hay que apoyar la palanca para sobrevivir.*

## El maestro de escuela

El 10 de diciembre de 1957, Albert Camus, al recibir el Premio Nobel, en Estocolmo, dedicó el discurso a su maestro de escuela primaria, el señor Germain, y después de la ceremonia le escribió una carta muy emotiva para expresarle cuánto le debía de ese honor que acababa de recibir. «Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, no hubiera sucedido nada de esto... Sus esfuerzos, el corazón generoso que usted puso en ello, continuarán siempre vivos en uno de aquellos escolares, que pese a los años no ha dejado de ser su alumno agradecido.» Aquel maestro de primaria se había empeñado en que un alumno lleno de talento, que se llamaba Albert Camus, estudiara el bachillerato; lo había preparado a conciencia, había vencido la reticencia de aquella familia de toneleros que se negaba a darle estudios porque necesitaba que el chaval llevara dinero a casa; el maestro le acompañó en tranvía al examen de ingreso, esperó el resultado sentado en un banco en la plaza del instituto y luego se desvivió para que le concedieran una beca. Era un chico espabilado, hijo de una madre sordomuda, de un padre muerto en la batalla de Verdún en la Primera Guerra Mundial y que crecía en el barrio obrero de Belcourt en Argel, entre árabes pobres y franceses subalternos, bajo el cuidado de una abuela. El maestro señor Germain le contestó a la carta: «Creo conocer bien al simpático hombrecillo que eras. El placer de estar en clase resplandecía en toda tu persona. El éxito no se te ha subido a la cabeza. Sigues siendo el mismo Camus».

En cualquier tiempo, en cualquier lugar, hubo un niño superdotado que se encontró con un buen maestro como el señor Germain. Por los ventanales de la escuela de un pueblo perdido salía la cantinela de la tabla de multiplicar, con la lluvia en los cristales, según los versos de Machado. Tal vez el niño llegaba a la escuela municipal en invierno atravesando el campo a pie bajo la nevada y en el aula con un dedo lleno de sabañones señalaba en el atlas abierto mares e islas, que a buen seguro nunca podría recorrer. O tal vez jugaba en un descampado en las afueras de la ciudad con otros golfillos sin más horizonte que el de ser un perdedor el resto de su vida. En cualquier tiempo, en cualquier lugar, hubo un maestro de escuela que un día puso la mano en el hombro de ese niño e hizo todo lo posible para que su talento no se desperdiciara. Convenció a los padres, pobres y analfabetos, de que su hijo debía estudiar y lo preparó personalmente para el ingreso en el instituto.

Hoy es un famoso arquitecto. Tiene cincuenta y nueve años. Ha levantado edificios en Brasil y en Singapur. En el álbum de fotos que contempla ahora con sus tres nietos aparece la imagen de un niño muy bien peinado con la raya en medio, sonriente, con chaqueta y corbata, al lado de un hombre mayor que le pone la mano en el hombro. Los nietos le preguntan quién es ese señor desconocido. Fue la foto que se hizo en el parque el día que aprobó el ingreso en el bachillerato. Todos los éxitos que ha tenido este arquitecto en la vida proceden de aquella mañana en que su destino tomó el sendero apropiado. En la escuela del pueblo quedaron otros compañeros que no pudieron estudiar y que hoy juegan al tute en el hogar del jubilado con gorra y jersey de pico. En el descampado del barrio marginal de la ciudad siguen hoy otros chavales jugando como perros



sin collar a merced de la fortuna.

Era un día de junio. El niño se levantó temprano. Su madre le lavó la cara y el pelo con jabón en una palancana en el corral, le fregó la roña de las rodillas con un estropajo, le ayudó a vestirse con los pantalones cortos, la chaqueta, la camisa blanca y la corbata, todo nuevo, estrenado para el caso. El padre se despidió de su hijo sin palabras antes de ir al campo a trabajar de jornalero. El maestro acompañó a este niño en el tren hasta la ciudad. En el vestíbulo del instituto lo dejó en medio de la ruidosa algarabía de otros niños que eran vástagos de la burguesía ciudadana. El niño se sentó por primera vez en un pupitre y esperó las preguntas del examinador. Lengua, historia, geografía, matemáticas. A la salida del examen el maestro de escuela se lo llevó a tomar un bocadillo y un refresco a un aguaducho del parque. Allí posaron juntos para una foto del pajarito con palomas a los pies. El arquitecto repasa el álbum y recuerda a sus nietos que aquel día fue el más feliz de su vida. El maestro se llamaba don Manuel y ya hace mucho tiempo que ha muerto.

## Julieta perdió la llave de casa

Fue el primer verano, el de 1968, en que sus padres la dejaron ir sola en bicicleta a la playa. Llevaba un libro en el cestillo del manillar. *Cumbres borrascosas*. Era la única niña de dieciséis años que leía novelas tumbada en una toalla sobre la arena y ese hábito adquirido con cierta furia obsesiva la había separado del resto de la pandilla. Guardaba en secreto su deseo de ser escritora. O de vivir una gran pasión.

Julieta se convirtió ese verano en la presencia erótica de la playa, objeto de caza de algunos dorados cachorros que habitaban las villas centenarias cuyas labradas verjas dejaban ver blancos sillones de mimbre, poltronas y algunas ninfas de escayola del jardín. Ninguno de aquellos vástagos de la burguesía logró que aceptara la invitación a alguno de los guateques en la terraza de sus villas con la música de los Beatles y de los Beach Boys, de los Rolling. Fue Gonzalo, un chaval de la pandilla de otros veranos, de su misma edad, el que consiguió durante una excursión a pie a las ruinas de un monasterio aislarla del resto de la pandilla y rezagarla en el camino de regreso cuando ya oscurecía. Ella le hablaba de los libros que había leído y de sus héroes literarios; paralizado por una timidez congénita el chico solo quería besarla, mientras la noche se cernía sobre ellos. Cuando el grupo ya estaba lejos y acabó por perderse de vista, los adolescentes se quedaron a solas caminando en silencio y fue Julieta la que insinuó que le gustaría ir a la playa y tumbarse en la arena para ver las estrellas errantes. Ella tomó la iniciativa. Se tendieron vestidos en la arena muy cerca de la orilla, ya cerrada la noche. Puesto que no sabían de qué hablar, comenzaron a descubrir y dar nombres a las constelaciones. Gonzalo pensó que era mucho más fácil subirse al carro de la Osa Mayor que alcanzar los labios de aquella niña que tenía a su lado. «El profesor de Literatura me ha mandado que lea este verano los cuentos de Chéjov», dijo Julieta. Sin atreverse siquiera a rozarla con la mano para acariciarla, el chico le preguntó: «¿Vas a ser escritora?». Ella contestó: «Me gustaría». El mar también estaba muy tendido, pero una ola larga rompió de repente contra sus dos cuerpos hasta inundarlos. A partir de ese momento, sin palabras, empezaron a abrazarse de forma convulsa con la ropa mojada como si el mar les hubiera dado la señal, y antes de que su pasión los llevara más lejos Julieta se dio cuenta de que el golpe de una ola sobre su cuerpo excitado le había arrebatado la llave de casa que guardaba en un bolsillo. Pese a todo no se detuvo. Fue una noche muy feliz que no olvidaría nunca. Sin ser consciente de ello, el mar con esa llave perdida había abierto por completo su cuerpo de dieciséis años.

El verano siguiente Julieta no volvió a esa playa. De hecho Gonzalo no la reencontró hasta más de treinta años después, pero durante ese tiempo siempre recordaría a aquella niña que quería ser escritora, la primera a la que besó una noche de verano tras una excursión. El chico, que hoy es un ingeniero informático, esperaba que algún día aquella Julieta apareciera en los periódicos como ganadora de algún premio literario. El reencuentro se produjo un primero de agosto durante la operación salida de vacaciones. En un área de descanso de la autopista del sur, alrededor de una gasolinera y un restaurante había aparcados casi cien coches de marroquíes y de españoles

sudados, con niños vomitando, padres gritando a sus hijos, cubos de basura repletos de desechos bajo un calor de cuarenta grados. Gonzalo descubrió que una de aquellas madres cargada de criaturas era Julieta. La reconoció porque su hija adolescente era la réplica exacta de aquella niña a la que él besó una noche de verano. Se saludaron casi por compromiso, con cierto rubor, sin saber qué decirse, escrutándose en el rostro la devastación que en ellos había realizado el tiempo. Ella le presentó a su marido. Un vendedor de coches usados. Luego comenzó a gritar a uno de sus cinco hijos, que pedía otro helado de chocolate.

## Fantasías eróticas de una pareja

Al viejo Josep Pla le preguntaron un día cuál era el mejor de sus sueños. «Tener dieciocho años e ir por primera vez a Italia», contestó con una sonrisa de mongol, rascándose el cogote por debajo de la boina. Y añadió: «Oír allí una tarantela e imaginar, como Heine, que los sauces llorones están hechos de espaguetis». El viaje iniciático que se produce al abandonar la pubertad, esa prueba del héroe, tenía en mi generación una encrucijada inexcusable. Había que elegir entre Roma o París.

No había chica que a los dieciocho años no soñara con ir a Roma para cumplir el rito de sentarse en las escalinatas de la plaza de España entre las flores, solo para ver pasar a los chicos italianos en plena berrea, sorber sus miradas sin sonreír apenas, pero deseando que aquel simpático ligón que le había caído en gracia fuera un poco más audaz y se ofreciera a enseñarle la Fontana di Trevi, el Coliseo, el Panteón y prometiera llevarla a una *trattoria* que no conocían los turistas. Era un tiempo en que todas las chicas que iban de viaje del ecuador a Italia se creían la Audrey Hepburn de *Vacaciones en Roma*, y esperaban que apareciera otro Gregory Peck que las invitara a montar en la vespa y, después de pasearlas por toda la ciudad sorteando puestos de sandías al son de una tarantela, les comprara un helado en Piazza Navona y las llevara a bailar a una terraza que diera al Tíber cuya orquestina tuviese un vocalista engominado que cantase las románticas canciones que habían triunfado en el Festival de San Remo. Luego, con cualquier excusa se dejaría llevar a la oscuridad del Janículo para besarse e incluso podría vivir una noche de amor en su apartamento de la vía Margutta. Una aventura parecida le sucedió a Lucía y después de muchos años la imagen de Mario, aquel chico italiano que se parecía a Walter Chiari, no la había abandonado. Ahora Lucía está sentada junto a su marido en una terraza de Benidorm frente a una horchata.

En mitad de la carrera de Derecho o de Filosofía no había universitario con cierta inquietud que a los dieciocho años no soñara con ir a París para dar vueltas por el Barrio Latino pensando que en el Café de Flore se encontraría con Sartre y, si ese suceso no se producía, al menos podría comprar libros prohibidos en los taquillones del Sena, ver películas que no llegaban a España, pasear por el Boulevard Saint-Michel, asistir a un *striptease* en Pigalle y tomarse una sopa de cebolla de madrugada en el mercado de Les Halles. En el mejor de los sueños imaginaba que conocería a una estudiante de la Sorbona con cola de caballo, pantalones de pirata muy ceñidos, blusa negra anudada en el ombligo, que se dejaría besar bajo los puentes del Sena. Algo parecido le sucedió a Jorge cuando en el viaje del ecuador de Derecho fue con los compañeros a París. En busca de los mitos de sus lecturas, visitó los cafés famosos que estaban en todas las crónicas literarias de entreguerras, los dorados tiempos de la vanguardia y de la generación perdida, Les Deux Magots, Le Dôme, La Rotonde, La Coupole, La Closerie des Lilas; olisqueó el rastro que habían dejado por allí Hemingway, Scott Fitzgerald, Henry Miller. Pensaba que en el velador de alguno de estos cafés encontraría a una estudiante solitaria repasando los apuntes, pero fue en plena calle, en un paso de cebra, donde se cruzó con una chica que le sostuvo la mirada con una

sonrisa complaciente. Después de perderla de vista en el semáforo, la volvió a encontrar al cabo de media hora en una librería de Saint-Germain-des-Prés. Junto a un anaquel trabaron media conversación con palabras que Jorge arrancaba difícilmente de un francés aprendido en el bachillerato.

Jorge está sentado junto a Lucía, su mujer, en una terraza de Benidorm, frente a otra horchata. Jorge y Lucía tienen alrededor de cincuenta años y forman una pareja gastada, con la pasión ya desactivada. Cuando alguna noche deciden usar en la cama la poca batería que les queda, siempre sucede lo mismo. Para excitarse se van de viaje, cada uno por su lado. Lucía vuelve a caer en brazos de aquel chico italiano, que se llamaba Mario, cada vez de forma más tórrida. Jorge recrea en la imaginación a Lilianne, aquella chica de París a la que conoció en la librería. Cenaron juntos esa noche en un bistró, luego la acompañó a casa, y al despedirse, ella se le entregó de pie sin más preámbulos en el portal con gemidos y palabras inconexas en francés, que aún suenan en sus oídos. A veces Lucía y Jorge se cuentan esas fantasías eróticas en voz alta para excitarse. Entonces solo fueron a Roma y a París, pero la pareja, a los cincuenta años, en estos viajes cada vez llega más lejos.

## Aventura en un vagón de tercera

El viajero insomne del coche cama, mientras el tren expreso atraviesa la alta noche, suele tener un ensueño. Cree que si sale del compartimento a estirar las piernas, en el pasillo del vagón encontrará a una hermosa mujer solitaria, tal vez desesperada, con los ojos perdidos en la oscuridad de la ventanilla. Tal vez esa joven misteriosa se hará asequible, compartirá con él un cigarrillo y con un poco de suerte podrían tener una aventura romántica, puesto que ella viaja sola y ocupa el compartimento contiguo del coche cama. El viajero insomne sale al pasillo y esa mujer nunca está. En su lugar suele haber un cateto rico en pijama de rayas, que le va a dar la tabarra contando lo mala que ha sido la cosecha de alfalfa este año.

Cuando uno viajaba en coche cama en aquellos trenes de antes y cenaba en el vagón restaurante con cubiertos de plata, siempre imaginaba que podía tener una historia con una desconocida o ser testigo de uno de esos crímenes de sangre que colman las novelas de misterio, pero nunca pasaba nada, salvo que en las estaciones, durante las eternas paradas, vendían mantecadas y pasaban el botijo de agua fresca por el andén.

Sin embargo, en aquel tren borreguero en que viajó el joven Vladimiro durante la posguerra, de Galicia a Madrid, en tercera clase, con asientos de madera corridos, un trayecto que duraba más de veinticuatro horas, sucedió este lance de novela barojiana. Por cierto, el joven Vladimiro formaría parte, años después, de la famosa tertulia que Pío Baroja celebraba en su piso de la calle Ruiz de Alarcón con unos personajes atrabiliarios, que eran restos del naufragio de la guerra. Allí Vladimiro, convertido ya en un señor, sin oficio conocido, contaría esta aventura, que él consideraba el momento culminante de una vida.

Un verano tórrido de 1948 bajaba de Ribadeo con destino Madrid en un tren abarrotado de gente pasada a cuchillo por la miseria. Vladimiro era entonces un joven espigado, encantador, de cuello muy largo. En el vagón de tercera no encontró otro asiento libre que el que había al lado de una monja todavía joven, de dulce rostro enmarcado por una toca de anchas alas almidonadas. Después de un saludo muy educado ella tuvo que recogerse un poco el hábito negro para dejar sitio al que sería su compañero de viaje parte de la tarde y toda la noche hasta Venta de Baños, donde ella se apeó.

Apenas el tren se puso en marcha en medio de un calor sofocante, en el vagón se estableció la típica discusión acerca del cristal de la ventanilla. Si lo subían, se metía en el vagón la carbonilla con el aire de fuego que emergía de los rastrojos quemados; si lo bajaban, el vagón se inundaba de un olor a choto humano irrespirable. «Hermana, ¿usted qué opina?», le preguntó Vladimiro a la monja. «Yo ofrezco este sacrificio al Señor», contestó. Con esto Vladimiro inició una larga conversación con ella, sosegada, agradable, no exenta de ciertas picardías, que la monja aceptaba con una sonrisa, y cuando en la ventanilla iba oscureciendo aquella tarde de verano, Vladimiro ya había compartido viandas de su tartera y ella le había regalado unas yemas de su convento.

El hecho sucedió cuando ya era noche cerrada. La oscuridad de la ventanilla era atravesada por tizones encendidos como si se estuviera despeluchando el rabo del diablo. En el vagón todos los

viajeros dormían profundamente, unos contra otros, al amparo de una luz mortecina que apenas dejaba ver sus sombras hacinadas, pero Vladimiro estaba muy despierto e incluso excitado por las historias que ella le contaba de un novio que la había abandonado. La escena de don Juan con esta novicia doña Inés estaba a punto de empezar, solo que en este caso el sofá era la madera de un vagón de tercera. Durante horas la pareja, debido al traqueteo del tren, se había rozado varias veces las piernas, las caderas, los brazos, aunque fue una mota de carbonilla que a la monja se le metió en un ojo lo que desató una pasión irresistible. Puede parecer un lugar común en las novelas de amor, sin embargo así sucedió. Cuando Vladimiro acercó su rostro a oscuras al de ella para ayudarla, se cruzaron los alientos y el galán percibió la ansiedad de los labios de la novicia. A partir de ese instante comenzó entre ellos una convulsión descontrolada de besos, de manos que se buscaban el interior del cuerpo bajo el hábito y el pantalón. A ella la protegía como una pantalla la amplia toca almidonada cuando llegaron al final del placer con los labios mordidos reprimiendo los gemidos, que en el momento culminante el tren ahogó con un silbido desgarrado. Don Vladimiro contaba esta historia en la tertulia. La recordaba como el día más feliz de su vida. Y cuando Baroja le preguntaba a qué orden pertenecía la monja, decía: era una hermana de la caridad. Fue un lance de amor que ella, tal vez, tampoco olvidaría.

## Sístole y diástole de la libertad

La tarde del 19 de noviembre de 1975, cuando el Caudillo de España por la gracia de Dios estaba infligiéndose a sí mismo la pena capital con una larga y patibularia agonía, en la redacción de todos los periódicos llevaba varios días preparada una teja para la linotipia con las letras grabadas, las más grandes de la caja: Franco ha muerto. Pero Franco no acababa de doblar. Al parecer ni el propio diablo quería hacerse cargo del asunto. En la redacción del diario *Pueblo* esa teja había dejado paso durante un mes a otras noticias que daban cuenta del desarrollo de la agonía, hasta quedar arrumbada en el suelo cubierta de polvo a la espera del desenlace. Ese titular impreso en negro, que iría a toda página, ya parecía un féretro e infundía mucho respeto a los redactores y al personal de talleres. En un momento en que no lo veía nadie, hartado de que Franco se demorara tanto en pasar a la historia universal de la infamia, a un periodista de ese diario le dio un raptó y se puso a bailar un zapateado histérico encima de aquella teja y después de aplastarla le dio una patada despectiva. El periodista llegó esa tarde al Café Gijón y se declaró ante sus amigos oficialmente un hombre libre. Santo remedio: Franco murió esa misma madrugada.

Puede que si a Franco no lo hubieran retirado de la capilla ardiente, la cola instalada ante su fiambre en el palacio de Oriente todavía estuviera allí. De hecho, muchos españoles que se creen demócratas mentalmente todavía piden la vez en esa cola después de treinta y siete años. Puede que la libertad sea una perra de lujo llena de pulgas o un mórbido licor que pone muy dulces los cartílagos, pero hoy los jóvenes y adolescentes la usan como sus zapatillas de deporte sin ser conscientes de que fue debida a una conquista muy ardua. Desde la muerte del dictador, la libertad ha estado batiendo los tejidos de esta sociedad en un movimiento cardiovascular de sístole y diástole, con sucesivos latidos y resacas.

Sístole fueron los sueños de aquella generación que en la dorada década de los sesenta había ensayado ya todos los ritos de la modernidad. A partir de Mayo del 68 descubrió que el sexo era el verdadero sur; convirtió el humo de la marihuana en una forma de risa y de espiritualidad; fue la primera en poner el dedo en la cuneta para ir en busca de las palmeras; la primera en encender un mechero en los conciertos para iluminar la historia.

Diástole fueron los tiros por la espalda, las pelotas de goma, la carga de los guardias bajo la nube de gases lacrimógenos. En algunos sótanos siniestros y en los altos despachos de los plutócratas se entregaba una dieta a un desdentado para que llevara a los alevines de Falange a apalea demócratas con cadenas y bates de béisbol.

Sístole era aquella lucha contra la opresión con canciones y guitarras que hacía que te sintieras ciudadano; era la alegría de recibir a los exiliados, que se vaciaran las cárceles de gente represaliada, que se inauguraran las Cortes democráticas, que Carrillo y Fraga tomaran juntos por primera vez un café. Fueron aquellos años en que en este país se estableció una feliz acracia y nadie osaba prohibir nada y había que ser divino de noche en las terrazas. Ese era el viaje a la luna que se estaba realizando con la Transición.

Diástole era que en los cuarteles se afilaban las espadas y en algún lugar secreto entre tacos de



jamón ibérico algunos conjurados se daban puñetazos en el pecho como King Kong dispuestos a sacar los tanques, hasta que la democracia estuvo a punto de reventar un 23-F, a manos de una banda borracha. Sístole era la manifestación de un millón de ciudadanos, el nuevo impulso que tomó la libertad con el cambio socialista, entre el miedo de los viejos demócratas, el desencanto de los progres y la nueva estética que en su huida hacia delante instauraron los seres galácticos de la movida. Diástole era la consigna de hacerse rico a como diera lugar, el que los bancos comenzaran a repartir dádivas a manos llenas y la codicia más obscena se implantara como una ramera en todas las esquinas. Los jóvenes se desengancharon de la política y se agruparon en tribus urbanas cada una con su cresta, con un signo marcado a fuego en el cuerpo, como el hierro de una ganadería.

Ahora, en medio de una democracia prostituida y de una crisis macabra, cuando millones de españoles están agarrados a una rama en el acantilado con el abismo a los pies y los cuervos trazando círculos en el espacio, elige aquel día, aquella noche en que tuviste un sueño feliz y todo pudo ser posible. Aquel periodista, hoy jubilado, cree que el suyo fue el momento en que le pegó una patada a la teja de la linotipia y las palabras, que comenzó a escribir en libertad, por primera vez tomaron ya su verdadero significado.

---

**Así se toma el daiquiri**

*La urdimbre de la vida que uno se ve obligado a tejer en este caso se compone de palabras. Cada domingo durante los últimos cuatro años, estos artículos fueron publicados en el periódico y tal vez se leyeron en la cama, en pijama durante el desayuno, en alguna terraza al sol o en el aeropuerto o en el tren o en la playa. O simplemente fueron ignorados. Cernidos ahora por el tamiz del tiempo se han convertido en la arena del reloj que marca las sensaciones de las horas lejanas. Su lectura debería ir acompañada de una copa que dejara un regusto en la memoria. O tal vez deberían ser leídos en la cama un minuto antes de ser acogidos por el sueño.*

## La llave

En algunos hogares de Israel, de Estambul y de Tesalónica, muchas familias de judíos sefarditas aún conservan la llave de la casa que sus antepasados habitaron en su añorada Sefarad, antes de ser expulsados de esta por los Reyes Católicos en 1492. A lo largo de cinco siglos, esa llave ha pasado de padres a hijos como una herencia simbólica que contiene, a la vez, la fatalidad del destino y la esperanza de un retorno. Hasta ahora solo servía para abrir la propia memoria y también el arca donde se ha guardado el tesoro de una lengua que se negaba a desaparecer. En los bazares del Mediterráneo oriental se pueden oír todavía en el habla vulgar palabras arrancadas del *Cantar de Mio Cid*, de los romances de *Gerineldo* o de *La linda Melisenda* y del arcipreste de Hita; son las que utilizaban en el siglo XV y cuyo sonido esmerilado por el tiempo han seguido usando los sefarditas para amar, comerciar, cantar, rezar, compartir la alegría con los amigos y gemir ante las desgracias. Al ser aventados a un exilio apátrida, los judíos se llevaron la ciencia y el comercio. Aquí quedaron los cristianos viejos con el tocino, la hidalguía, el jubón raído y la hoguera. Ahora se va a conceder la nacionalidad española a los sefarditas que lo deseen. A la hora de hacer valer esa carta de naturaleza ignoro si bastará con mostrar la llave de una casa en Sefarad, ya desaparecida. En el bazar de Estambul un sefardita comerciante de ámbar me contó que sus antepasados vivían en Toledo y que él había realizado varios viajes a España con la llave de una puerta que solo estaba en sus sueños. La puerta ya no existía, pero pensó que tal vez la cerradura pudiera andar perdida en manos de algún chamarilero. Después de recorrer cientos de anticuarios por toda España un día se produjo el milagro. Entre los cachivaches de una almoneda que regentaba un gitano de Plasencia, el sefardita encontró una cerradura herrumbrosa del siglo XV en la que su llave encajaba y funcionaba perfectamente. La adquirió a buen precio con certificado. En el bazar de Estambul, el sefardita me hizo una demostración. Metió la llave en la cerradura, la accionó varias veces y con palabras pronunciadas en ladino meloso me dijo: «Así es como se abre y se cierra el destino».

## Sobre arte

Cuando se cerró la prisión de Alcatraz, situada en la bahía de San Francisco, uno de los chicos de Andy Warhol adquirió su silla eléctrica para llevarla a la Factoría, donde, al cambiar de alma, quedó convertida en un objeto de pop-art. Warhol la reprodujo en muchos cuadros y serigrafías como alegato contra la pena de muerte sin dejar de jugar a ser un frívolo malvado y divertido, que a veces se sentaba en ella para ver películas de terror. Por su parte, la cantante Nico y Roman Polanski comprobaron su eficacia utilizándola como plancha para freír un filete, que a continuación se zamparon. Este experimento culinario pasa por ser el primer ensayo de la nueva cocina, frente al cual las cosas que Ferran Adrià expone en la feria de Arco quedan en pura antigualla. Hubo un momento en que en Estados Unidos se consideró que la horca era un método demasiado infame para acabar con la vida de un condenado, y en 1890 fue sustituida por esta silla de hierro que acababa de perfeccionar el señor Harold P. Brown, un empleado de Thomas Edison. Sentados en esa silla fueron achicharrados famosos criminales y muchos inocentes, pero a su vez este arte de matar fue cayendo en desuso a medida que se puso de moda la cámara de gas. La ventaja de la cámara de gas consiste en que es el propio reo quien se ejecuta, puesto que, dentro de ella, si no respiras, no mueres. De hecho, fuera de la cámara de gas, también es la respiración lo que nos mata. El oxígeno del aire, cuanto más puro más mortífero, va quemando las células hasta convertir nuestra carne en ceniza. La silla eléctrica de Warhol, fabricada en 1930, fue subastada en Madrid en 1999 y un coleccionista amigo me hizo el honor de dejarme sentar en ella. No se puede decir que no fuera amplia y cómoda. Si la esencia de una escultura estriba en despertar a través de la forma el alma que duerme en el fondo de la materia, la silla eléctrica como pop-art me transmitió la sensación de que aún estaba llena de energía. Sentado con los pies en su estribo de hierro, atado con correas al respaldo, sin electrodos en la sien y con las manos libres para seguir tomando un whisky, descubrí que, frente a cualquier futuro de terror, incluso la vida más vil es un regalo.

## Guillotina

Un pensamiento puro podría ser el que emite el cerebro cuando la guillotina o el hacha del verdugo acaba de cortar el cuello de la víctima y su cabeza cae dentro de un cesto. Se supone que el impulso de la sangre mueve todavía la red nerviosa de las neuronas durante un par de segundos, tiempo suficiente para que el cerebro libere de forma automática la descarga de un pensamiento puro, sin adherencias de los sentidos que se deriven del resto del cuerpo. Tal vez a este mecanismo cerebral se refería Descartes cuando consagró el principio filosófico que resuelve la duda metódica sobre la existencia: pienso, luego existo. Dentro de la cabeza del Bautista, que le fue ofrecida a Herodes en una bandeja de plata, probablemente bailarían Salomé todavía la danza de los siete velos; el conjunto de juicios que formularon en el interior de la canasta ensangrentada los cerebros de Luis XVI y María Antonieta, de Danton y Robespierre y de dieciséis mil ochocientos decapitados más resultaría ser la cosecha esencial de la Revolución francesa; el cerebro del propio doctor Guillotin, el promotor de la guillotina, que según la leyenda fue condenado a probarla, sin duda quedó deslumbrado por la ironía; el fantasma de Ana Bolena aún se pasea con la cabeza bajo el brazo por los sótanos de la Torre de Londres para gusto de los turistas y Tomás Moro con la cabeza separada del tronco encontró dentro del cesto *Utopía*, el tratado por el que pasó a la historia. A estos decapitados insignes los acompaña una serie innumerable de criminales y bandidos infames, de gente subalterna sin atributos, la mayoría inocente, que ha caído bajo el hacha del verdugo o la cuchilla del doctor Guillotin. Sus pensamientos dentro del cesto constituyen el último relámpago de la filosofía: el terror ante la nada, el destino inexorable, la culpa en la nuca a merced del cuchillo, el odio o el perdón y al final una luz blanca sin sentido que deslumbra y se apaga de repente. Pero ese último pensamiento no sería posible sin el impulso postrero del corazón. La razón necesita alimentarse con latidos de sangre. No se puede pensar sin sentimientos. De hecho, si la cabeza del decapitado fuera también capaz de llorar dentro del cesto, habría que replantearse la duda metódica: ¿qué sería más profundo, su pensamiento o sus lágrimas?

## Mistela

En una sobremesa junto al mar los comensales hablan de la crisis, de la corrupción, del paro, de los desahucios. Aunque el mar está en calma y en el horizonte se ven plácidos veleros navegar en aguas de dulzura, en tierra todo parece a punto de zozobrar. En medio de esta conversación derrotista sobre los desastres de la patria hay botellas de excelente vino ya vacías y escombros de mariscos en cada plato. Pero lo peor llega cuando a estos análisis catastrofistas de la economía se superponen los análisis clínicos de cualquiera de los contertulios. La conversación vira hacia las enfermedades y quebrantos de cada cual. Las opiniones teóricas acerca de la basura política de pronto se convierten en datos concretos sobre la vesícula, las cervicales, el vértigo, los cólicos, el colesterol y toda clase de tumores benignos o no. Con especial regodeo masoquista y todo lujo de detalles alguien manifiesta su nivel de urea, de creatinina y de azúcar en la sangre; otro explica con gran pormenor el tormento que le causa la ciática; otro se abre la camisa y exhibe la cicatriz que le dejó una operación quirúrgica. No obstante, basta con volver el rostro hacia la playa para darse cuenta de que el mundo es maravilloso. Sobre la arena hay niños felices que levantan castillos, adolescentes que mueven sus cuerpos gloriosos con una elasticidad felina, amantes jóvenes que se embadurnan ritualmente con crema para ofrecerse en sacrificio al sol. En esta sobremesa junto al mar, la pobreza galopante en que está sumido el país ha quedado sin resolver, pero los comensales parecen haber encontrado remedio para sus males. Entre ellos se cambian recetas de minerales y vitaminas, de pócimas con hierbas exóticas. Unos proponen hacer yoga y darse masajes, otros aconsejan caminar una hora al día y apuntarse una dieta vegetariana del Tíbet. Alguien interrumpe esta conquista de la felicidad para leer en voz alta el titular de primera página del periódico: Anticorrupción descubre otro fraude masivo de decenas de millones. Vuelve al estómago la acidez de la política, pero junto a la noticia de este escándalo aparece el anuncio de una chica espléndida que te incita a viajar con ella a los mares del sur. Entonces se acerca la camarera y dice: «La casa les invita a una mistela».

## Ser mujer

Muy pronto los centros del poder masculino quedarán definitivamente fuera del canon machista consagrado en nuestra cultura por el Antiguo Testamento y la lucha por la igualdad de hombres y mujeres se librarán incluso en el terreno de la genética. Llegará el momento en que el óvulo podrá elegir el espermatozoide más adecuado de entre los millares de inútiles que asediarán la gran fábrica de la vida. Al final, las dos células se mirarán a la cara, de igual a igual, y el pequeño espermatozoide tendrá que aceptar un «no es no» de ese óvulo único, brillante, dinámico y lleno de futuro. Si el Génesis lo hubiera escrito Sefora, la mujer del machista Moisés, habríamos leído: «Al sexto día, Dios creó a Eva y de sus entrañas surgió Adán». Sería un relato más consistente, porque todos llegamos a este mundo atravesando a una mujer cuyo cuerpo, glorificado o satanizado, se ha convertido en una neurosis masculina en el arte y en la religión. El voluptuoso desnudo femenino constituye un horizonte estético en la historia de la pintura, igual que la figura de la Virgen sin vísceras pero vestida con ropaje celestial, rodeada de ángeles. Para una feminista radical ¿qué es más degradante, la Venus de Botticelli saliendo desnuda del mar sobre una concha impulsada por el soplo de dioses alados o las Inmaculadas de Murillo, quien a veces utilizaba de modelos a ramerías sevillanas y las pintaba con la serpiente y la luna a sus pies? Durante tres mil quinientos años, la mujer ha sido sometida, explotada, considerada como patrimonio del varón, objeto de placer o animal de carga. La esclavitud fue oficialmente abolida en la segunda mitad del siglo XIX; entonces se inició el movimiento obrero y ahora que la lucha de clases parece que ha sido neutralizada ha aparecido en escena la batalla final por la liberación femenina, una guerra que no ha cesado desde el Neolítico.



## Tres goles

Recuerdo muy bien la tarde del domingo 2 de julio de 1950. Por el ventanal de un bar llegaba hasta la plaza del pueblo la patriótica voz de Matías Prats, que radiaba el partido de España contra Inglaterra desde el estadio de Maracanã en Río de Janeiro. En ese momento, un chaval de mi edad me hacía una demostración con lo que a simple vista parecía una estilográfica. Le quitó el capuchón y me pidió que escribiera cualquier cosa sobre un papel. Entonces se oyó un grito desaforado: «¡Gol de Zarra!!». Solo se me ocurrió escribir lo que acababa de oír: «Zarra ha marcado un gol». Mi amigo me dijo que pasara la mano sobre la tinta. En efecto, aquella tinta no manchaba. Era el primer bolígrafo. El gol de Zarra y aquellas letras imborrables escritas con un bolígrafo serían siempre para mí el mismo milagro.

Mucho después, el 21 de junio de 1964 se jugaba la final de la Copa de Europa entre España y la Unión Soviética en el Bernabéu, con Franco en el palco. El poeta Blas de Otero había dicho: «Tanto tiempo esperando que llegaran los soviéticos a salvarnos y vienen a dar patadas a un balón». La grada del fondo sur estaba cuajada de policías de la secreta. En el minuto 84 se produjo el gol triunfal de Marcelino. En medio del delirio explosivo, a mi lado hubo un español que no aplaudió. Su actitud reacia provocó cierto altercado y de pronto un policía de la Brigada Político-Social salió del anonimato y lo trincó por el cuello. «Pero ¿qué he hecho yo?», gritaba aquel ciudadano. «No aplaudir, ¿le parece poco?», gruñó el policía llevándolo preso.

Años después, el 11 de julio de 2010, en un café de Marrakech había un centenar de espectadores, yo entre ellos, viendo en televisión la final del campeonato mundial entre España y Holanda. «Tú estar español», me decían, de modo que ante el gol de Iniesta, de repente, varios marroquíes se abalanzaron sobre mí con gran euforia para abrazarme. Con mucha angustia yo les gritaba: «¡Dejadme, que yo no he hecho nada!». Solo me libraron de morir asfixiado cuando también grité «¡Viva España!». De los tres goles he sacado tres lecciones: escribir siempre de lo que uno sabe, aunque sea con bolígrafo; hacer lo posible para no tener que aplaudir a nadie por obligación o necesidad; no ser nunca un patriota para no perecer ahogado por la victoria.

## 14 de abril

La República se ha convertido en un parque natural de la política española. Se trata de un espacio de la memoria colectiva que habría que preservar como se hace con un paisaje muy singular o con las especies biológicas en peligro de extinción. Puede que los ciudadanos que vivieron aquel episodio nacional lo recuerden con la nostalgia de un sueño de libertad, igualdad y fraternidad o con el horror de un mal parto que terminó en la tragedia de una guerra civil. Para muchos españoles que no conocimos aquel tiempo sino a través de libros y relatos melancólicos o envenenados, más allá de los tópicos con los que ha llegado hasta nosotros, la República es ese futuro irreal e incontaminado al que, de momento, solo se puede llegar por el camino del romanticismo. Los más profundos poemas de amor se deben a poetas que han experimentado amores frustrados o prohibidos. Las mejores novelas de aventuras han sido escritas en la mesa camilla imaginando piratas en el ventanuco del patio de luces y, por supuesto, las pasiones más morbosas suelen proceder de escritores de vida funcional, muy ordenada. Probablemente la República hoy sería otra cosa si se hubiera proclamado un día de invierno con niebla, pero llegó un 14 de abril bajo la flor de las acacias y en el sentimiento popular está asociada a la primavera y a la Niña Bonita, el número mágico en la rueda de la fortuna. En las manifestaciones de protesta en la calle se ve crecer cada vez más alta la marea de banderas republicanas enarboladas por jóvenes, que sueñan con una primavera política que limpie la suciedad de estos tiempos en que vivimos. La crisis económica unida a la basura de la corrupción, cuyo hedor no cesa de impregnar a la sociedad, sin respetar siquiera la escalinata de la casa real, hace que en medio del aire irrespirable, la República se haya convertido en ese parque natural que es necesario proteger, aunque solo sea para purificar la mente de los ciudadanos. No todo está perdido. En medio de la frustración, cada año, cuando se acerca el 14 de abril, muchos españoles divisan un espacio limpio por donde asoma el gorro frigio de aquella niña bonita con un mensaje de armonía y libertad. Tal vez se trata solo de un sentimiento, pero ahí está, creciendo más cada día.

## Bicicletas

Las bicicletas también tienen alma, como la tenían todos los juguetes de nuestra infancia: el caballo de cartón, el rompecabezas, el mecano, el proyector Nic, los primeros tebeos. Una vez rotos o abandonados, su alma se iba a su propio paraíso y puede que desde allí nos recuerde siempre. ¿Se acordará de ti aquella bicicleta Orbea con la que ibas a la playa cuando tenías quince años? Aquella niña pelirroja cuyo nombre has olvidado tenía una bicicleta BH con una redcilla en la rueda de atrás para que no se le enredara la falda. Solíais ir juntos a todas partes con una inocencia que entonces todavía se confundía con el aire y el mar limpios, con el olor a alga y brea de las barcas de pesca varadas en la arena, hasta que se produjo aquella caída, que fue el acto de iniciación. La niña se hizo una brecha en la rodilla y tú le limpiaste las lágrimas y la sangre de la herida con un pañuelo, que guardaste en el bolsillo, y luego os disteis el primer beso en los labios. ¿Dónde estará aquella bicicleta? Si existe un cielo que acoge a los juguetes rotos de la infancia, aquella primera bicicleta desde su paraíso habrá seguido todos los avatares de tu vida, porque desde entonces ha formado parte de tu conciencia. Sin duda habrá anotado todas tus otras caídas. Han pasado muchos años. Después de tanto tiempo, la bicicleta eléctrica que has montado los últimos veranos sin duda también tiene alma. Ella es la que te lleva al mar, a la tertulia con los amigos por la mañana a impulso de su energía, que concede a tu esfuerzo un simulacro de juventud. El placer de deslizarte con esa bicicleta eléctrica, que es como cabalgar en una escultura constructivista a través de todos los aromas de la tierra, a esta edad está acrecentado por el peligro, porque si te caes o te atropellan, esa caída será la última, pero te irás al otro mundo junto con ella.

## Resonancia

El exabrupto que suelta un personaje ilustre, sea artista o intelectual; la basura infame que expande un programa de televisión; la idiotez que emite en una tertulia el pelanas más inane, toda esa excrecencia humana está irremisiblemente condenada al éxito. Cualquier insulto que lances en público en un momento de cabreo siempre encontrará un número de oyentes o lectores que estén de acuerdo, y si eres conocido te abordarán por la calle para felicitarte. Lo que importa hoy es la resonancia. Nada más fácil. Se han colapsado las centralitas, se decía antiguamente como prueba del impacto de un suceso; ahora, el nivel de un agravio solo se mide por su capacidad de incendiar las redes sociales. La cultura y la política española están pobladas de gente airada, de cualquier edad e ideología, que compite por ocupar como héroe del día la plataforma digital a cambio de exhibir las vísceras. La ira es una corona que sienta muy bien en la cabeza de los jóvenes, pero nada hay más patético que un viejo cabreado, y mucho más si es un escritor, intelectual o artista pasado de época, que busca la resonancia mediática dando lanzadas. A cierta edad, la única resonancia favorable es la magnética, que se utiliza para detectar algún deterioro interior del cuerpo, pero a veces sucede que uno cree que es cólera contra la injusticia lo que en el fondo solo es odio enfrascado contra uno mismo al verse tan viejo en el espejo. La propia imagen maltrecha te obliga a recordar la seducción, los sueños y el humor perdidos, lo bien que escribías, pintabas, ligabas cuando eras un joven radical de izquierdas. Podrías creer que con asaltos coléricos vas a recuperar protagonismo y resonancia en la red, pero, lo dicho, un viejo solo debe buscar la resonancia magnética para descubrir si es odio o frustración lo que arrastra por dentro.

## La creación

Razón tenía la serpiente del paraíso cuando le dijo a Eva: «Si probáis esta manzana del árbol de la ciencia, seréis como dioses». Recientemente, unos científicos de Estados Unidos y de Europa han extraído un cromosoma de una célula del hongo que fermenta la cerveza y lo han sustituido por un cromosoma artificial, creado en el laboratorio. La célula lo ha reconocido como propio y ha seguido su desarrollo natural. Después del triunfo de la serpiente dijo Dios: «Ved ahí a Adán, que se ha hecho uno de nosotros». Y lleno de cólera decidió expulsarlo del paraíso. Que los científicos están a punto de adelantar a Dios por el arcén empieza a ser un lugar común en biogenética. Está ya al alcance de la mano la manzana científica que dará paso al segundo Génesis, ahora a merced del cerebro humano. El poder de crear vida artificial no va a tener límites. Primero estará al servicio de la medicina para curar enfermedades y recomponer órganos y tejidos viejos o dañados, pero nadie ni nada podrá detener la morbosa curiosidad de la inteligencia humana, cada día más excitada en ese camino hacia la oscuridad insondable de la materia donde ya se ve aletear la membrana de la inmortalidad. En el futuro, los científicos podrán fabricar una increíble variedad de engendros, toda clase de animales nuevos, homínidos, neandertales, seres mitológicos como las sirenas y los centauros, series de esclavos robotizados, los verdugos necesarios para dominar una sociedad de súbditos humillados por élites rubias muy escogidas, que serán como arcángeles. Clérigos de voz oscura, con un capuchón de oro en la cabeza, amenazarán a la humanidad con el castigo de una lluvia de azufre, pero ningún profeta podrá recriminar nada a la ciencia en este sentido. Basta con ver el *National Geographic* y cualquier telediario. Las criaturas más diabólicas que puedan salir de los laboratorios no lograrán ganar en maldad a los monstruos que ya pueblan este mundo, fieras, bichos venenosos y otras especies malignas, gente cruel y fanática, que parece regodearse presagiando una nueva guerra mundial. Si los científicos consiguen erradicar el gen de la violencia de sus nuevos engendros, sin duda será mejor, más pura y suave la vida que nace ahora del hongo de la cerveza.

## Castigo

A media tarde, el nublado descarga un furioso pedrisco sobre los trigales, los viñedos y todos los frutales. Después de esta maldad sale el sol y los pájaros se ponen a cantar la gloria del Creador. Este año ya no habrá siega, ni vendimia, ni otra cosecha que no sea la resignación. El campesino se pasea entre los surcos de su huerto desolado y eleva la mirada al cielo. Dios lo ha querido, alabado sea. Puede que el campesino cambie esta jaculatoria por una blasfemia. Da igual. Son la cara y la cruz de una misma y vieja plegaria. El campesino recuerda que esperó que lloviera en noviembre para que hubiera una buena sementera. Sembró el trigo, cuidó de que germinara, vio con alegría que los trigales se ondulaban con la brisa de abril, esperó a que cuajaran las espigas y después de mucho sudor, estando el trigo granado, el cielo le ha mandado piedras del calibre de huevos de pato y en un cuarto de hora Dios lo ha segado todo. El campesino también esperaba que aquellos sarmientos que podó con esmero dieran un vino excelente para alegrar nupcias y fiestas, pero este año el Creador ha tenido el capricho de beberse todo el vino él solo de un trago. El campesino vio florecer el azahar de los naranjos, se gastó todos sus ahorros para que cuajara el fruto. Desde la primavera luchó a brazo partido contra toda clase de pestes y miserias. Apartando las ramas contemplaba con placer cómo su trabajo tenía merecida recompensa. Pero esta vez, en pleno verano, el dios de la naturaleza ha querido comerse todas las naranjas de postre de una sola sentada. Alabado sea el Señor. Plagas, heladas, sequías, pedrisco, incendios, inundaciones, castigos que duran tres mil años, desde que Caín decidió hacerse agricultor. ¿Crisis? Al oír que en la ciudad se quejan de la crisis, el campesino sonríe y calla. Son tres mil años de resignación.

## No pensar

El pensamiento crea la realidad. Lo dijo Hegel y cualquiera que tenga dos dedos de frente. Según el Código Penal, el pensamiento no delinque, pero no existe atraco, violación, asesinato o matanza que no venga precedido por un mal pensamiento. Es la mente perversa la que provoca cualquier acto inmoral. Solo la religión cristiana convierte un mal pensamiento en pecado mortal capaz de condenarte al fuego eterno, pero este se refiere al sexo, precisamente el único que es placentero y que suele degustarlo uno mismo sin hacer daño a nadie. La mayoría de los errores que se cometen a lo largo de la vida se deben a no haberse parado solo cinco minutos a pensar en las consecuencias de hacer o decir lo que uno está pensando. Un día le pregunté a la pintora surrealista Maruja Mallo si creía en Dios. Me contestó: «Hijo, con las prisas de hoy en día es que no hay tiempo para nada». En efecto, algunos políticos parece que viven bajo una presión que les impide meditar cinco minutos antes de meter la mano en la caja. Cinco minutos de meditación habrían bastado para evitar la mayor parte de los casos de corrupción, los escándalos financieros, los desfalcos y otras rapiñas. La cultura política consiste en mentir y desmentir, en fingir y ser desenmascarado. Se trata de un tejido de torpezas creado por una lanzadera de palabras, que va y viene movida por la prisa sin dar tiempo a pensar en daños colaterales. Tiempos aquellos en que Sócrates en el ágora, después de dar una profunda lección, exclamó: «Solo sé que no sé nada». Y viendo que los discípulos sonreían, añadió: «Pero vosotros tampoco». Y guardó silencio. Pero hoy los políticos no paran de hablar hasta pisarse la lengua. Era un silencio de oro el de aquellos viejos marineros, el de los viejos campesinos que respondían a cualquier pregunta solo con una mirada muy bien pensada.

## El bastión

Con sesenta años muy gastados, he aquí a un ciudadano de vuelta de todo, cabreado por la corrupción, hastiado de la política, indefenso ante la quiebra de las instituciones, zarandeado por el rigor de la crisis económica. Puede que sea un euroescéptico militante, pero hubo un tiempo en que Europa fue un sueño imposible para los españoles de su generación. Hoy no piensa votar. O tal vez sí. Ante los embates del destino ahora se enfrenta al dilema clásico: levantar el ánimo todavía y luchar con arrojo o dejarlo correr y limitarse a soñar. Este ciudadano sabe muy bien que no siempre pelear es cosa de valientes ni soñar significa que seas un cobarde. Cuando Europa era un proyecto político excitante, él era muy joven. En el álbum de su memoria se ve con diecinueve años sentado en la escalinata de la plaza de España de Roma junto a otros compañeros de curso en el viaje del ecuador o fregando platos en un restaurante de Londres un verano que fue a aprender inglés. En otra imagen está solo en París, en una callejuela del Barrio Latino, que a las ocho de la mañana, recién regada, olía a cruasán. Allí olió también por primera vez la libertad. Todos los jóvenes le parecían Yves Montand, todas las chicas eran Brigitte Bardot y las parejas de enamorados se besaban a la luz del día en los muelles del Sena. Todavía conserva llenos de polvo los libros del Ruedo Ibérico que compró en aquella librería de un exiliado español. Entonces cualquier viaje a Europa era iniciático. El muro de Berlín, la discoteca Paradiso de Ámsterdam, el cielo bruñido sobre los acantilados de mármol de Grecia, aquellas chicas que bajaban desde el corazón de Escandinavia a nuestras playas, novias de verano, que en el sexo no exigían nada a cambio salvo sentirse libres. En efecto, él era muy joven y soñaba que un día aquella Europa de ríos navegables, de democracia y cultura abierta, de vacas con ojos azules, de Erasmo y de Voltaire acabaría por sacudirnos la caspa negra del franquismo. Hoy siente asfixia ante el descalabro de aquel proyecto europeo que ha sido invadido por burócratas corruptos, mediocres. Ante el dilema de pelear o soñar, este ciudadano guarda sus últimas fuerzas para que nadie le arrebatase aquel sueño de juventud, que es su último bastión para no sentirse derrotado.



## Estigma

Para un intelectual ser acusado de antisemita es un estigma difícil de soportar. Una extraña paranoia le impulsa a creer que una fuerza oculta le impedirá acceder a cualquier reconocimiento internacional, incluidos premios, cátedras, editoriales y periódicos. Por miedo a entrar en esa supuesta lista negra, algunos intelectuales, artistas y escritores se palpan el hígado antes de proferir una condena taxativa del insoportable espectáculo de crueldad y venganza que el Estado de Israel está perpetrando sobre el pueblo palestino, cuya rentabilidad en el número de víctimas es la del ciento por uno, según el famoso rédito bíblico. Cualquier opinión sobre esta guerra desigual debe expresarse siempre con matices, si no quieres ser tachado de antisemita. Para salvar la cara es obligado manifestar de antemano la admiración que produce la historia de ese pueblo y redoblar una vez más el espanto ante los campos de concentración y de exterminio. Creo que León Bloy acierta cuando afirma que el pueblo judío es como un dique atravesado en el río de la historia que ha elevado su corriente de nivel. Puede que la verdadera tierra de promisión de este pueblo elegido fuera Norteamérica, no Palestina, y después de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial es en Norteamérica donde ha desarrollado su enorme creatividad. Pero, tal vez, a cambio de esta acogida, el sistema bélico occidental ha obligado a esa nación a ejercer un papel siniestro. El Estado de Israel viene a ser, en definitiva, una base militar norteamericana, su garra de tigre sobre una civilización enemiga. Con las espaldas bien guardadas por el Pentágono y por una Europa que con su ambigüedad cura la mala conciencia, Israel se permite desafiar cualquier norma internacional con el sentido omnipotente y vengador del peor Yahvé de la Biblia. El odio y el antisemitismo crecientes son el resultado de este destino.

## Cocoteros

A estas alturas de la vida, todos los años uno tiene que pasar por la prueba del cocotero. Es una de las imágenes que guardo de aquellas lecturas de hamaca en los veranos de la adolescencia. Recuerdo haber leído que en una isla del sur poblada por unas tribus muy primitivas en cada solsticio de invierno se celebraba una fiesta muy singular para conmemorar el nacimiento de la luz. Al son de los tambores sincopados, los jóvenes elegían a los más viejos de la aldea y de grado o a la fuerza los encaramaban en lo alto de los cocoteros y los dejaban allá arriba con la advertencia de que se agarraran bien a las palmas. Era su última oportunidad de merecer aún la vida. Entre cánticos rituales al ritmo de los tambores, la ceremonia consistía en que los jóvenes comenzaban a agitar los troncos con el ímpetu descomunal propio de su edad. Como cocos de agua ya demasiado maduros, algunos viejos caían al suelo y la tribu los daba por muertos. De hecho, si no morían por el golpe, los ultimaban con la máxima dulzura mediante pócimas en otra ceremonia de benevolencia para que dejaran paso a la vida que venía detrás; pero había algunos viejos que conseguían superar la prueba agarrándose muy fuerte y entonces bajaban del cocotero en medio de aplausos y lograban vivir hasta la próxima prueba del solsticio, siendo muy respetados. No hay viejo que no pueda vivir un año más ni joven que no pueda morir al día siguiente. Basta con que le caiga un coco en la cabeza mientras está en bermudas y gafas de espejo, por ejemplo, en Punta Cana, tomándose un cóctel floral, como a Pitágoras lo mató una calabaza que soltó un águila desde el cielo. Para vivir, la primera condición es amar la vida y, seas joven o viejo, tener como principal proyecto no morirte. Pero a cierta edad conviene agarrarse bien al cocotero que se levanta ante el futuro cada nuevo año.

## La daga

He aquí una imagen sagrada, absolutamente atroz. El verdugo yihadista del Estado Islámico exhibe una daga dispuesto a decapitar a una segunda víctima inocente, arrodillada a sus pies, el periodista norteamericano Steven Joel Sotloff, vestido con uniforme naranja, como los prisioneros de Guantánamo. Un tercer prisionero se halla ya preparado para el degüello ritual. Se trata de una ceremonia escenificada como un sacrificio litúrgico, una mezcla de venganza, oración y desafío, en honor al presidente Obama. Frente al diseño zen de los misiles y de los drones, en los que solo se valora su eficacia bélica y su rentabilidad en la industria armamentística, la imagen de la daga exhibida por el sicario yihadista nos lleva a la zona más oscura de nuestra cultura religiosa. En la historia sagrada, la daga preside los lances de Judit y Holofernes, de Herodías y la cabeza del Bautista; también la llevamos asociada a muchos mártires cristianos y a relatos sarracenos del antiguo califato de Damasco. Da la sensación de que las armas modernas combaten entre ellas al margen del ejército al que pertenecen. Su asepsia informática parece eximir las del odio y del fanatismo. A un misil de cualquier bando se le da la orden y después de apretar el botón su servidor puede irse tranquilamente a tomarse un *gin-tonic*. El misil sabe lo que tiene que hacer. Buscará por su cuenta el arma contraria sin que le importe nada la carnicería que provoque. En cambio, el verdugo acerca el cuchillo al cuello de la víctima y antes de separarle la cabeza del cuerpo le invita a condenar a toda nuestra civilización con palabras rituales, patéticas. A su vez, el verdugo con una oración culpa de la sangre que va a derramar a un enemigo concreto. La acción de la daga en este sacrificio de un cordero humano tiene un impacto más demoledor que cualquier bombardeo.

## Inspiración

Permanecen en el aire todavía los versos de Safo y de Píndaro que se perdieron; las melodías que inventaron los pastores de Virgilio soplando una caña o el filo de una hoja seca, música de la naturaleza que se llevó el viento; los cánticos, las danzas rituales, las plegarias a unos dioses que también ignoramos; la filosofía y las tragedias escritas en pergaminos que se pudrieron o se hundieron en el polvo o ardieron en la biblioteca de Alejandría. Permanecen en el aire todavía los cuentos narrados de viva voz sobre las alfombras en las esquinas de Bagdad; los consejos de los sabios budistas, místicos y sufíes que no encontraron respuesta en el corazón de los discípulos y siguieron viaje en el tiempo. Solo una mínima parte de toda la belleza y sabiduría que se ha creado desde el fondo de los siglos en este planeta ha llegado hasta nosotros, pero el resto de ese inmenso caudal no ha desaparecido. Si fueron rimas, canciones o fábulas están todavía suspendidas en la atmósfera; si las enseñanzas grabadas en tablillas de barro, en papiros, vitelas o pasta de celulosa se convirtieron en ceniza o estiércol, habrán fecundado la tierra y ahora dan fruto en árboles llenos de pájaros; si un día naufragaron las naves griegas o latinas, los bajeles sarracenos o los barcos cristianos que transportaban dioses de bronce, ánforas con aceite y vino, monedas de oro o mapas de islas del tesoro, ese sagrado cargamento forma parte del mar por el que ahora navegamos. También han sido infinitos los crímenes que han quedado sin castigo, los ríos de sangre que se han evaporado, los gritos de dolor que llegaban hasta el horizonte. Los nombres de los asesinos impunes componen un cielo muy estrellado. Existen hazañas y matanzas que nunca fueron contadas, enigmas de la historia que han quedado sin resolver, vicios y perversiones que tampoco han sido confesados. El aire de un arte y un horror desconocidos respiramos, pero ese soplo es el sueño que excita solo la imaginación de los poetas, de los músicos, de los pintores, de todos los artistas, y al final se hace carne. Realmente la inspiración no es más que el don gratuito que tienen algunos seres para respirar esa carga perdida de belleza y maldad y rescatarla del poder del viento.

## **Mono alfa**

Para que la raza humana desaparezca del planeta no hay que esperar miles de millones de años a que el Sol se convierta en una supernova, de forma que su bola de fuego llegue hasta el pie de nuestro lecho, o a que la Luna, cuando se aleje un poco más de la Tierra, rompa su equilibrio y se levanten los mares por encima del Himalaya. Para que la Tierra se convierta de nuevo en un planeta de monos tampoco será necesario que se produzca una guerra atómica. El Hombre se ha coronado a sí mismo rey de la creación y la megalomanía le lleva a creer que se merece una lluvia de estrellas a la manera de un gran musical como remate de su existencia, pero este sueño apocalíptico es una prueba más de un orgullo vano. Lo más probable es que el final del reinado del Hombre sobre la Tierra no se deba a un fracaso del universo, ni siquiera a un aguacero de misiles nucleares, sino a un mosquito, a una pulga, a una bacteria, o a algo mucho más indigno, a que el Hombre por sí mismo decida volver al mono, como predijo Schopenhauer. La pulga que trajeron las ratas a Venecia por la Ruta de la Seda produjo la peste bubónica y se llevó por delante a la mitad de la población europea del siglo XIV. La mal llamada gripe española en 1918 generó cuatro veces más muertos que la Primera Guerra Mundial. Cientos de miles de personas mueren de malaria cada año. Pero como en los bombardeos masivos sobre ciudades abiertas de cualquier guerra, también en las epidemias bacteriológicas siempre son los más inocentes y los más pobres los que mueren. Puede que sea un virus muy humilde, aún desconocido, el encargado de poner de nuevo a un mono alfa en el trono como rey absoluto del planeta. Este y no otro será el que toque las trompetas del juicio final.

## El bosque

El terror suele constituir el elemento esencial en los cuentos infantiles clásicos. En esos relatos, los niños siempre corren el peligro de perderse, de ser raptados, maltratados o devorados por algún ogro. En las noches de invierno, alrededor de la chimenea, nos contaban unas historias en las que el bosque era el espacio más fértil para la imaginación. Allí habitaban enanitos risueños, gnomos y elfos que eran criaturas de gran belleza, duendes inmortales, pero el bosque también estaba lleno de lobos disfrazados de abuelitas que querían comerse a Caperucita. Allí solía haber una gruta inaccesible donde una princesa encantada se hallaba bajo el poder de un dragón, aunque al final siempre llegaba a rescatarla un príncipe a caballo. El bosque era una línea oscura entre el terror y la fantasía. En el lugar donde una doncella había sido violada brotaba un manantial. Ningún bosque medieval puede compararse a la intrincada selva de Internet. En ella está toda la magia de la inteligencia humana y también su más sucia perversión. El beso con que el príncipe despertaba a la bella durmiente ha derivado en el porno más duro. El bosque digital se ha convertido en un laberinto lúbrico, que rezuma sexo tórrido por todo el teclado. Caperucita ha decidido quedarse el sábado en casa y su abuelita está muy contenta porque la cree a salvo de los malos. La abuelita no sabe el peligro que corre su nieta adolescente en su cuarto si comienza a adentrarse en el bosque de Internet con la tableta. Puede que, de repente, a altas horas de la noche se vea con terror a sí misma posando de forma obscena en la pantalla. ¿Quién le robó esa foto? Bajo su imagen aparece un mensaje de amor que le manda un desconocido. Así comienza un lobo digital a comerse a Caperucita.

## La gloria

Si te apellidas simplemente García, tu pasaporte es colombiano, viajas en primera clase con ocho maletas y aterrizas en Los Ángeles sin más aditamentos que tu propio bigote, estás condenado a pasar a un cuartucho del aeropuerto para que un policía te ponga boca abajo. Y, salvo si alguien descubre que has escrito *Cien años de soledad*, date por beneficiado si no te hacen un tacto rectal con todo lujo de detalles. No sería esa la única afrenta que sufriría aquel día Gabriel García Márquez. Recién llegado de Los Ángeles, adonde fue a tratarse el cáncer y lo tomaron por narcotraficante, esa misma noche durante la cena en la franquicia que Juan Mari Arzak tiene en Polanco, en México D. F., el cocinero y el escritor estaban sentados a una mesa de tertulia con algunos amigos. García Márquez parecía venirse abajo al comprobar que nadie se acercaba a saludarlo y en cambio todos los elogios y abrazos eran para el cocinero cuando ante sus propias narices los clientes abandonaban el restaurante. «Juan Mari, me has hecho feliz con esos cogollitos caramelizados», le dijo un comensal. «Gracias por el inmenso placer que nos ha proporcionado esa brandada de guachinango. A sus pies, maestro Arzak», exclamó una pareja muy repolluda con varias reverencias. Felices tiempos aquellos en los que un escritor publicaba una novela de gran éxito y podía vivir tranquilamente porque nadie conocía su cara. Hoy la figura pública del escritor es una pieza imprescindible en el lanzamiento de su trabajo; de hecho, se ha convertido en un producto más en la cadena editorial. Su rostro unido a la fama ha penetrado en el mundo del circo, hasta el punto de que algunos autores de renombre, adondequiera que vayan, mandan previamente a un mono que toque el tambor. Todas las pompas son fúnebres, dijo Gómez de la Serna. Todos caminamos hacia el anonimato, solo que los mediocres llegan un poco antes, afirma Borges. En el futuro todos los ciudadanos del mundo serán famosos durante un cuarto de hora, dijo Warhol, o al revés, dentro de un cuarto de hora toda la humanidad alcanzará la gloria, digo yo, pero en el combate creativo entre el estómago y la fabulación, un cocinero siempre vencerá al escritor. En efecto, ante mis propios ojos, cien años de soledad fueron derrotados por unos simples cogollos.

## La dieta

Al final de una buena comilona siempre hay alguien que lanza ritualmente este mantra: mañana sin falta me pongo a dieta. A continuación, el glotón de turno, que acaba de zamparse un codillo o una fabada, en señal de arrepentimiento, pide el café con sacarina. En las copiosas y pesadas sobremesas se suele hablar mucho de dietas. Cada comensal aporta la suya: la de semillas de calabaza, la del melocotón, la del astronauta. Ante el firme propósito de adelgazar, alguien decide comer de todo y ayunar por completo un día a la semana, otro piensa en hacerse vegetariano. Estar gordo o flaco es solo cuestión de metabolismo, sentencia el sabiondo. En medio de la discusión dietética hay un punto de acuerdo: el único enemigo es la grasa del colesterol malo. Ahora bien, si este saludable deseo de limpieza se traslada de la barriga a la mente, es evidente que en este caso la grasa más perniciosa para el cerebro es esa sensación de que la política está podrida hasta la médula, el ambiente irrespirable creado por un escándalo diario, la asfixia moral que genera la corrupción. Mañana sin falta me pongo a dieta: esta necesidad de higiene mental se produce por hartazgo de la sobrecarga mediática de titulares agobiantes, declaraciones estúpidas y chismorreo inane. Para limpiar el cerebro de esa basura también existen dietas muy variadas. Es recomendable pasar al menos un día a la semana sin periódicos, la radio y televisión apagadas, con la idea de que eres tú el único dueño de tu vida, y elegir la dieta más conveniente, por ejemplo, unos versos de Safo, una sonata de Bach, un ensayo de Montaigne, el silencio en una playa desierta, el aire puro de alta montaña. Ese día descubrirás que el futuro no es tan negro, que no todo está perdido. Se trata, como la nave Rosetta, de salir a la caza de cualquier cometa que pase por delante de casa.



## **Doble mando**

Te cortan los brazos y las piernas, te trasplantan el hígado, el corazón y los riñones; aunque te desguacen todo entero, mientras no te toquen ese punto del cerebro donde radica la conciencia seguirás siendo tú y no otro. El cerebro es una masa gelatinosa con un peso aproximado de kilo y medio; está protegido por un casco y opera como centro de control del resto del cuerpo, que a su vez solo es un mecanismo articulado para sacar a pasear al cerebro hacia donde decida su deseo, al trabajo, al fútbol, a la iglesia, al baile. Hasta ahora el cerebro no ha tenido rival. Ni el corazón ni el sexo, cuyo prestigio es innegable, han conseguido disputarle la hegemonía, puesto que en la masa encefálica residen el pensamiento, la memoria, las emociones y el lenguaje. Así ha sido, al menos, desde el tiempo de los primates, pero al viejo cerebro de toda la vida hoy le ha salido un competidor, un cerebro nuevo que ya no es carbónico sino metálico, que los humanos suelen llevar en el bolsillo, aunque ya se ha convertido en carne de su carne. Este cerebro es cada día más complejo, con un pensamiento propio, unas emociones peculiares, un lenguaje distinto, una memoria imborrable. Las órdenes que el cuerpo recibe mediante impulsos electrónicos parten ahora del bolsillo. El móvil es el nuevo centro de mando que obliga al viejo cerebro a pensar, sentir y comunicarse según los nuevos instintos informáticos. Lo que antes se llamaba el yo ahora se llama el pin. Solo que antes el yo residía en el fondo de la conciencia introspectiva y ahora el pin está manipulado a distancia por fuerzas que ya no controlas. Hoy te pueden desguazar el cuerpo por completo y mientras no te toquen el móvil serás tú y no otro, pero en este caso tendrán que dejarte al menos un dedo para pulsar el teclado.

## De viaje

Ese amigo, con el que durante tantos años has compartido viajes y travesías, placeres de sobremesa, apasionadas discusiones y algunas lágrimas, que caían desde la mejilla al whisky, ese amigo no ha muerto. Simplemente se ha ido de viaje; esta vez ha preferido irse solo, por su propia cuenta. Cuando vuelvas al mar de todos los veranos él no estará; tampoco acudirá a la cita por la tarde en aquel bar del rompeolas donde la maravillosa puesta de sol, como el crepúsculo de nuestras vidas, se metía en la copa que cada uno bebía; también habrá una butaca vacía en la sesión de cine de los sábados en la ciudad y ya no se podrá contar con él para ninguna nueva aventura. Hay amigos cuya figura al morir se diluye muy pronto en la memoria. Al cabo de un tiempo su rostro se desvanece, uno ya no recuerda su voz, ni sabría decir si era antipático o divertido, inteligente o torpe. Realmente esa clase de amigos mueren de verdad porque nada de ti se llevan al otro mundo. En cambio, hay otros amigos como el que se acaba de ir de viaje, José Luis Goñi, que estarán siempre presentes porque su ausencia ha dejado un vacío en un tiempo y en un espacio compartidos. De hecho, no te atreves a borrar su dirección y su teléfono de la agenda. Tenía un aire británico. En Londres parecía el único inglés que iba por la calle y en Italia, en Malta o en Grecia se podía confundir con uno de aquellos viajeros de antaño que llevaban una maleta de fuelle o un baúl forrado de loneta, un elegante profesor con sombrero blanco en año sabático. Puede que vuelvan otros días azules de verano y queden algunos placeres por explorar todavía. Si la vida nos depara un motivo alegre para vivirla, sin duda este amigo seguirá estando vivo. Tal vez cualquier día recibamos una postal suya desde Taormina.

## Ego divino

Según consta en el *Boletín Oficial del Estado*, los profesores de Religión deberán explicar a los niños de primaria la forma de pedir favores a Dios y mostrar agradecimiento cuando la súplica haya sido atendida. Con esta lección, desde los seis años los niños pasarán a engrosar el acervo de los mortales que esperan una solución a sus problemas mediante plegarias a un Poder Celestial. La oración siempre entraña un pacto egoísta. Quien alaba al Señor cree merecer una dádiva a cambio. Si en algún lugar del universo hubiera un Ser Omnipotente como el que pinta la Iglesia, debería estar harto de esta murga lastimera que emiten los habitantes de este planeta pidiéndole beneficios o remedios para sus males. El coro de alabanzas destinadas a excitar el ego divino, seguidas de un rosario inagotable de penalidades, no lo soportaría en la tierra el sátrapa oriental más veleidoso. No es extraño que el silencio de las esferas sea la única respuesta. Pero los profesores de Religión lo tendrán aún más difícil a la hora de explicar a los alumnos de secundaria que Dios ha creado al hombre para que sea feliz y por tanto está obligado a expresar gratitud y amistad con su Creador. Puede que algún alumno resabiado pregunte por qué nuestros padres fueron expulsados del paraíso si allí eran felices, iban desnudos y se sentían inmortales. Por haber probado el fruto del árbol de la ciencia aconteció el desastre, contestará el profesor. Ese árbol de la ciencia ha quedado ahora en la pizarra del aula plantado por la clase anterior que hubo de Matemáticas. En el negro encerado, los signos algebraicos forman una noche muy estrellada llena de constelaciones. El profesor de Religión las habrá tenido que borrar para suplantarlas por otras palabras mágicas, revelación, culpas, plegarias, milagros, misterios, ruedas de molino y otras parábolas.

## Sin brújula

La cultura moderna consiste en que las agujas magnéticas de todas las brújulas se han vuelto locas y señalan en todas las direcciones al gusto de cualquier explorador que se haya extraviado en la propia niebla. Perdidos en la ciudad, todos los semáforos están en intermitente y ese parpadeo amarillo da paso franco al primero que aporte un sueño loco o divertido, como el que impone a la brava en un cruce el morro del coche. El semáforo rojo marcaba antes la libertad de los otros, pero hoy la gente se siente más libre en medio del atasco y cree tener derecho a ir en sentido contrario si le apetece. En las encrucijadas de la ciudad, algunos prohombres benefactores de la humanidad están en los pedestales con el brazo de bronce extendido en el aire señalando en una determinada dirección. Pueden ser conquistadores a caballo, héroes revolucionarios, que hasta ahora han dirigido el tráfico de la historia con mucha autoridad. Marx, Lenin, Stalin y otros visionarios exhibían un dedo autoritario hacia el futuro que estaba enfrente. Hace mucho que sus pedestales fueron derribados. En cambio, las estatuas de artistas, literatos, científicos y políticos liberales suelen tener un libro en la mano izquierda y con la derecha levemente separada del cuerpo apuntan hacia el suelo, y allí donde parecía haberseles caído una moneda de oro, hoy solo señalan una mierda de perro. Ya no existen agujas que indiquen el Norte, ni maestros que marquen con el dedo una enseñanza ni revolucionarios que guíen con el brazo de bronce nuestro destino. En el Shanghái de Mao ha habido decenas de muertos en una estampida que produjo el delirio de una lluvia publicitaria de dinero falso. En el horizonte parpadea un intermitente a merced del que crea que los deseos se cumplirán por el mero hecho de haberlos soñado.

## Un segundo

Un segundo constituye la línea crucial de la historia, el punto donde se puede apoyar la palanca para levantar el mundo. Un segundo es todo y nada, te salva o te mata. Contempla ahora a Messi trezando una y otra vez el balón como un encaje de bolillos entre las piernas de los defensas. Trata de meter el gol tocando el violín. Antes lo conseguía con un ritmo sincopado, pero hoy cada regate eléctrico de este jugador necesita un segundo más. Esta ínfima fracción de tiempo está destruyendo aquel maravilloso castillo de naipes del equipo. Un segundo es también la línea que divide el arte y la vida. En un segundo decidirá el pintor dar esa pincelada que hará que el cuadro sea o no una obra maestra; en un segundo encontrará el escritor la palabra exacta, el adjetivo perfecto que se resistía; en un segundo decidirá alguien apretar el gatillo que lo convertirá en un asesino; un político se habrá salvado de la corrupción si ha usado un segundo en pensar en la cárcel antes de meter la mano en la caja; el silencio de un segundo será la nota musical más excelsa que puede elevar una melodía a las esferas; esa mirada de una chica en el suburbano sostenida un segundo eterno te abrirá la puerta a una aventura; en un segundo se producirá ese atentado terrorista que nos hará sentir que nuestra civilización es un tinglado sin fundamento que se viene abajo. Si el tiempo te regalara un segundo de ventaja, podrías saltar la banca de todos los casinos. Un segundo constituye el origen de todos los sueños. En esa ínfima jaula del tiempo germinó un día la semilla de aquel deseo, acción o pensamiento que desvió el curso de una vida hacia un destino inesperado. Un segundo de descuento en el partido sería suficiente para reconstruir el pasado a tu antojo e inventarte de nuevo tocando el violín.

## La muralla

Sin que la podamos ver, puesto que sus muros son muy transparentes, ante nuestros ojos se está levantando con levas de esclavos modernos una nueva Ciudad Prohibida, que alberga al emperador de la dinastía financiera celestial cuyo poder es omnímodo, férreo e igualmente invisible. La Ciudad Prohibida de Pekín, rodeada de una muralla de color sangre y protegida por un foso ancho y profundo, contenía un laberinto de 9.999 estancias. En el palacio central, llamado de la Armonía Suprema, se elevaba el trono del emperador. Esa ciudad estaba habitada por guardias muy armados, sacerdotes, altos funcionarios, adivinos, sanadores, cocineros y cientos de concubinas atendidas por eunucos. Solo algunos cortesanos gozaban del privilegio de acercarse al trono de oro para recibir las órdenes del emperador sin levantar los ojos del suelo ni darle nunca la espalda. Fuera de la ciudadela, la gente corriente vivía al margen de esta organización del Estado imperial como mano de obra esclava y carne de cañón. En nuestros días es muy difícil discernir esa nueva Ciudad Prohibida rodeada por una muralla de sangre muy transparente que se está construyendo en medio de nuestra sociedad, pero todo está ya dispuesto para que a ese recinto hermético, sagrado e invisible solo puedan acceder los señores de la guerra, los economistas agoreros, los dueños del dinero, los sacerdotes servidores directos del poder. La plebe reza, canta, gime o blasfema hacinada al pie de la muralla, aunque a veces los edecanes del poder realizan un sorteo aleatorio entre la ciudadanía común, que permite a los agraciados franquear la puerta. A estos elegidos se les exige un juramento explícito de fidelidad ciega al sistema de la Suprema Armonía, acompañado del esfuerzo de no menos de tres carreras, cuatro másteres y cinco idiomas. Dentro de esta ciudadela, sus habitantes se reproducen por sí mismos para ser cada día más fuertes, más inaccesibles, más blindados; fuera de ella, los pobres se fecundan entre sí y se multiplican para ser cada día más pobres, más desesperados. A ellos el poder les reserva una sopa de caridad si se someten a su destino o la verga de la policía si se rebelan. Por su parte, la historia ya está preparando el caballo de Troya para que esta Ciudad Prohibida sea asaltada.

## Un vuelo

Diario de un vuelo a Grecia en primavera. Diez segundos después del despegue, por la ventanilla del avión puedo comprobar que el ser humano se convierte en una hormiga antes de desaparecer de inmediato de la faz de la tierra. En esos valles y campos que se divisan desde una altura considerable, habrán sucedido grandes batallas con hechos heroicos dignos de ser recordados, pero han sido suficientes cinco minutos de vuelo para que la naturaleza haya devorado por completo a la historia y la haya convertido en simple cosmología. No existen rastros de ciudades ni de caminos. Desde esta altura, la humanidad puede ser considerada como cualquier otra plaga invisible que está destruyendo el planeta. O tal vez la humanidad en este momento se reduzca al señor del asiento de al lado, que sin conocerme de nada me cuenta con todo pormenor su operación de trasplante de hígado. Abajo ha empezado la primavera y la fiesta del equinoccio la celebran con el mismo bullicio los virus, las bacterias, el polen de las flores, los insectos, los reptiles y todos los simios, pero pienso que el avión me lleva al origen de nuestra antigua cultura. A través de la ventanilla veo el mar donde naufragaron todos los dioses y los perfiles de la Italia del latín y las creencias. Cuando después de dos horas el vuelo pierde altura aparecen las costas de Grecia y mi vecino se recrea en los detalles de la vida que le ha proporcionado el hígado extraído a un joven muerto en accidente de moto. Pido a Platón que venga en mi ayuda y de pronto aparece la Acrópolis de Atenas en el horizonte. A medida que el avión desciende todo vuelve a su estado natural, las hormigas se convierten de nuevo en personas cada una con el ansia de inmortalidad a cuestas y yo me planteo qué es más importante: la técnica de un trasplante de hígado o la belleza del Partenón.

## Resucitar

Para resucitar no es necesario descorchar el sepulcro como una botella de champán, saltar desnudo entre la gloriosa espuma a modo de tapón e ir corriendo a celebrarlo con cualquier María Magdalena. Existen otras formas de resucitar más sencillas que ocurren todos los días. Basta con visitar la UCI de un hospital. Puedo aportar mi propia experiencia. A los seis años estuve cinco días en coma a causa de un batacazo. El médico le dijo a mi familia que si no despertaba esa tarde avisaran al señor Trinitario, el carpintero del pueblo, para que me tomara medidas para el féretro. El rostro edulcorado del Niño Jesús de Praga cuya imagen habían colocado ante mi cama y el sabor de una galleta empapada de leche condensada fueron la primera visión, la primera sensación que guardo en una placa de la memoria después de haber resucitado. En alguna UCI he visto a pacientes sedados, entubados, conectados a monitores en un terreno de nadie entre la vida y la muerte. De pronto, un día, esa mujer que ha estado en coma varias semanas mueve una mano, siente un paño mojado sobre los labios y al abrir los ojos reconoce el rostro sonriente de sus nietos en la foto que le muestra la enfermera. La mujer ha resucitado. En el espacio de la UCI cualquier acto anodino, toser, rascarse una oreja, beber un poco de agua, dar de nuevo unos pasos, cruzar una mirada, es una conquista que contiene un erotismo formidable. La salud es el silencio del cuerpo. No te duele nada. Ese silencio significa que todos tus órganos funcionan con normalidad. Si uno considera que el cuerpo es el propio sepulcro durante el sueño, una mañana de abril como esta, día de gloria, despiertas del sueño y estiras la pierna hacia la parte fresca de las sábanas. Ese placer es la forma más milagrosa de resurrección. Buenos días, enhorabuena, te dirá María Magdalena.



## Agua clara

La vida es el río que va a dar al mar, por supuesto, y también está claro que nunca nos bañaremos dos veces en la misma corriente, según dijo Heráclito, pero uno puede sentarse en la ribera entre las flores de la incipiente primavera y contemplar cómo fluye el agua, que no es sino la propia memoria limpia o turbia. Existe el placer de remontar el cauce hasta llegar al manantial donde uno se bañaba de niño, aquellas risas, aquellos gritos, y recordar también los felices y turbulentos días de la adolescencia cuando era todavía agua plateada de alta montaña, tan fría e incontaminada, la que llegaba a la cascada. Bajo la espesura de los sauces había plácidos remansos, que a veces un rayo de sol hería hasta el fondo de la madre, y allí de joven la vanidad del cuerpo se fundía con el verde del agua desnuda. Pero hubo un momento en que la vida dejó de deslizarse suavemente sin peligro río abajo y en las riberas aparecieron los primeros cocodrilos. Recuerdas muy bien cuándo fue y quiénes eran esos enemigos. Después aún tuviste que atravesar un banco de pirañas antes de llegar a este prado de primavera donde ahora estás sentado contemplando cómo pasa el agua. El río tiene una doble corriente, una superficial y otra profunda, como sucede también en la vida. Este suave airecillo de marzo va a producir muy pronto un violento deshielo, y con la crecida por la superficie verás pasar junto con animales muertos, árboles arrancados de cuajo y enseres inútiles todo lo que en ti fue vano y estúpido. En cambio, por el fondo del cauce a ciegas con el lógamo fluirán hacia la muerte, hacia el mar, el esfuerzo que hiciste para no ceder al fracaso, los amores y sueños que hayas tenido, toda la belleza que pudiste obtener como un regalo en tu paso por la tierra. Pero nunca habrá que morir mientras en esta orilla sea primavera.

## Desnudo

Las elecciones nunca las gana la oposición, siempre las pierde el Gobierno, derrotado por los corruptos o los incompetentes que albergue en su seno. Dicho esto, una advertencia. Los políticos no han incorporado todavía a su ADN la conciencia de estar viviendo bajo los focos de la pista de un circo mediático. Tampoco el ciudadano anónimo y tributable es consciente de que para las redes sociales no deja de ser un insecto a merced de la telaraña. No obstante, existen indicios de que algunos empiezan a darse cuenta de este peligro. A eso obedece el que se haya convertido en una costumbre instintiva taparse la boca con la mano cuando se está en una tribuna pública, en los escaños del Parlamento o el banquillo del estadio en el momento de hablar con el vecino. Solo el movimiento de los labios ya es un lenguaje universal que podría delatarte. La araña siempre está preparada para comerse al mosquito, bien porque este se ha ido de la lengua ante un micrófono que creía cerrado, bien por ignorar que un tuit se envía al universo entero y no se destruye jamás. La culpa de un tuit no tiene redención posible. Si cometes un asesinato, te confiesas, te arrepientes, el cura te absuelve y ya estás perdonado. O si caes en manos de la justicia, los años de cárcel al final también te redimen. Pero el tuit idiota, malvado, procaz, ridículo que en un momento de rabia, soledad, odio, frivolidad u otra excrecencia del alma hayas mandado a la red te perseguirá incluso más allá de la tumba, porque el tuit no tiene pasado, siempre es un hecho presente, vertical, inmanente, sin contexto, que en el fondo constituye el detritus que el alma va dejando atrás formando un camino de miguitas hacia ese punto del pasado en que apareces en pelota picada.

## El libro

En el tronco de un haya, una pareja de enamorados ha grabado un corazón traspasado por una flecha. Inés y Luis son sus nombres inscritos en la corteza plateada a punta de navaja. Fue hace muchos años. El árbol era todavía joven cuando la pareja de enamorados pasó por aquí. El tronco, ya muerto, al crecer ha ensanchado y corroído los trazos. Un experto en botánica podría descubrir el tiempo exacto que ha pasado, aunque en este caso no es necesario, puesto que debajo del corazón herido hay una fecha. 23 de abril de 1968. Al pie de este árbol discurre un río apacible cuyas aguas, como la vida, puede que se hayan llevado al mar o a la tumba la memoria de estos amantes. Pero lo escrito escrito está. Etimológicamente, el vocablo libro se deriva del latín *liber*, que significa la capa fibrosa que hay debajo de la corteza de ciertos árboles. Plinio el Viejo cuenta que los romanos escribían sobre estas cortezas antes de que descubrieran el papiro. Libro y libre tienen en latín la misma raíz. Lectura y libertad son pasiones que siempre acaban por encontrarse. El Día del Libro fue instituido en recuerdo del aniversario de la muerte de Cervantes cuando los vientos saludables anunciaban que la República estaba al llegar. Tampoco 1968 fue un mal año. Tal vez aquella pareja de enamorados, Inés y Luis, hijos del Mayo francés, habían estrenado los primeros vaqueros y habían puesto el dedo en el arcén para viajar en autostop a París con un libro de poemas de Dylan Thomas en la mochila. O tal vez nada. Puede que no fueran conscientes del significado del 23 de abril, pero al grabar sobre el tronco del haya un corazón, una fecha y sus nombres regresaron sin saberlo al origen del libro, que radica en la corteza de los árboles, donde los antiguos griegos y romanos escribieron los primeros pensamientos y las primeras palabras de amor.

## El asalto

Las sucesivas oleadas de gentes subsaharianas que huyen de sus tierras y llegan a las costas del sur de Europa son algo más que un problema político lleno de sufrimiento y de muerte; se trata de un hecho biológico imparabile e incontrolable, que se ha repetido de forma periódica desde hace medio millón de años y que hoy sucede probablemente por las mismas razones, falta de alimentos, cambio climático, que obligaron a los neandertales a emprender nuevas rutas. El impulso de salida, muy superior al riesgo inminente de morir en el empeño, tampoco detuvo al *Homo sapiens* a la hora de buscar en otras tierras lo que no tenía en África. Los políticos europeos creen que levantando vallas con cuchillas cada vez más altas podrán detener esta última oleada para mantener a salvo su bienestar con una barrera infranqueable. Si la naturaleza no ha impedido estas migraciones desde hace medio millón de años, tampoco ese híbrido de cromañón-neandertal residente en Europa será capaz de detener al africano en su necesidad perentoria de supervivencia. Miles de muertos ahogados frente a nuestras costas nos sacuden la mala conciencia después de que los europeos hayamos esquilado las materias primas del continente africano. El capitalismo salvaje ha dejado a sus habitantes sin otra solución que la huida y la codicia que los condenó a la miseria es la que ahora paradójicamente nos podría destruir. Hubo un tiempo en que nuestros antepasados también eran negros y llegaron a nuestras costas dejando en el camino con toda seguridad millones de muertos. Hoy los mediterráneos, que somos descendientes de aquellos negros, estamos a merced de las oleadas africanas desesperadas que suben a morir en nuestras playas y la invasión de las hordas nórdicas prepotentes que bajan a que les sirvamos en la misma arena paellas con sangría. No es política, es biología.

## El retrato

En el retrato de la familia real que el artista Antonio López ha tardado veinte años en pintar, se ha dado la vuelta al mito de Dorian Gray. En la novela de Oscar Wilde, el protagonista vende su alma a cambio de permanecer siempre joven. En el pacto se establece que Dorian Gray podrá llevar una vida mundana llena de vicio y belleza. Las secuelas de los actos sórdidos que pueda cometer y la destrucción natural que comporta el paso del tiempo serán asumidas por su propio retrato de joven seductor, que se conserva en la oscuridad de palacio. El pacto se cumple. Después de muchos años, cuando finalmente su retrato se revela, aparece en el lienzo la figura de un viejo decrepito y corrompido. Aquí ha sucedido lo contrario. Envuelto en la catástrofe social, Dorian Gray ha envejecido en público ante la historia, ha soportado la decadencia y el descrédito, pero al descubrirse el cuadro aparece su figura juvenil tal como era en aquel tiempo feliz antes de que nuestros sueños fueran derrotados. Este retrato de la familia real no plantea un problema estético sino moral. No se trata de la imposibilidad física de detener en un punto el inaprensible fluido de la luz ni de que después de veinte años no exista ningún rostro que al final no sea culpable de su propia degradación. Veinte años han sido suficientes para que la corrupción política y la crisis económica ocupen en el lienzo todo el paisaje de fondo. En pintura existe un principio fundamental: es siempre el espectador el que termina de pintar el cuadro. En este caso cada espectador, al ejecutar su retrato paralelo, sin duda podrá añadir sus propias caídas, sueños, miserias y frustraciones. La luz fugitiva del tiempo y de la memoria estará sometida a una dura prueba. Serán muchos, tal vez, los que se pregunten dónde está en ese cuadro el carro de heno.

## Las palabras

«Mentir es un vicio terrible. Lo único que nos une y nos hace humanos son las palabras», dice Montaigne. Tal vez sea cierto, pero los animales también hablan, aunque lo hacen a través de códigos más puros, que no permiten ningún engaño. El ladrido del perro, el canto del gallo e incluso el gruñido del cerdo expresan una verdad y a veces aventajan en sutileza a las expresiones de algunos políticos, que suelen utilizar el lenguaje para ocultar el pensamiento. Solo una mínima parte de las relaciones entre personas se establece con palabras; el resto lo hacemos con actos, gestos, miradas y silencios. La mejor palabra es la que no se pronuncia, dicen en Palermo. He aquí un consejo para protegerse de la turbia corriente verbal que generan los políticos. Antes de creer en lo que dicen, míralos a la cara. Verás rostros de cemento armado, que están de mierda hasta el cuello, y es como si la corrupción no fuera con ellos; los hay cuya ambición se nota en los ojos muy juntos a semejanza de los predadores; en cambio, otros tienen la mirada de rumiante y son capaces de mover las orejas hacia atrás para avizorar al enemigo que llega por la espalda. Pero ante todo, guárdate de ese espécimen que se llama animal político. Suele ser alguien que conoce por instinto las reglas del circo mediático; en la pista, unas veces usa las palabras del domador y otras, las del payaso; puede dar un salto mortal en el trapecio siempre con red y tal vez te asombre su empatía con los monos, cuyo lenguaje entiende a la perfección a la hora de pedirles el voto. Hay políticos con sonrisa de arroz con leche que apacientan las palabras como ovejas, mientras que otros las usan como balas. A la hora de votar, fíate solo de su cara. En ella está todo escrito. Basta un gesto, un tic, una mirada o un silencio para adivinar su pensamiento.

## Alma

¿Cuánto pesa un alma? El doctor Duncan MacDougall, de Massachusetts, en 1901 realizó el experimento de pesar con una báscula extrasensible a algunos pacientes inmediatamente antes y después de morir. Como el cadáver pesaba como promedio veintiún gramos menos, cosa que no sucedía con los animales, llegó a la conclusión de que esa diferencia era el peso del alma humana, que acababa de abandonar el cuerpo. Según la cultura judeocristiana, el alma la infunde el Creador, y los grupos ultracatólicos afirman que este hecho se produce en el instante de la fecundación. Cuesta admitir que un embrión microscópico pueda soportar esa carga. Si aceptamos que el alma pesa veintiún gramos, ¿de qué depósito extrae Dios tal cantidad de materia? Por otra parte, en los casos en que el embrión se divide para formar gemelos, tendrá que dividirse también el alma o tal vez será Dios quien repare el error con una segunda donación. Desgraciadamente se producen cada día millones de abortos naturales o no, de modo que las almas podrían salir con el embrión a través del cuello uterino hacia el desagüe o traspasar la pared del cuerpo femenino y empezar a volar por el universo. De cualquier forma, sería interesante saber adónde se dirigen. Si se tiene en cuenta que a los abortos hay que añadir la alucinante cantidad de muertos que se han producido desde Adán y Eva, sin duda el peso de todas las almas supondría miles de millones de toneladas. Puede que esas almas formen en el espacio un arsenal susceptible de ser reutilizado y tal vez a esa masa espiritual reciclable se deba que el espíritu humano no cese de dar vueltas sobre sí mismo sin destino, con las almas ya usadas, nobles o encanalladas. Alma también se dice del hueco o parte vana del cañón de un arma. En este caso, el alma no pesa nada, lo que pesa es la bala que mata.

## Sobre algas

Una forma nueva de habitar este mundo se está abriendo paso entre los jóvenes más lúcidos, para quienes la ecología se ha convertido en una religión, cuya única moral es el amor a la naturaleza. En esta religión ecológica también existen el cielo y el infierno para premiar y castigar la conducta humana. A estas alturas de los tiempos ya sabemos que el infierno más aciago consiste en emponzoñar las fuentes, ensuciar el cielo, destruir el suelo y escarbar el subsuelo hasta hacer inhabitable este planeta, de modo que cada especie que se extingue es la premonición de la muerte que le espera a la humanidad al final de su ciego camino hacia el acantilado. Los nuevos ateos son los que no creen e incluso se burlan del cambio climático y los pecadores, los que practican el capitalismo salvaje sin importarles nada salvo la propia codicia. Frente a ellos, la ecología se presenta hoy como un compromiso de salvación planetaria. La orden que el Dios del Génesis dio al Hombre de dominar la tierra ha sido sustituida por esta nueva teología que incorpora al espíritu humano todo lo que llamamos vida, desde los líquenes hasta el corazón de los animales. Esta ecología religiosa te hace sentir que si el mundo sigue dando vueltas al Sol no es debido solo a las leyes físicas; el equilibrio inestable de su órbita también podría romperse por nuestra ceguera. Ya sabemos que un paraíso en la tierra sería posible si la gobernara ese dios incontaminado, que brilla con luz muy pura cada mañana sobre los verdes valles para morir por la tarde en la cruz de un crepúsculo ensangrentado, que en el camino se hace clorofila en los árboles, se confunde con el aire limpio de la atmósfera, constituye los manantiales y se vuelve azul cuando los ríos dan al mar, donde un día comenzó a germinar nuestra alma a partir de la espiritualidad de las algas.



## Resignados

Hasta hace poco, la indignación de la gente era un modo habitual de expresión en el trabajo, en los bares, en las paradas del autobús, en cualquier sobremesa familiar. La cólera ciudadana casi formaba parte de la contaminación atmosférica, puesto que cada peatón, ofendido y humillado a la vez por la crisis y la corrupción, echaba tantas pestes por la boca como ponzoña sueltan los coches por el tubo de escape. La rabia se había convertido en un fermento social y aunque nadie creía que este cabreo fuera a desembocar en una revolución, era evidente que hasta los pájaros en las acacias percibían la carga explosiva que había en el aire. Según los augures, pronto se produciría esa chispa que se lo iba a llevar todo por delante, a políticos, jueces, monarcas, obispos y banqueros. Cada día había varias movilizaciones en la calle, unas con pancartas pacíficas, otras con barricadas violentas, y todo daba a entender que el cóctel molotov sería en el futuro la única forma de iluminar el horizonte cerrado. El deseo de poner el tinglado patas arriba alimentaba el corazón de los jóvenes airados, pero, de repente, una especie de cansancio ha aplacado aquella difusa rebeldía hasta convertirla en una resignación muy parecida a la que experimenta un cuerpo ya exangüe. Como si el infortunio colectivo hubiera dejado sin fuerzas a una sociedad demasiado castigada, hoy nadie protesta ya por nada. La gente traga lo que le echen y está dispuesta incluso a cumplir esta cadena perpetua fuera de la cárcel. No obstante, hay algo enigmático en esta extraña calma social. Puede que el silencio obedezca a que este no es un pueblo tan orgulloso como se decía, sino un rebaño bien controlado, o a que esta rara quietud es la misma que precede en la selva a cualquier cataclismo y por eso los monos callan.

## Puñalada

Una puñalada por la espalda sin sentido que produjo la muerte de un joven rumano la noche de San Juan en la playa de la Malvarrosa me ha llevado a la novela *El extranjero*, de Albert Camus. En ella, el protagonista mata a un árabe sin saber por qué, solo debido a que tenía un revólver en la mano y fue deslumbrado por el sol. Este crimen absurdo se realizó bajo la luz restallante del mediodía en una playa de Argel. El crimen de este solsticio de verano ha sucedido de noche bajo el resplandor de las hogueras en la playa de la Malvarrosa, donde en un tiempo feliz, ya muy lejano, leí la novela de Camus. En los dos crímenes hubo una reyerta previa, en la que ninguno de los dos protagonistas había intervenido, pero el disparo del revólver y el navajazo rompieron el misterio pagano, el fuego, los cánticos, el placer de los cuerpos desnudos, el primer sexo imprevisto, el olor a sardina asada, la indecible ansia de felicidad, la melancolía del tiempo que huye y el deseo imposible de agarrarse a un asa de viento para huir, la espera de ese sol que a partir de esa noche comenzará de nuevo a morir hacia el otoño llevándose por delante nuestra memoria hacia las hojas amarillas que de nuevo cubrirán los caminos. Decenas de miles de personas en la Malvarrosa celebraban el misterio en la playa y allí se produjo el rito que ya es constituyente de la cultura moderna. En medio de la fiesta suena la sirena del SAMUR, unos médicos con chalecos reflectantes se apean del furgón, atraviesan la multitud, que ignora lo que ha sucedido y sigue bailando, alguien pregunta qué ha pasado, hay un acuchillado boca abajo sobre un charco de vino y sangre, se oyen gritos de felicidad dentro del mar, música de acordeón alrededor de las brasas de los asados, alguien pide auxilio con un alarido que nace del fondo del Mediterráneo.

## Claveles

En cualquier ciudad del mundo donde estés tomando una copa en una terraza al aire libre a las nueve en punto de la noche verás aparecer a un ser misterioso de rostro ahumado, con pinta de paquistaní o bangladesí, que lleva un ramo de claveles de invernadero en la mano. Este vendedor de claveles se limita a pasear entre las mesas, como un autómata. No importuna a nadie para imponer su mercancía. Ni siquiera sonríe. Solo murmura unas palabras en voz baja. Lo lógico es pensar que se trata del negocio de una perversa multinacional que explota a la gente desesperada, pero la actitud de este ser es la de estar realizando la extraña misión de mostrar esas flores impulsado por una fuerza que es difícil imaginar de dónde procede. Si a las nueve de la noche, según la rotación de las horas alrededor de la Tierra, estás en cualquier terraza nocturna de Roma, París, Londres, Nueva York, Buenos Aires, Sídney o Madrid, ese mensajero de los claveles hará su aparición. Es uno entre decenas de miles que componen un despliegue planetario. Nunca se ha dado el caso de que alguno de ellos haya vendido una sola flor. Esos claveles no huelen, están muertos, como puede que también estén muertos esos emisarios que los llevan en la mano y los ofrecen con un gesto impávido después de una oración. Guerras y cataclismos se repiten todos los días sobre la faz de la tierra. Las fuerzas del mal que amenazan con la destrucción de la humanidad puede que lo hayan conseguido ya y todos los que bebemos y parlotamos en las terrazas de los bares hace tiempo que hayamos muerto sin saberlo. Flores, flores para los muertos, murmura en voz baja ese emisario entre las mesas. También puede ser que estos misteriosos vendedores de claveles formen un anillo perenne que rota alrededor del planeta, para evitar que la Tierra se pare y todo se venga abajo.

## Mar de Tono

En Denia, al clarear el día, salgo a veces de pesca en el barco de mi amigo Tono, poeta y biólogo. En realidad, más que a pescar el hipotético y esquivo pez limón, salgo cada mañana a capturar el milagro del amanecer. Tengo entendido que uno será siempre joven mientras no deje de sorprenderse ante la nueva luz del sol, como si fuera la primera y última vez. A este gran acontecimiento se añade luego la sensación del baño en alta mar, el aroma del café a bordo, el sabor de unas salazones. Mi reino por una anchoa. «En el Mediterráneo todo es local —dice Josep Pla—, la meteorología, la cocina, los dialectos, la gente. Unas millas más al norte o más al sur y todo cambia: la dirección de los vientos, la dosificación del ajo en la cazuela, el habla, el gusto, los sentimientos». Desde los presocráticos, lo particular de cada lugar del Mediterráneo ha sido un paradigma universal. Por eso este mar doméstico de Denia puede ser cualquier otro mar, el de Java, el Egeo, el de los piratas del Caribe. La isla del tesoro está detrás de la escollera, si así lo deseas. Para mí todo el mar será siempre el mar de Tono, que limita por tierra con la Marineta Casiana y Les Rotes, con la visión de los montes de Segaria y la del Montgó. Al salir por la bocana del puerto de Denia con rumbo de gregal, a 52 grados a noreste, después de tres millas náuticas mar afuera, se avista por estribor la silueta del Cap Martí de Xàbia por el filo del acantilado del Cap de Sant Antoni y poco después las sombras del de la Nao. Navegando estas aguas paso el verano, y aunque al final la travesía no va más allá de la cala del Pope, la del Francés o la del Portitxol, dentro de los límites del mar de Tono, siempre es posible imaginar que has arribado a la isla de Sumatra. Placeres sencillos, valores universales, un verano más que se irá hacia el fondo de la memoria.

## Rebeldes

Ya no hay izquierdas ni derechas, solo gente abierta o cerrada, lista o torpe, educada o zafia, noble o canalla, honrada o deshonesto, generosa o egoísta, profesional o aficionada, de buena o de mala sangre. Y por ahí todo seguido. Esta no es una clasificación colectiva, sino de las personas de una en una, como debe ser. Más allá de cualquier ideología, hay una clase de gente que conserva siempre el germen de la rebeldía natural ante la injusticia dondequiera que esté; mientras que otra gente con el tiempo acaba perdiendo la curiosidad, se agarra a los valores de un mundo periclitado y los convierte en un baluarte inamovible. Ya no hay izquierdas ni derechas, sino gente joven y gente vieja, sin que en esta división tenga nada que ver la edad ni el futuro que cada uno tenga por delante. En este caso, el futuro común son las veinticuatro horas de todos los días. Aquellos jóvenes dorados de antaño que durante la dictadura lucharon por recuperar la democracia y la libertad son hoy una gente muy mayor. Unos han envejecido bien porque, llenos de coraje, no han bajado los brazos; otros han envejecido mal porque el miedo les ha ido creando más conchas que a un galápago. Lo mismo sucede con los jóvenes de hogaño, airados e inconformistas. Unos se alimentan todavía del caldo agrio, revenido y recalentado del marxismo leninismo y pese a todos sus *piercings*, trenzas rastafaris y tatuajes góticos se debaten en el cainismo izquierdista de siempre; en cambio, otros saben que la nueva estética política se inscribe hoy en esa clase de actos nobles que se derivan de la mente dispuesta, del espíritu rebelde, que te hacen revolucionario cada día. No hay alternativa: eres joven por estar abierto a las nuevas ideas del mundo o eres viejo por pensar que ese mundo nuevo que llega no merece la pena vivirlo porque crees que ya lo has vivido.

## Códigos

A estas alturas de la historia, el destino de la humanidad se debate entre dos códigos, el genético y el postal. La estructura cromosómica del ser humano se compone de una combinación de cuatro bases bioquímicas que giran con una doble hélice para formar el intrincado edificio de la vida. El destino de la humanidad está ligado a este código según el cual genéticamente estamos hechos solo de materia y todos partimos de cero al nacer, movidos por una maquinaria celular idéntica en todas las personas, no importa el origen ni la raza. Pero, sin duda, en la vida existe un elemento discriminatorio más determinante que el código genético. Se trata del código postal. Este marca definitivamente nuestro futuro. Nacer y vivir en Somalia implica un alto riesgo de morir joven, pobre y machacado por la enfermedad. Nacer y vivir en la avenida Foch de París o en el Upper East Side de Manhattan significa salud, riqueza y larga vida. Nuestro domicilio es más importante que nuestra herencia biológica. El cartero sabe adónde llevar las buenas y las malas noticias. Genéticamente, Einstein apenas se distinguía de un simple ratón o incluso de la mosca del vinagre, pero la diferencia entre un escandinavo y un subsahariano es abismal; por eso, si nada podemos hacer por cambiar nuestra estructura cromosómica, a la hora de adquirir un poco de felicidad todo nuestro esfuerzo suele estar dirigido a vivir en un buen código postal, que generalmente suele llevar aparejado el uso y disfrute de los derechos humanos. El terrible espectáculo de miles de emigrantes que mueren ahogados en el Mediterráneo y la angustia de los refugiados que huyen de la guerra y se estrellan contra las vallas de Europa se deben a que tratan agónicamente de alcanzar un buen código postal, porque saben de sobra que si permanecen bajo el hambre y las bombas su código genético habrá fracasado.

## Rebelión

Si mueres degradado por una agonía cruel, es como si esa degradación la hubieras sufrido todos los días de tu vida. Nuestro último trance todavía está fiado al destino, que según su capricho puede otorgarte la gracia de morir de repente o durante el sueño o mediante una bajada suave sin dolor hacia la disolución en la ilimitada oscuridad. O bien podrá ensañarse contigo hasta el extremo de la máxima alevosía sin que nadie se atreva a oponerse directamente a esta tragedia. Frente a esos clérigos oscuros que se creen con autoridad para decidir la forma en que debes salir de este mundo, hay que reivindicar la conquista de una muerte digna como un derecho personal e inalienable. Hoy la gente comienza a dividirse entre los que son capaces de elegir su propio final y los que no pueden o no se atreven a hacerlo. Nadie merece una agonía cruel por muy vulgar, conflictiva y sin sentido que haya sido su vida. Llegas por mero azar a este perro mundo donde te obligan a danzar al son de una orquesta borracha, que siempre tocan otros. Realmente, a lo largo de la vida, salvo algunos privilegiados, el común de los mortales no ha hecho otra cosa que obedecer, luchar por sobrevivir, afrontar toda clase de adversidades y consolarse, tal vez, mirando las estrellas sin entender por qué están ahí, y a la hora del postre, como regalo, la suerte te reserva todavía la humillación de una agonía larga, encarnizada y degradante. ¿Cómo no rebelarse? Si nadie te ha pedido permiso para forzarte a bailar esta conga, tampoco nadie tiene derecho a decidir por ti la manera de abandonar la pista. La razón ha permitido a la ciencia descubrir agua en Marte y llegar hasta el fondo de la materia oscura, pero no ha sido capaz de conquistar la última frontera de una muerte digna sin dolor cuya llave está en manos todavía de unos fanáticos carniceros moralistas.

## Piratas

A la hora de explicar algunas características del cerebro humano, el profesor decía a sus alumnos que ese órgano es la principal materia prima que existe en nuestro planeta, la única fuente de energía realmente inagotable, sostenible y renovable. Cientos de miles de recién nacidos se incorporan cada día a este mundo con ese tesoro instalado en la celda del cráneo. En el momento de nacer, ese órgano tiene en todos los casos idéntico valor sin que importe el origen ni el lugar de donde proceda, pero la inmensa mayoría de esos cerebros son desechados, mientras que solo muy pocos tienen la suerte de desarrollar toda su energía. No hay injusticia más perversa ni despilfarro más estúpido que desperdiciar ese tesoro. Para animarlos a cultivarlo, el profesor decía a sus alumnos que todo lo que aprendan en el colegio y en la universidad será una riqueza invisible que los acompañará a cualquier parte del mundo adonde vayan. No tendrán que declararla en la aduana, el escáner no podrá detectarla, ningún gendarme conseguirá prohibirle el paso y estará siempre a salvo de los ladrones. Pero al observar que uno de sus alumnos, ajeno a estas palabras, permanecía abducido por el videojuego de la tableta, el profesor añadió que si bien es muy difícil que te roben el cerebro, es muy fácil que te lo coman o te lo laven. En efecto, el lavado de cerebro es la práctica más usual que utilizan hoy los piratas para apoderarse de ese tesoro. El fanatismo, la superstición, el sectarismo, los recortes en la educación, la manipulación de las redes sociales son las formas de piratería que pueden convertir al niño más inteligente en un futuro esclavo. Pero junto a la facultad de desarrollar la inteligencia el cerebro lleva también aparejada la forma de rebelarse. Esa rebeldía y no otra cosa es la libertad, el último bastión que habrá que defender contra los piratas.



## Solo venial

El origen de toda la riqueza y corrupción que ostenta la Iglesia se debe paradójicamente al pecado venial. Su creación hizo necesaria la existencia del purgatorio, que ha resultado ser un negocio mucho más sólido que todas las empresas del Ibex 35 o del Dow Jones juntas. El pecado venial es solo un juego malabar elaborado por un genio de la economía. Los que mueren en gracia de Dios sin estar perfectamente purificados no pueden entrar en el Reino de los Cielos, pero una falta leve tampoco merece una condena al fuego eterno. Cielo e infierno son un final de trayecto irreversible. Había que crear en mitad del camino un depósito de ánimas benditas en tránsito, una especie de isla de Ellis cuya salida hacia la Ciudad de Dios, el Manhattan celestial, se realizara mediante un impuesto de peaje satisfecho con misas, novenas e indulgencias pagadas con dinero al contado o a través de herencias y donaciones de bienes muebles e inmuebles a la Iglesia. El alma en pena es normalmente la de un familiar muy querido que obliga al creyente a acudir al rescate para sacarlo de ese cocedero. Desde el inicio de la cristiandad hubo reyes pecadores y condes facinerosos que levantaron templos, crearon monasterios y abadías y ofrecieron prebendas a los clérigos para hacerse perdonar sus fechorías y asegurarse las plegarias por su alma después de la muerte; hubo confesores especialistas en torcer la última voluntad de hacendados agonizantes y en macerar viudas ricas hasta extraerles el testamento del cortijo. Esta rapiña no hubiera sido posible sin la existencia del purgatorio, el invento que más dinero negro ha generado en la historia de Occidente, sin inversión alguna. Se trata de un encaje de bolillos. Al pecado venial y al castigo de un fuego al baño María regulado mediante óbolos debe la Iglesia toda su corrupción y riqueza descomunal.

## Mañana

Hay épocas en que se produce una explosión juvenil que muchos confunden con una revolución política, pero se trata solo de la ruptura estética de una generación, que se niega a ser como sus padres e impone en sociedad sus propios ritos. En nuestra reciente historia se han dado tres asaltos de esta clase. Mayo del 68 en París fue una llamarada de rebeldía que tuvo una réplica amortiguada en la universidad española. Era aquel tiempo en que en nuestro país los estudiantes comenzaron a soñar con la libertad corriendo delante de los guardias. De aquellos sueños derivó nuestra democracia. Años después, una nueva generación se presentó a sí misma en sociedad a caballo de los socialistas llegados al poder en octubre de 1982 y aquellos jóvenes comenzaron a cabalgar muy por encima del Gobierno. La ruptura no se produjo en la política, sino en la calle, en las aulas, en los estadios, en las discotecas, en las formas de vivir, de amar, de viajar, de vestir, de hablar. Un nuevo relevo generacional se está produciendo ahora mismo en nuestra sociedad. Los jóvenes que anidaron en la Puerta del Sol un 15 de mayo están dispuestos a acampar en las instituciones del Estado. Tampoco traen una revolución política, sino un ideal de limpieza y de moralidad públicas, pero en este sentido hay que saber quién es joven y quién es viejo en esta batalla. Aunque tengas treinta años serás un viejo si bajas los brazos frente a cualquier adversidad; en cambio, uno es joven a cualquier edad si tiene un proyecto por pequeño que sea. Basta con que crea que es interesante levantarse de la cama porque espera que ese día suceda algo agradable. No es necesario cantar bajo la ducha ni realizar estiramientos y abdominales. La juventud es un modo de ser, una forma de estar en el mundo. Bienvenido al nuevo horizonte, que sin duda puede abrirse mañana.

## La ceguera

Después de veinte años de oficio, este funcionario de prisiones sabía distinguir el delito que había cometido un preso con solo mirarle a la cara apenas cruzaba la puerta de la cárcel. Cada crimen tiene su rostro, decía. Pero esta facultad la fue perdiendo como consecuencia de un desprendimiento de retina. Por desgracia llegó el día en que el funcionario se quedó completamente ciego y los sucesivos rostros de asesinos, violadores y rateros, con los que se había batido veinte años sin ninguna clase de misericordia, formaron una confusa y amarillenta amalgama de la maldad, que acabó por fundirse en la oscuridad absoluta. Le costó resignarse al inmenso quebranto de pasar el resto de su vida ayudado por el bastón en la calle, de verse obligado a tentar paredes y muebles para moverse por casa. Sin embargo después de un tiempo, cuando ya se había acostumbrado a la irremediable ceguera, una noche sintió que, de repente, la oscuridad se iluminaba y sus ojos recobraban la visión. Era un milagro. El funcionario comenzó a ver de nuevo con toda nitidez los rostros de aquellos delincuentes, asesinos y ladrones que poblaban el patio y las galerías de la cárcel. No daba crédito a tanta dicha, pero el milagro consistía en que estaba soñando y las imágenes que tenía guardadas en su cerebro ahora se habían despertado mientras dormía. A partir de ese feliz acontecimiento, el funcionario de prisiones aceptó la nueva realidad: era un ciego de día y un vidente de noche. El sueño más recurrente sucedía en el patio de la cárcel, donde a veces se celebraban alegres fiestas en las que su mujer y sus hijos, junto con amigos de la niñez ya olvidados, participaban en compañía de aquellos asesinos y ladrones, que ahora le parecían todos inocentes por el simple hecho de que los soñaba. Despertar, como sucede siempre, era el duro golpe de volver a la oscuridad.

## Astronautas

El espíritu humano está generando el sueño de colonizar Marte como una escapatoria para el día, no tan lejano, en que este mundo se convierta para siempre en un basurero inhabitable. Pero ese sueño no es sino una coartada para seguir destruyendo la Tierra impunemente con la excusa de que en el futuro habrá otro planeta de repuesto. Más allá de la conquista del sistema solar existe una aventura galáctica menos complicada en la que todos podemos ser astronautas. Bastaría con adecentar este mundo, el único que tenemos a mano, para que se convirtiera en un planeta distinto al que se podría viajar sin salir de casa. Solo en nuestra pequeña galaxia hay millones de mundos semejantes a la Tierra que podrían albergar vida, pero es prácticamente imposible que exista un lugar tan maravilloso en el universo donde se den a la vez la sinfonía 41 de Mozart y el pan gallego, una escultura de Fidias y las trufas color violeta del Périgord, los versos de Hölderlin y el balanceo felino de una mulata caminando por la playa de Copacabana, una madona de Rafael y los erizos de enero con vino del Rin, la serenidad de Sócrates ante la muerte y los salmonetes de roca, la duda de Hamlet y la locura de Alonso Quijano. Otro sueño que genera el espíritu humano es la existencia de seres de otras galaxias que un día podrían venir a enseñarnos las fuentes de una energía inimaginable. Pero esos extraterrestres ya están aquí. Son esa gente corriente que trabaja para que este planeta al que estamos condenados se convierta en un hogar limpio y confortable. Los pacifistas, los ecologistas, los naturistas, los esforzados combatientes contra el cambio climático son los astronautas extraterrestres en esta formidable empresa galáctica. Un viaje interestelar a ese planeta fantástico se empieza depositando la basura en el contenedor apropiado.

## Vía Láctea

Los ricos bombardean, los pobres ponen bombas; los ejércitos machacan al enemigo masivamente de arriba abajo, los terroristas contraatacan de abajo arriba con espasmos ciegos. En lo alto de tanto odio está la Vía Láctea. Los misiles se sirven de ella para orientar su trayectoria hacia el objetivo con precisión matemática, pero esa lechada nocturna también está al servicio de los sueños confusos de los poetas y del instinto del escarabajo pelotero. *Vaghe stelle dell'Orsa*. Así empieza el poema de Leopardi en que recuerda las noches de verano cuando echado en la hierba del jardín mirando el carro de la Osa en el cielo escuchaba el susurro del viento en los fragantes senderos y las voces, el quehacer tranquilo de los criados dentro de casa, y pensaba en la arcana felicidad de liberarse del dolor y de cruzar un día el mar y los montes azules. La Vía Láctea se extendía también la otra noche sobre el público que llenaba el estadio de fútbol después de un neurótico control policiaco. Durante el minuto de silencio en homenaje a las víctimas del terrorismo sonó *La Marsellesa* interpretada por un órgano lento y los futbolistas del Real Madrid y del Barça, alineados en medio de la cancha, llevaban el torso cubierto con un chándal para ocultar los nombres de Qatar y de Emiratos que lucen sus camisetas. Mientras sonaba *La Marsellesa*, yo miraba la Vía Láctea y pensaba en los misiles que corrigen el rumbo con las estrellas, recordaba los versos de Leopardi e imaginaba el trabajo que cualquier escarabajo pelotero estaría realizando en ese momento. El escarabajo pelotero con la paciencia necesaria construye una bola con las heces que encuentra en su territorio y la arrastra hasta el nido para que la hembra deposite en ella una larva. En ese trayecto nocturno, el escarabajo se orienta también por la Vía Láctea, como los poetas, como los bombarderos.

## Comer, leer

Leer y comer son dos formas de alimentarse y también de sobrevivir. No sabría decir qué es más orgánico, más íntimo, más necesario. Los clásicos lo tenían claro: primero vivir y después filosofar. Pero sucede que hoy los más refinados creen que comer es también una filosofía y mastican lentamente los alimentos pensando en su naturaleza ontológica, imaginando el largo camino que han recorrido hasta llegar a la mesa. Alguien sembró la semilla, regó las hortalizas, podó los frutales, salió de madrugada a pescar, apacentó el ganado. Alguien llevó todos esos productos al mercado. Alguien los cocinó con amor y sabiduría, con la cultura culinaria que arranca del Neolítico. Los que comen así tratan de convertir también la sobremesa en un ejercicio moral, casi místico, y no necesitan ninguna enseñanza de tantos *master chefs* insoportables. Por otra parte existen lectores exquisitos que leen buscando en cada libro la isla del tesoro y siempre encuentran el cofre del pirata. Hasta hace bien poco ningún artilugio se interponía en esa placentera navegación de los sueños que a través de las páginas de los libros se eleva hasta el cerebro, y tampoco ningún cocinero mediático perturbaba el trayecto que los alimentos naturales recorrían del plato al estómago. Pero hoy la cocina y la lectura están cambiando de sustancia. La cocina ha caído bajo la dictadura de los *master chefs* que ejercen el papel de intermediarios del gusto con sus platos estructuralistas y la lectura se ha instalado en soportes digitales que imponen sus reglas al pensamiento con sus múltiples aplicaciones. Los artilugios informáticos exigen una lectura rápida, breve, fragmentada, superficial, líquida e inmediata. Los nuevos cocineros te obligan a admirar sus instalaciones artísticas en el plato sin preocuparse de lo que suceda después en el estómago. Así están las cosas.

## Hacia la luz

Nadie, ni el *maitre* ni los camareros vieron entrar a aquel mendigo arrastrándose con la tripa pegada al suelo entre las mesas del restaurante. Sucedió durante el almuerzo de Año Nuevo. Con una estrategia calculada, el mendigo logró colocarse de rodillas debajo de una mesa, preservado de las miradas por las faldas del mantel. La mesa fue ocupada por unos señores muy distinguidos, que después de pedir un vino gran reserva empezaron a hablar de negocios mientras esperaban dar buena cuenta de unas piernas de cordero, especialidad de la casa. Feliz año nuevo, clamaban los señores juntando las copas en el aire. Cuando el mendigo percibió por el olfato que las raciones de cordero ya estaban servidas, decidió actuar. Con sumo cuidado elevó una mano entre el mantel y la barriga de uno de los comensales y orientado por el instinto llegó hasta su plato y con toda la delicadeza le hurtó la pierna de lechal sin que el señor se apercibiera, puesto que en ese momento estaba muy ocupado en demostrar que la crisis económica había terminado. El mendigo devoró la ración debajo de la mesa y después de relamerse bien dejó con el mismo cuidado en el plato el hueso pelado. Otro comensal propuso un brindis: ¡por la luz que ya se ve al final del túnel!, exclamó con la copa en alto. ¡Salud! Esta alegría llena de carcajadas la aprovechó el mendigo para hurtar y zamparse tranquilamente otra pierna de cordero. Una vez saciado, el mendigo se convirtió de nuevo en un gusano y sin que nadie lo viera salió reptando con la tripa llena hacia la luz del túnel que no era sino la luz de la puta calle. Chocaban los vidrios en favor de los negocios redondos y siguió la alegre sobremesa encima de todos los huesos pelados. Los comensales abandonaron el local muy satisfechos no sin antes rogarle al *maitre* que felicitara de su parte al cocinero.

## El compás

Al nacer, todo tu espacio se reduce a las medidas de la cuna, 60-80 centímetros. Se abre el compás. A los seis meses gateas por la habitación y al cumplir el primer año aprendes a caminar. A medida que el tiempo te posea, el espacio comenzará a expandirse a tu alrededor. El triciclo en el jardín, la guardería, la bicicleta en el parque, la primera descubierta a la tienda de helados de la esquina. A continuación llegarán los viajes de vacaciones con los padres, la primera excursión con los compañeros del colegio, y después de descubrir tu ciudad y de recorrer el paisaje de tu niñez, durante la adolescencia querrás traspasar los horizontes que hayas soñado. Según te vaya en la vida, el espacio se va a acomodar a tu ambición hasta el punto de que si eres una persona de éxito el mundo te va a parecer pequeño. Aeropuertos, hoteles internacionales, anchos mares, fiestas en países exóticos, citas empresariales en los cinco continentes. Al llegar a la plenitud de los cincuenta años, el espacio habrá abierto el máximo compás desde esa cumbre de tu edad, pero un día notarás que el espacio comienza a contraerse a medida que te vas adentrando en el almanaque. La curva de bajada se hará evidente cuando empieces a creer que ya lo has visto todo y que nada será capaz de sorprenderte a tus años. Primero renunciarás a viajar en avión, luego te dará pereza salir de noche, cualquier fiesta te parecerá aburrida, empezarás a soñar con una casa en el campo, el sillón de orejas será tu barricada frente al televisor. De pronto descubrirás que apenas necesitas para vivir las cuatro paredes de aquella habitación en la que de niño aprendiste a gatear. Finalmente, el tiempo, como una boa constrictor, dará el último espasmo y el espacio retrocederá hasta convertir aquella lejana cuna en una caja de pino de dos metros por uno. ¿Para qué más?



## Los sueños

Creen algunos que alcanzar un sueño significa satisfacer un deseo imposible o llegar a una meta que siempre parece alejarse, y para conseguir este propósito los más osados están dispuestos a cualquier heroísmo o villanía; en cambio, otros piensan que alcanzar un sueño solo significa dormir y los más simples se limitan a contar ovejas con la luz apagada. Dormir parece una empresa muy poco arriesgada, pero puede que el insomne con los ojos abiertos en la oscuridad se vea obligado también a realizar grandes hazañas imaginarias, que no desmerecen a las que realizan en la práctica los héroes o los villanos para conquistar un ideal. Con la cabeza en la almohada, cada insomne afronta con una estrategia distinta la dura travesía de la noche. Unos se ponen nostálgicos y remontan el río de la memoria hasta la infancia, donde se sienten inexpugnables recreando el olor de aquel desván, el sabor de la mermelada de la abuela, los juegos en las tardes de verano o el placer de las primeras caricias en la playa. El nombre olvidado de aquella niña impide conciliar el sueño y uno se da otra vuelta en la cama para ver si encuentra su rostro al otro lado de la oscuridad. Recordar su nombre es toda una proeza. Otros insomnes se ponen metafísicos y se entretienen tejiendo y destejiendo las múltiples variaciones del azar que han conformado su vida; se preguntan qué habría pasado si aquel determinado día hubiera estado en otro lugar y comienzan a rehacer su destino a la medida de los deseos. Otros se ponen guerreros y convierten el insomnio en un baluarte para atacar a sus enemigos o se erigen en héroes galácticos, en vengadores de la injusticia, en artistas famosos, en creadores. Otros se inventan una gran historia de amor y en el momento en que la amada va a entregarse por fin se quedan dormidos. Son hazañas que siempre suceden en la cama.

## **Kaláshnikov**

Los chinos no tienen dios. Por fortuna, su cultura milenaria no ha engendrado a un ser omnipotente, dominador, celoso y excluyente que los obligue a defender un territorio propio en este planeta hasta llegar al napalm o al Kaláshnikov solo por complacerlo. En realidad, lo que practica la mayoría de los chinos no es ni siquiera una religión, sino una moral intensa y refinada de andar por casa. El budismo zen es una forma espiritual de vivir el presente, aceptar el infortunio, dominar el dolor y convertir la muerte en una amiga que te va a devolver muy suave de la mano a la naturaleza. De momento, los chinos solo están empeñados en convertir este planeta en una tienda de todo a cien; no tienen una fiera divinidad que entre en competencia con el dios de los judíos, cristianos y musulmanes, que ha llenado la tierra de fanáticos, anatemas, dogmas y amenazas, con un paraíso reservado para los que lo adoran y un infierno preparado para los que lo ofenden. Por fortuna, tampoco los negros animistas tienen dios, sino espíritus del monte, que alientan en los árboles, en los ríos, en la lluvia, en el viento; esos orisas poseen virtudes específicas para sanar males concretos, fiebres, penas del corazón, dolor de muelas, cualquier problema económico, y para invocar sus favores los negros bailan, cantan, tocan el tambor, sacrifican un gallo, y mañana será otro día. Los abominables crímenes de los yihadistas han puesto de manifiesto que el monoteísmo, que se creó en torno al Mediterráneo, sigue siendo una páfida semilla de odio que durante siglos impulsó las guerras de religión bajo múltiples formas. En nuestra cultura, esa guerra ahora se ha establecido entre la seguridad y la libertad. Puesto que el fanatismo y el miedo todo lo emponzoñan, los cristianos acabaremos no adorando a Dios sino a la policía.

## Contagio

No han pasado tantos años desde que muchas mujeres españolas se bañaban en el mar con enaguas, desde que la muerte de un familiar imponía a una adolescente un luto riguroso que ya no se quitaba jamás, desde que el recato femenino la obligaba a llevar mantilla en la iglesia, las mangas hasta el codo y la falda por debajo de la rodilla, desde que las abuelas se cubrían la cabeza con un pañuelo negro anudado en la barbilla para salir de casa, desde que la esposa estaba jurídicamente atada al marido, desde que una chica en bikini provocaba un escándalo tal que podía ser detenida por la Guardia Civil. Fue el contagio con las jóvenes europeas que ejercían su libertad en nuestras playas el que acabó con los vestigios de una moral antigua, aunque todavía queda algún juez que ante una agresión sexual tiende a culpar a la mujer de haber provocado al violador por la forma licenciosa de vestir. Se debate ahora la cuestión de prohibir o tolerar entre nosotros el velo que el islam impone a sus mujeres. El velo o el burka son símbolos de la absoluta sumisión de la hija o la esposa ante el padre o el marido musulmán, que cree que les pertenecen en propiedad y eso les da derecho a tapparlas de arriba abajo para que en la calle no provoquen deseos impuros ni nadie pueda mancillarlas con miradas obscenas. Eso mismo les sucedía a muchas mujeres españolas no hace tantos años. Pero prohibir directamente el velo musulmán supone usar las mismas armas del fanatismo religioso y, contra lo que parece, es una señal de debilidad, una forma de dar la batalla por perdida. Por el contrario, la tolerancia y la libertad son la fortaleza de nuestra cultura. Da igual que una mujer lleve velo o un pollo frito en la cabeza. Al final, la libertad por contagio acaba por derribar todas las barreras. Así salió vencedor el bikini frente a las enaguas.

## **Dar la mano**

Dijo Pascal: todo lo malo que me ha pasado en la vida ha sido por haber salido de casa. Eso mismo le puede suceder hoy a cualquiera, no importa el camino por donde le lleven sus zapatos. Tal vez corre uno menos peligro en un callejón oscuro a las tres de la madrugada que en medio de una fiesta luminosa llena de celebridades o en el palco de honor de un estadio de fútbol o en el cóctel de una empresa o en la presentación de un libro o en el propio hemiciclo del Congreso de los Diputados. En un callejón solitario puede que te salga al paso una navaja de la que tal vez lograrás zafarte con una dádiva de cincuenta pavos y si te rajan, aunque la herida sea profunda, siempre podrás abrirte la camisa y presumir de cicatriz con los amigos al pie de una barra. Pero incluso en un funeral corres el riesgo de darle la mano a un político o a un empresario de moda a quien todos abrazan, al que verás mañana en un telediario esposado camino del trullo, y tú a su lado en una foto de agencia riéndole la gracia como un idiota. Por mi parte he saludado a un asesino que sin conocerme me invitaba a café y puedo asegurar que era amable, simpático y seductor. También tengo en mi agenda a un diputado y a un financiero a punto de entrar en la cárcel, a los que creía intachables siendo en realidad unos golfos.

Hoy, sin salir de la habitación tampoco estás a salvo de esa peste aviar en la que se han convertido las redes sociales. Hay en el mundo más de dos mil millones de pollos y gallinas picoteando día y noche banalidades, rebuznos y sandeces en los teclados de las tabletas. Nadie ha acertado todavía con la forma de eludir esta basura, que se ha apoderado del espacio amparada por el anonimato. No basta con tirar el móvil a un pozo. Esa nube tóxica forma parte sustancial del aire que respiras y se colará por todas las rendijas hasta emponzoñarte.

## Tres caídas

La historia que nos contaron nuestros padres y los maestros nacionales en la escuela fue un fraude que muchos niños de derechas tuvimos que descubrir muy tarde por nuestra cuenta. Por mi parte supe realmente en qué país vivía cuando leí un libro prohibido, *El laberinto español*, de Gerald Brenan, editado en París por Ruedo Ibérico. Entonces me enteré de las matanzas perpetradas también por el bando nacional durante la guerra y de la brutal represión que el franquismo estableció en venganza contra los vencidos ya en tiempos de paz. Fue la primera caída. Como reacción a ese fraude me pareció que había que ser de izquierdas, aunque solo fuera por moral. Tiempo después yo creía que el auténtico *Guernica* de Picasso no era el lienzo que estaba expuesto en el MoMA de Nueva York, sino su reproducción en la pequeña cartulina que tenía clavada con cuatro chinchetas en mi estudio. Esa copia era el verdadero *Guernica* de la República, el grito contra la barbarie que nunca podría ser acallado. La segunda caída se produjo cuando vi que el *Guernica* llegaba a España en 1981 con un Borbón en el trono, con un Calvo Sotelo de presidente del Gobierno, con Pasionaria dormitando en el Parlamento, con un cura, el padre Sopena, director del Museo del Prado y protegido por la Guardia Civil. Con la carga republicana del *Guernica* ya desactivada, los socialistas llegaron al Gobierno y lo que parecía que iba a ser en este país un cambio radical de las anquilosadas estructuras de la política para abrirla definitivamente a la modernidad ha terminado en un rotundo fiasco de la izquierda, abandonada por los intelectuales y derrotada por la vieja derecha en todos los frentes sin que se vea la posibilidad de que levante cabeza, debido al germen diabólico de la autodestrucción que lleva en su seno. Tercera caída, tal vez la definitiva.

## Batallas

La generación que llegamos a este mundo entre la Guerra Civil y el final de la autarquía en 1960 sobrevivimos de milagro al parto de nuestras madres, que apenas se cuidaron durante el embarazo. Crecimos bajo la amenaza del infierno y de la represión moral, pero entonces las puertas de las casas, incluso de noche, nunca estaban cerradas con llave. Dormimos en colchones de borra o de lana apelmazada y sobre ellos soñábamos con el Hombre Enmascarado; bebíamos agua pura de la fuente y jugábamos todo el día en la calle con patinetes, aros y flechas que habíamos fabricado con nuestras manos; hacíamos la guerra a pedradas contra la pandilla contraria y si volvías herido a casa nadie te regañaba, pero la idea de que tu padre se enfrentara en tu defensa al maestro, al párroco, al alcalde o al policía era impensable; nuestras madres nos bañaban en un barreño con agua caliente una vez a la semana en invierno, pero en verano íbamos al río o a la playa en una bicicleta en cuyos radios habíamos colocado una carta de la baraja, a menudo el as de oros, para que sonara a motor. Siempre entrábamos sin llamar en casa de un compañero con el que nos iniciamos en el sexo bajo los limoneros y compartíamos nidos y nombres de los pájaros, tebeos y gusanos de seda con aquel niño silencioso cuyo padre estaba en la cárcel o había sido fusilado. Esta generación nacida durante la autarquía franquista consiguió romper los hierros de la dictadura y entre la libertad conquistada y la corrupción sobrevenida ha dado a este país, pese a todo, grandes científicos, líderes empresariales y artistas internacionales. Ahora, desde la altura del tiempo, contempla el paso de la juventud airada sin adivinar hasta dónde llevará a este país la cólera social, y puesto que el pasado no parece servir de nada, se limita a contar a sus nietos estas lejanas y perdidas batallas.

## El más allá

Me gustaban mucho aquellos entierros tan estéticos de las películas de John Ford en las películas del Oeste, con el pastor protestante leyendo salmos de Isaías ante unos vaqueros cabizbajos con el sombrero en la mano: conduce, Señor, el alma de nuestro hermano a los verdes valles del Edén, mientras los golpes de azadón herían la tierra madre para albergar al finado hasta el juicio final. También me gustaban los entierros llenos de alaridos griegos tan mediterráneos con labradores en el duelo, que cerraban tratos de cosechas durante el camino al camposanto donde el cura católico dejaba al difunto amparado bajo un mármol barroco hasta la resurrección de la carne. La costumbre de incinerar los cadáveres le ha quitado a los gusanos su compromiso religioso con las postrimerías y ha impuesto un perfil laico a la muerte, que la Iglesia nunca ha aceptado de buen grado porque le deja sin la última baza, el control de salida de este mundo, previo pago de peaje. En la asepsia de los tanatorios, antes de la cremación, unos versos de Keats y un cuarteto de Schubert han sustituido a los fieros responsos con los hisopazos sobre el féretro. Ahora el Vaticano trata de controlar nuestras cenizas con la obligación de depositarlas en un lugar sagrado como si no fueran sagrados los mares, los ríos y las montañas. Con las cenizas se pueden hacer diamantes e incluso un *piercing* para lucir al muerto engarzado en el ombligo o junto a los labios; también hay cenizas muy alegres que los deudos conservan en casa y las sacan a pasear los domingos o se las llevan de vacaciones a Benidorm, pero uno se pregunta adónde van a parar los anillos y las muelas de oro, las prótesis de titanio, la batería de litio del marcapasos, atributos que resisten al fuego y son inmortales. Despojadores de cadáveres los ha habido siempre desde el tiempo de las pirámides.

## Por un verso

Desde el inicio de la historia, mucho antes de que Homero los hubiera concebido, ya estaban en el aire todos los versos de la *Iliada*; también estaban en el aire las voces de los coros de la tragedia griega antes de que Esquilo las hubiera imaginado. La geometría y todos los teoremas, los tres dioses monoteístas, la serenidad de Buda, los cuentos de *Las mil y una noches*, la doctrina de *El príncipe* de Maquiavelo, las figuras de *El juicio final* de la Capilla Sixtina, la teoría del buen salvaje de Rousseau, el escarabajo de Kafka, la magdalena de Proust y todas las manzanas de Newton mordidas por la serpiente del paraíso estaban previamente en el aire a merced de la inspiración de unos seres privilegiados que llegarían a crearlos. Inspiración es la acción de introducir aire en los pulmones, pero también significa el estímulo repentino que siente el artista, el científico o el filósofo ante una obra de arte, proyecto o idea. Entre la acción mecánica de respirar y el impulso creativo que baja como un don desde las esferas llegó a este planeta la electricidad, el teléfono, el aeroplano, el Ford T, la división del átomo y la bomba de hidrógeno. También se produjo el milagro de la aceituna que navega en el martini más allá del bien y del mal. La inspiración continuará en el futuro captando toda la ciencia y la belleza que está todavía en el aire. Quedan innumerables batallas de la mente por ganar, insondables misterios por desvelar. Sin duda, en el futuro algún genio descubrirá la forma de aniquilar el tiempo y el espacio y entonces el ser humano, libre ya de la estupidez de la materia, podrá ser invisible, atravesar las paredes, estar en dos lugares simultáneamente y alcanzar la inmortalidad. Pero tal vez la conquista final, sin la cual nada tendrá sentido, la logrará el poeta capaz de captar en el aire el verso más excelso que se le escapó a Homero.



## Culpable

El falso detective hizo la prueba. Abrió al azar la guía de teléfonos en la que constaban todos los usuarios de España, puso a ciegas el índice sobre el nombre de un ciudadano cualquiera y a continuación marcó su número. Al otro lado del aparato sonó una voz anónima. «Diga.» El falso detective preguntó: «¿Es usted fulano de tal?». «Sí, sí, dígame.» El falso detective, con palabras escuetas, le dijo: «Lo sabemos todo, huya». Y aquel desconocido huyó. Personalmente, esta huida me parece lógica, yo tal vez hubiera hecho lo mismo, puesto que la gente de mi generación, pese a haber sido bautizada, cree seguir viviendo en pecado original con la culpa agarrada a la nuca. De hecho, si en la escuela el maestro te castigaba injustamente, llegabas a casa y tu padre te añadía una bofetada de regalo. Mi generación atravesó toda la represión política y moral del franquismo y de la Iglesia bajo la doble amenaza del infierno y de la Guardia Civil. El infierno era hipotético, pero la pareja de la Guardia Civil podía cruzarse en tu camino y antes de que te diera el alto la mala conciencia ya te sacaba del subconsciente la culpa congénita. Algo habré hecho mal, pensabas. Al entregarle la documentación te sentías una hormiga perpleja frente a la autoridad con todo el sol en el tricornio. Aun viviendo en democracia, a veces me dan ganas de ir a una comisaría para que me detengan por algún delito que todavía no he cometido. Si el comisario me preguntara qué daño he hecho en la vida, le diría que buscara en el archivo. Seguro que encontraría algo de lo que debería arrepentirme. Esa sensación de culpabilidad va más allá del proceso de Kafka. Ataño a los ciudadanos inocentes y a los líderes políticos. Es una niebla que se cierne sobre la conciencia colectiva. Es el inquisidor Torquemada que te invita a huir mientras ríe en la tumba a carcajadas.

## Gravitación

Antes de que Einstein en 1916 demostrara teóricamente la existencia de las ondas gravitacionales, producto del choque de dos agujeros negros que tuvo su lugar a miles de millones de años luz, y la ciencia fuera capaz de detectarlas, algunos seres privilegiados de nuestro planeta ya las habían incorporado a su espíritu. La infinita armonía de ese sonido del espacio puede que estuviera inserta en los golpes de cincel de Fidias, en el ritmo de un verso de Ovidio, en la Venus de Botticelli saliendo del mar, en la inspiración de Mozart al componer su concierto para clarinete, en la garganta de Louis Armstrong. El alucinante cataclismo que produjeron en un punto del universo dos galaxias al devorarse, después de miles de millones de años luz, tal vez ha terminado vibrando en las cuerdas del arpa con que una chica angelical ameniza una cena de mafiosos en un restaurante con tres estrellas Michelin caídas también del espacio. De la misma forma que las ondas gravitacionales han sido captadas por el observatorio LIGO, puede que algún día la física cuántica demuestre que el alma de las personas y de los animales también obedece a la fórmula  $E=mc^2$  de Einstein como resultado de aquella explosión. ¿Qué es el espíritu sino una contracción del tiempo y el espacio? Las almas que pueblan esta mota de polvo cósmico que es la Tierra forman un solo cuerpo místico, cuya materia al transformarse en energía engendra el bien y el mal, el paraíso y el infierno, la inteligencia clara y el fanatismo. De aquella inmensa bola de fuego se ha derivado la sabiduría de Platón, la lámpara de Aladino, el éxtasis de los sufíes, el sudor de todos los esclavos, la hoguera en la que ardió Giordano Bruno, la navaja de Jack el Destripador, los pies alados de Margot Fonteyn. Todos estamos sin saberlo en un agujero negro.

## A las armas

Las armas no obedecen a los mandos militares. Solo combaten entre ellas con voluntad propia en bandos contrarios, aunque hayan sido engendradas como hermanas en la misma fábrica. A inicios de 1990, después de un enfrentamiento con centenares de muertos entre el Ejército peruano y los rebeldes de Sendero Luminoso se pudo constatar que las fuerzas reaccionarias de Fujimori todavía usaban armamento soviético y los revolucionarios iban armados con material estadounidense. Las armas solo se buscan entre ellas en cualquier lugar del planeta donde haya un conflicto y entran en combate hasta aniquilarse mutuamente. El representante de la fábrica de armamento explica a un consejo de generales las ventajas catastróficas de un nuevo misil inteligente, las prestaciones mortíferas de la bomba de racimo o la perversa imaginación de la mina antipersonas diseñada no para matar sino para colapsar los hospitales del enemigo con niños sin piernas ni brazos. Cuanto más diabólicos sean estos engendros, más admiración reciben de los altos mandos militares. A continuación, los ministros del ramo realizan grandes pedidos, que serán usados o revendidos legalmente o de contrabando a quien quiera comprarlos. Los pilotos se levantan, desayunan leche con avena, se duchan, arropan con ternura a su niño, que duerme abrazado a un peluche, y se despiden de su mujer con un beso: ¡adiós, querida!, ¡adiós, amor mío, que tengas un buen día! Los pilotos suben a los bombarderos y despegan en estado de erección. Gloria a Dios en las alturas. Las armas no tienen ideología, pero necesitan carne humana para alimentarse. Las bombas caen sobre una madre que está guisando para la familia, sobre una pareja de enamorados en la cama, sobre unos niños que juegan en la calle. Los pilotos creen cumplir una alta misión, pero solo obedecen como esclavos el diseño de las armas.

## Lujuria

Una pareja joven y sin duda adinerada empujaba un carrito por los pasillos de un supermercado de lujo e iba alargando las cuatro manos hacia las estanterías, que contenían todas las *delicatessen* imaginables para el paladar más exquisito. En el fondo del carrito se extendía ya un jamón pata negra deshuesado y sobre él habían comenzado a caer distintas carnes y embutidos, patés, angulas y mariscos, vinos y licores sacados por el empleado de vitrinas cerradas con llave, frutas traídas de países exóticos, cafés de distintas marcas y otros caprichos envueltos en papel dorado. A la pareja la seguían dos criaturas adorables, un niño y una niña, bostezando. Por la naturalidad con que acaparaban todo lo que les apetecía, daban la sensación de que no sabían nada de cuanto sucedía en este perro mundo. En la puerta del supermercado, una mendiga rumana no pedía dinero. Solo quería que le compraran un pollo, porque tenía hambre y el dinero debería entregarlo por fuerza al patrón. Hace unos años, este establecimiento se hallaba repleto de clientes exultantes, pero la crisis lo había dejado casi deshabitado, por eso no se podía saber si esta pareja era superviviente de aquel enloquecido festín o tal vez era el heraldo de una nueva clase de jóvenes millonarios bronceados en campos de golf, propietarios de negocios informáticos insospechados. «¿Te apetece algo más, cariño? ¿No se te olvida nada?», le preguntó el joven de oro a la mujer. Se había olvidado de algo fundamental, que daba sentido a tanta lujuria. La mujer se alejó por un pasillo y poco después regresó cargando con el producto principal del capitalismo, un enorme paquete que contenía veinte rollos de papel higiénico suave color de rosa, y con él los niños muy felices coronaron el carrito rebosante de bienes. A continuación, la caja registradora comenzó alegremente a sonar.

## Ojo mágico

Después de mucho tiempo he recuperado la radio Telefunken que había en casa cuando era niño. Este aparato ha permanecido más de medio siglo en un desván con su ojo mágico apagado. Las últimas canciones, las últimas noticias que emitió su altavoz fueron los discos dedicados de Radio Andorra, los partes de guerra sobre el paralelo 38, que dividía las dos Coreas, las tómbolas de caridad para remediar el hambre de los niños pobres y los desfiles de la Victoria. Todo lo que salía de su tripa estaba censurado: el parte oficial, las canciones, las epidemias, las catástrofes, los suicidios, el pensamiento, la moral. Uno vivía a la fuerza sin saberlo en un estado de inocencia. Al pasar la aguja por el dial se iluminaban nombres de ciudades soñadas, Singapur, Nueva York, Buenos Aires; se adivinaban las voces rebeldes, lejanas, de Radio Pirenaica y de la BBC con interferencias insoportables en medio de un fragor semejante al de una freiduría. Es una estupidez sentir nostalgia de aquel tiempo pasado, lleno de odio y miseria, pero esta radio se había convertido en el desván en un objeto bello en sí mismo, purificado por la memoria. He cometido el error de tratar de devolverlo al mundo de hoy. Después de limpiar sus válvulas lo he enchufado a la corriente para saber si funcionaba. Su ojo mágico verde se ha iluminado como un milagro. Después de más de medio siglo de silencio, la radio ha comenzado a hablar: el periodista norteamericano James Foley ha sido decapitado por el Estado Islámico, que también ha ejecutado masivamente a doscientos cincuenta soldados rehenes; un joven inglés borracho se despanzurra al saltar de un quinto piso a la piscina; en una playa de Mallorca se realizan concursos de felaciones a cambio de una cerveza. De pronto, el aparato se ha roto definitivamente, como si se hubiese atragantado. Se ve que no estaba hecho para dar estas noticias.

## La comunión

A partir de los siete años se desarrolla en el cerebro humano el neocórtex, donde anida la inteligencia, y para celebrar ese acontecimiento en la religión católica los niños toman la primera comunión. La llegada del neocórtex supone el fin de la inocencia. De hecho, esas criaturas vestidas de marineritos y princesitas que después de la ceremonia religiosa reciben tantos regalos en realidad están siendo expulsadas del paraíso, como lo fueron, según el Génesis, nuestros primeros padres. La Iglesia enseña que a partir de los siete años, con el uso de razón, si ese niño muere en pecado mortal se va para el infierno. Hasta esa edad, estas criaturas estaban gobernadas por el cerebro límbico, que los seres humanos comparten con algunos mamíferos superiores. En ese cerebro se inscriben durante la infancia los sentimientos, los símbolos, los dogmas, las creencias, los terrores, la autoridad del padre, del maestro, del clérigo, los primeros sabores, caricias, aromas, canciones, paisajes. En el paraíso de la infancia, como sucede con cualquier animal, el niño se siente inmortal, puesto que no tiene conciencia de la muerte. Ese cerebro límbico es el que reclama la Iglesia en propiedad para inocularle su doctrina, porque sabe que todo lo que se grabe en su mucosa desprotegida de la razón no se olvidará jamás. Es lógico que al niño lo vistan de marinero, ya que expulsado del paraíso deberá iniciar la azarosa travesía de la vida. En cambio, con el traje de novias infantiles, a las niñas se les reserva el sueño machista del permanente cuento de hadas. Esta ceremonia rememora aquel estado de la evolución en que al pie del árbol del paraíso, al morder la manzana, se inició nuestra conciencia, que nos convirtió en seres mortales, y en estos domingos de primavera con el niño recién comulgado las familias llenan los restaurantes para celebrarlo.

## Demolición

La casa natal de Adolf Hitler aún se mantiene en pie en Braunau, un pueblo de Austria, muy cerca de la frontera con Alemania. Cuando hace unos veinte años le pregunté la dirección a una mujer robusta que llevaba una cesta de verduras en la mano, ella como respuesta apuntó con la barbilla hacia unos policías, que tenían a unos árabes callejeros brazos en alto contra el furgón y les estaban escarbando unos papeles del bolsillo trasero. Aunque en su fachada costrosa un cartel decía que aquella casa era una biblioteca pública, al parecer se trataba de una escuela de niños disminuidos psíquicos, y a través de las ventanas enrejadas de la planta baja se podían vislumbrar los tableros de trabajo con algunas creaciones infantiles, payasos de trapo con pajarita de lunares, loros y mariposas dibujados sobre cristales, vacas de colores ingenuos pastando en una pradera. Braunau alude al color marrón, que fue el elegido en honor al *führer* para el uniforme de sus milicias. La única indicación de que era la casa de Hitler era una gran roca de granito que asemejaba un aerolito caído frente al portal. Había sido extraída de la siniestra cantera del campo de Mauthausen y en ella había escritas unas palabras que expresaban una aspiración de paz, democracia y libertad en desagravio a los muertos y supervivientes de aquella gigantesca matanza. Frente a la casa natal de Hitler, en la calle Salzburger Vorstadt, había una chocolatería atendida por una joven italiana que no sabía exactamente si ese tal ¿Hitler? había sido un músico, un escritor o alguien más importante, pero que decía que cada vez venía más gente extraña al pueblo atraída por ese nombre. Parece que la casa va a ser demolida, no para borrar la última huella del siniestro personaje, sino para levantar cualquier negocio. De acuerdo con la ideología, lo lógico sería montar un establecimiento de comida basura.

## Un ser puro

La mujer adúltera permanecía arrodillada en medio de un círculo de fariseos airados y cada uno de ellos tenía una piedra en la mano. Según la ley de Moisés, esa mujer debía ser lapidada como castigo a su pecado y así estaban dispuestos a hacerlo aquellos fariseos cuando vieron que se acercaba un joven profeta al que tentaron con estas palabras: «Dinos, maestro, si debemos ejecutarla, como manda la ley de Moisés, o perdonarla». Por toda respuesta, el joven profeta en silencio se puso a escribir en la tierra con el dedo unos signos misteriosos y sin volver el rostro dijo: «Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra». Y luego siguió escribiendo en el polvo hasta completar su sentencia. Los fariseos comenzaron a hurgar en su conciencia y encontraron en ella algún motivo para sentirse culpables de pecados cometidos en el pasado, así que dejaron la piedra de lado y se fueron alejando. Pero hubo uno que permaneció frente a la adúltera humillada porque se sentía puro, libre de culpa, propietario de la verdad absoluta y con autoridad suficiente para ejecutar el castigo. Lleno de ira levantó el brazo y descargó la piedra sobre la mujer adúltera. Los exégetas han discutido hasta la neurosis qué clase de enseñanza pudo haber escrito el joven profeta sobre el polvo, que fue de inmediato disuelta por el viento. Pudo, tal vez, haber escrito este duro pronóstico: a lo largo de la historia, la figura de ese fariseo falto de piedad adoptará diversas formas teológicas, morales y políticas, de modo que adondequiera que vayas habrá un inquisidor que podrá acusarte contra toda justicia, un juez de la horca decidido a condenarte sin pruebas, un fanático dispuesto a degollarte. En cualquier caso, siempre será el mismo personaje: alguien que se cree puro, exento de culpa y por eso mismo incapaz de perdonarte.



## Por el arte

El arte contemporáneo lo aguanta todo, salvo el que un patán que no lo ama ni lo entiende lo utilice para blanquear o refugiar el dinero sucio de la droga o del expolio a mansalva del erario público. Una colección de pintura sirve en muchos casos para dorar la biografía de un nuevo rico e incluso permite especular con su valor de cambio, como viene sucediendo desde los tiempos del Antiguo Egipto. Pero el arte sufre una agresión mortal cuando un contratista cateto, un político ladrón o un mafioso pelanas almacena en una guarida secreta cuadros de pintores de renombre solo porque un compinche más enterado le ha dicho que valen una fortuna. Si en una subasta de Sotheby's un asesino se enamora de un Matisse, puja por él y lo paga debidamente, eso solo demuestra que es un asesino muy refinado. Si un ladrón se lleva de un museo una pequeña tabla de Mantegna bajo el gabán impulsado por una pasión irremediable de poseerla y adorarla y la encierra en un armario, se considera un caso de locura amorosa que suele engendrar a veces el coleccionismo. Puede un demente, llevado por la diabólica neurosis que a menudo provoca la belleza, romperle con un martillo la nariz a la *Piedad* de Miguel Ángel sin que por eso la estética se destruya. A lo largo de la historia el arte ha servido para perpetuar la memoria de muchos tiranos; se ha visto involucrado en innumerables crímenes y a su alrededor se han derramado caudales de sangre. A César Borgia le diseñaba los cañones y los puñales Leonardo da Vinci; en la Florencia renacentista, la crueldad de los príncipes o la lascivia de los papas no impedía su fervor por la belleza. El arte contemporáneo también lo aguanta todo, la vanidad del burgués, el esnobismo del diletante, la codicia del especulador, cualquier pompa de jabón, todo salvo que lo manosee un zafio con las uñas sucias.

## El viento

Las banderas de oración tibetanas son unas telas de colores engarzadas a una soga o a un mástil que flamean constantemente al viento desde los tejados de las casas, las cimas de los montes y las explanadas de los templos. En esas telas, los budistas depositan toda clase de sueños, promesas y preguntas en forma de plegarias que el viento se encarga de expandir por el espacio hasta regiones ignotas donde habitan las fuerzas misteriosas que han sido invocadas. Paz, fortuna, salud, belleza, armonía son las constantes del corazón de los mortales. Después, el viento, cuando cambia de dirección, devuelve las plegarias, unas veces atendidas, otras desechadas, como respuestas del destino. Las banderas de oración tibetanas están ya penetrando en nuestra cultura. Comienzan a verse flamear en el aire contaminado de nuestras ciudades y, aunque el viento aquí no sea tan puro como el de las altas montañas del Tíbet, puede llevarse también nuestros sueños, plegarias y estas preguntas hasta el pie de nuestros dioses. ¿Cuándo aceptaremos que la máxima corrupción consiste en haber votado y en seguir votando, pese a todo, a los políticos corruptos? La respuesta la traerá el viento. ¿Cuándo aceptaremos que somos nosotros los que nos ahogamos en el mar frente a las costas de Europa junto con los inmigrantes desesperados? La respuesta la traerá el viento. ¿Cuándo aceptaremos que ningún armamento es inocente y que somos nosotros los que bombardeamos hospitales, familias, niños en Alepo? La respuesta la traerá el viento. Las banderas de oración se llevan con el viento nuestros sueños de armonía y fortuna sobre la ponzoña de la corrupción, sobre la sangre de la guerra, sobre todos los naufragos que ya forman parte del paisaje de nuestra cultura. La respuesta, amigos, como canta Bob Dylan, está flotando en el viento, pero no por eso dejamos de ser culpables.

## Baratijas

Si Julia Roberts luciera unos pendientes de plástico en la alfombra roja de los Óscar, esa baratija sería una joya auténtica. Si una señora de aspecto vulgar se presentara con un collar de diamantes de nueve quilates en un bodorrio celebrado en un cocedero de mariscos, esa joya sería falsa. Las piedras preciosas solo son auténticas mientras están en la caja fuerte o se exhiben detrás del cristal antibalas de una joyería bajo la vigilancia de un guardia con revólver. Fuera de la cámara blindada, su valor es siempre mágico; depende de la calidad de las orejas de donde cuelgan o de la categoría social de la pechuga que las ostenta. El hurto de unos gemelos y unos pendientes en el hotel donde se celebraba la entrega de los Premios Goya es una lección práctica de fenomenología: la esencia de las cosas se deriva de su contexto o apariencia. Un operario se llevó esas joyas valiosas de una habitación abierta y desordenada creyendo que eran simples baratijas solo porque estaban al alcance de la mano en una caja de cartón. Sucedió igual con la escultura de acero de Richard Serra de treinta y ocho toneladas expuesta en el Reina Sofía en 1992, que el Ministerio de Cultura había adquirido por el equivalente en pesetas a 217.000 euros. Un día desapareció de un almacén del extrarradio donde permanecía depositada a la intemperie junto con otros herrumbrosos cacharros. Fuera de contexto había perdido la magia; unos chamarileros la tomaron por chatarra y la llevaron al desguace. Por el contrario, el urinario de Marcel Duchamp, exhibido en 1917 en la Sociedad de Artistas Independientes de Nueva York, fue convertido en obra de arte solo con la mirada estética de los espectadores. El silencio también es oro, las palabras a veces son piedras preciosas, los ojos crean belleza, depende siempre de quien calla, de quien habla, de quien mira. Toda la filosofía griega salió de bocas desdentadas.

## Bolero

«Arráncame la vida», decía la letra del bolero que aquella pareja de novios bailaba bien amarraditos los dos en la fiesta del pueblo, y mientras se intercambiaban su amoroso sudor, el vocalista con voz melosa seguía diciendo: «Quiero el rojo de tus venas para pintar en mis labios el fuego de mi condena». Después del crimen se publicaron algunas fotos en que se veía a los novios felices empuñando a la vez el mismo cuchillo para partir la tarta nupcial, y en la crónica negra aparecían imágenes de bautizos, comuniones y cumpleaños, de meriendas con amigos en una mesa llena de botellas vacías, de aquel viaje a las islas griegas. Sonreían a la cámara, aunque ella ya tenía una sombra en la mirada, debido al tormento que soportaba de su pareja. En medio de una violencia que alternaba el silencio, las promesas, las lágrimas y el perdón, les había nacido un hijo. Algún sábado lo dejaban con la canguro para ir a bailar boleros cuyas letras no daban lugar a dudas: «Quiéreme hasta la locura y así sabrás la amargura que estoy sufriendo por ti». Boleros, tangos y corridos transportaban sueños de amor perdidos, celos, abandonos, traiciones y venganzas. Cantaba desgarrado Sabina: «Y morirme contigo si te matas y matarme contigo si te mueres, porque el amor cuando no muere mata, porque amores que matan nunca mueren». Aquel cuchillo de cocina que había servido para cortar por la mitad tantas hogazas de pan candeal había incorporado todo el amor, el odio, el ansia de libertad, el terror y la rebelión que la pareja había bailado. Con ese cuchillo apasionado murió asesinada por el marido esta joven de treinta años, solo porque quería ser libre. La violencia de género va más allá del terrorismo machista. Es la larga lucha de resistencia de la mujer en la Gran Guerra de la Independencia Femenina, que arranca en el Neolítico.

## Peste negra

La peste bubónica fue una pandemia que asoló Europa en el siglo XIV. La trajeron desde Oriente las pulgas de las ratas en los barcos que venían de la Ruta de la Seda. El contagio de la bacteria, la *Yersinia pestis*, se producía por picaduras de estas pulgas, que solían albergarse en las costuras de los paños sin distinguir armiños de príncipes, estameñas de villanos, sagradas vestiduras de clérigos o harapos de mendigos. La pandemia acabó con la mitad de la población europea. El látigo de los flagelantes bajo el canto de la sibila fue la propuesta de la Iglesia para aplacar la ira divina, que se manifestaba en los ganglios de las ingles, del cuello y las axilas inflamados en forma de bubones y que después de un periodo de fiebre y delirios finalizaba con un vómito negro. Algunos historiadores opinan que la peste bubónica acabó con el feudalismo e impulsó el Renacimiento, debido a que la extensa mortandad permitió a los supervivientes disponer de carne en abundancia. Sea como sea, parece que aquella bacteria, bajo distintas formas, no ha cesado de mutar desde entonces a través de nuevas ratas, de nuevas pulgas, no necesariamente censadas en medicina, sino en la cultura, en la política y en la moral. La bacteria de la peste llegó en medio de la ignorancia y del fanatismo, caldos de cultivo que todavía perviven. La ropa de los apestados la echaban al fuego y poco después la sustituyeron en la hoguera los herejes y científicos; aquellos vómitos negros no fueron distintos de los ladridos de Hitler y de otros políticos desde las tribunas, pero hoy las pulgas de la peste negra se han refugiado en las costuras de la red, cuyos enlaces expanden una imbecilidad planetaria con fiebre y delirios en la mayoría de los usuarios, que no cesan de llenar de vómitos todo el espacio. Nuevas ratas siguen llegando por la nueva Ruta de la Seda.

## Saltamontes

Escucha, pequeño saltamontes: cuando seas muy mayor llegará un día en que dejarás de cumplir años. Te dará igual tener setenta que ochenta. A esa edad solo cumplirás estados de ánimo, periodos de salud o de enfermedad. Estar bien o sentirte mal será el único dilema, de modo que los análisis y radiografías tendrán mucha más importancia que el número de tacos de almanaque que lleves a la espalda. La vejez es, sin duda, una tragedia irreversible, pero solo algunos seres privilegiados son capaces de convertirla en una obra de arte. Atiende, pequeño saltamontes, a lo que pasa en la mesa. Si lo más dulce se guarda para el final, también puede suceder lo mismo en el postre de la vida. El deterioro físico siempre se produce por partes, cada órgano por separado, nunca acontece un fracaso conjunto y total, salvo que decidas acabar por ti mismo o te des con el coche un leñazo contra un chopo. Hay dos formas de envejecer: de dentro afuera y de fuera adentro. Esta última modalidad es la más evidente: la carne flácida, la linfa acuosa en la mirada, el color ceniciento de la piel, las articulaciones anquilosadas. Trataré de ahorrarte, pequeño saltamontes, todas las miserias que van sucediendo en el interior del cuerpo a partir de una edad, el bulto sospechoso que germina por aquí o por allá, la sombra en el pulmón, el veredicto infame del TAC. Pero con ser eso muy grave, es menos patético que envejecer lentamente de dentro afuera. Si llega un momento en que todo te da igual, que comulgas con ruedas de molino con tal de que no te molesten, que crees que tu protesta o coraje no servirá de nada, serás viejo por dentro aunque tengas treinta años. El alzhéimer no consiste en perder la memoria, sino en no recordar que la has perdido. Olvidar los sueños que en un momento de la vida te hicieron fuerte será la prueba más evidente de tu demencia senil.

## Oro macizo

Imagino que Donald Trump es todo de oro macizo, no solo su cuerpo de carne y huesos, sino también los zapatos que calza, la ropa que viste, el cinturón que rodea su barriga y lo mismo sus mujeres y sus hijos. El resplandor de oro que este amo del imperio proyecta alrededor lógicamente es creativo, de modo que la cama donde duerme, los sillones en que se sienta, las alfombras que pisa, los platos, cubiertos y vasos que usa para comer y beber, sus palos de golf, sus cochazos y aviones, hasta el retrete donde se alivia y por supuesto la firma que deja al tirar de la cadena, todo eso también es de oro macizo, como el dogal del capitalismo, que a partir de ahora se venderá por obligación en las joyerías. Desde que se levanta hasta que se acuesta, Donald Trump expande a su paso la misma luz del rey Midas, cuyo resplandor ha llegado ya al asfalto. En las calles y plazas turísticas de cualquier ciudad, donde los mimos permanecen hieráticos en un pedestal durante horas sin mover un párpado, se ha comprobado que los peatones se sienten impulsados a echarles sin cesar monedas en el plato a los que aparecen vestidos con un ropaje de oro; en cambio, los mimos que representan a gente pobre, desarrapada o contestataria tienen siempre a los pies el plato vacío. De esa experiencia ha nacido en Nueva York una organización de caridad que pronto se extenderá por el mundo. Se trata de convertir en mimos a todos los mendigos del planeta que piden limosna en la puerta de restaurantes, supermercados, templos y salas de fiestas, cubrir sus harapos con polvo de oro y esperar a que esa luz mueva el corazón de los ciudadanos. El rey Midas obtuvo de los dioses el don de convertir en oro cuanto tocaba, pero tuvo que rechazar ese don porque sus alimentos se convertían en oro y se moría de hambre. Así imagino a Trump ante una hamburguesa dorada.

## Saturnales

Los primeros reyes de Roma eran labradores. De hecho, marcaron con un arado tirado por bueyes el espacio donde se levantó la ciudad. Araban la tierra, sembraban el grano; después se sentaban en un trono de olivo y dictaban leyes. A finales de diciembre, terminada la sementera, los primeros romanos comenzaron a celebrar ritos en honor a Saturno, el dios que gobernaba el ciclo agrario. Si la semilla no muere y se pudre, no puede germinar. Con el tiempo se popularizó en Roma el culto de Mitra, el dios persa de la luz y la sabiduría, que había nacido de una virgen y que también moría y resucitaba. A este misterio de muerte y resurrección estaban dedicadas las fiestas saturnales, que en Roma se celebraban con banquetes públicos e intercambio de regalos, dulces y pequeñas figuras de barro adquiridos en mercadillos montados en el foro, semejantes al que ha derribado en el Kudamm de Berlín ese infame terrorista con un camión de gran tonelaje. Durante las saturnales se subvertían las normas sociales. Los esclavos se sentaban a la mesa principal y eran servidos por sus amos. Juntos comían y bebían, cantaban y brindaban por la mutua felicidad, una ficción que ha llegado hasta nuestros días bajo el falso deseo de paz y amor del espíritu navideño. Esa ficción duraba, como hoy, solo unos días. Los romanos creían que los dioses lares constituían el fundamento de la familia y a ellos les dedicaban el fuego sagrado que ardía de forma perenne en el lar, y en torno a ese fuego se reunían por estas fechas los niños que llegaban a la vida y los viejos que se iban al más allá. Nada que no muera puede renacer, como el sol del solsticio y todas las semillas. Pero con el tiempo los romanos cayeron en la cuenta de que los verdaderos dioses lares eran los esclavos, puesto que sin ellos no hay felicidad, siempre que estén controlados.



## Menorca

Caterina Cardona, la abuela de Albert Camus, era natural de Sant Lluís, un pueblo de Menorca, de donde a finales del siglo XIX emigró a Argelia. Un grupo de filósofos, literatos y periodistas llegados de los países del entorno mediterráneo se han reunido en ese pueblo para celebrar que este escritor esté cada día más vivo en nuestra cultura. Mientras algunos catedráticos y expertos comentaristas durante el encuentro hablaban de compromiso político, también se podía pensar que la filosofía, la moral y la estética de Camus se hallaban muy cerca al alcance de cualquiera en esa isla. En Mahón, el mercado central de frutas, verduras, carnes y embutidos se aloja en el mismo claustro del convento del Carmen, en cuyo patio, entre bares y puestos de flores, se celebran conciertos, funciones de teatro y exposiciones de arte. En la planta superior de ese mercado central están las aulas de la Universidad de Verano y junto a la iglesia del Carmen se hallan las pescaderías. Nada más lúcido y humano que que las humanidades formen parte de un mercado de alimentos terrestres rodeado de gritos. Nada tan mediterráneo y camusiano como que la ciencia y el arte se reflejen en los vientres plateados de las sardinas. Albert Camus significa la moral sin culpa y la inocencia sin dios. Basta con acercarse a Cales Coves para sentir que esta doble pulsión se manifiesta allí como una enseñanza mineral. En esas calas, bajo las cuevas funerarias prehistóricas abiertas en las paredes del acantilado, entre las breñas escarpadas que se reflejan en un mar de cobalto, algunos cuerpos jóvenes desnudos adoptan las rocas como divanes para ofrecer su carne a la redención solar. En el mercado de carne, frutas y verduras, en la lonja del pescado, en esas calas nupciales es donde la filosofía de Camus siempre se reinicia.

## Caja negra

Puesto que un electrón, según la física cuántica, puede estar en dos lugares distintos a la vez, no es extraño que este fenómeno suceda también con las personas. A fin de cuentas, no somos más que una coctelera de electrones dentro de la cual se agita el alma, una sustancia incolora e insípida, negra o blanca, no detectable por medios mecánicos, que está en todas y en ninguna parte del cuerpo. Según la física cuántica, la duda de Hamlet no tiene sentido porque se puede ser y no ser al mismo tiempo. Hoy la cuestión ya es otra: consiste en saber si uno está vivo o muerto, dos estados que pueden darse también a la vez, como se demuestra con el experimento del gato de Schrödinger. Si se mete un gato en una caja cerrada y opaca donde hay un recipiente con un veneno mortal y existe la misma probabilidad de que el gato tome o no tome ese veneno, mientras no se abra la caja negra para comprobar el resultado el gato estará vivo y muerto al mismo tiempo, según los cálculos. Cualquiera puede ser el gato teórico de Schrödinger, puesto que la vida consiste en un baile frenético de electrones dentro de la caja negra del propio cuerpo. En el terreno político, según esta teoría, Donald Trump es al mismo tiempo un Gran Asno de Oro y un patriota desencadenado, el terrorismo yihadista participa a la vez de la justicia y de la venganza, el capitalismo te mata y te salva, Che Guevara es futuro y pasado, los chinos son amos y esclavos de la historia. Por otra parte, si personalmente no somos más que una coctelera de electrones entre los cuales el alma, si existe, se busca la vida, solo así se explica que puedas ser a la vez de izquierdas y de derechas, víctima y verdugo, culpable e inocente. La física cuántica absuelve y condena a todo el mundo. Mientras no se abra la caja del gato de Schrödinger no sabrás si eres blanco o negro, si estás vivo o muerto.

## Salteadores

Como su nombre no indica, la Guardia Civil es un cuerpo militar, creado por el duque de Ahumada en 1844 para preservar la seguridad de los caminos y combatir el bandolerismo, que a mediados del siglo XIX infestaba el territorio nacional. Desde su fundación hasta hoy, la Guardia Civil se ha adaptado con proverbial lealtad a todos los regímenes establecidos, incluida la II República durante la guerra, y esta fidelidad ha hecho que fuera utilizada en muchas ocasiones para aplastar con extremada dureza cualquier brote de rebeldía frente al poder constituido. El miedo a la Guardia Civil está inscrito como un sello indeleble en el inconsciente de los españoles. Estuvieras dentro o fuera de la ley, vislumbrar de lejos en los caminos rurales de España las siluetas de una pareja con tricornio, capote y naranjero fue durante mucho tiempo siempre un mal trago. Puede que la derecha, gente de orden, la amara, pero muchos españoles de izquierdas la odiaban por llevarla asociada a episodios de nuestra historia más negra, hasta el día en que este odio o temor comenzó a ser atemperado por el respeto que inspiraban sus motoristas en la carretera o su ejemplo en operaciones de salvamento en las que arriesgaban la vida. Ante cualquier desorden siempre hay alguien que exclama: «¡Esto solo lo arregla la Guardia Civil!». En eso estamos. La corrupción es hoy tan asfixiante como lo fue la plaga del viejo bandolerismo del siglo XIX. Los políticos corruptos asaltan las instituciones como antiguamente los bandidos asaltaban las diligencias en los caminos, y parece que de ellos ya solo puede librarnos de nuevo esta Guardia Civil de la UCO, altamente tecnificada. Ahí la tienes sacando mierda a destajo todos los días para llevarla a los jueces en una operación de salvamento nacional. Si la derecha también ha comenzado a temer a la Guardia Civil, se acabó la fiesta.

## **Mala leche**

Los latidos del corazón constituyen también una forma de conocimiento. Según los biólogos más avanzados, esa bomba mecánica es la que excita y pone en estado mental al cerebro y no al revés; incluso algunos líderes espirituales la han elevado a la categoría de oráculo de nuestro propio futuro. Si a un electrocardiograma se le aplica un zoom muy potente, se pueden descubrir entre sus quebradas líneas de sístole y diástole unos espasmos microscópicos cuya lectura nada tiene que ver con la medicina sino con el campo magnético que el corazón expande y que afecta a todos los seres vivos de alrededor, incluidas bacterias y personas. Se ha hecho la prueba de ese poder con un recipiente lleno de leche. Conectados a una corriente se introducen dos electrodos en el recipiente, que se coloca en el centro de la mesa en la que estás departiendo en una cena agradable con amigos. Los gérmenes vivos que contiene la leche responden a las sensaciones positivas o negativas del corazón de los comensales. Sus latidos no solo elevan la sangre al cerebro de los presentes para mover el mecanismo de sus pensamientos; también desvían hacia el recipiente las descargas emocionales, que son captadas por los electrodos. La placentera sensación de amistad, la armonía feliz y las risas del grupo purifican la leche, la eximen de bacterias y la convierten en el mejor postre de sobremesa, en leche merengada. Pero si el recipiente se instala en medio de una tertulia política, en el hemiciclo del Congreso de los Diputados, en la mesa del consejo de administración de un banco, la leche concentra la codicia, el rencor, la ambición, la miseria, la estupidez, el fanatismo de su entorno y se convierte en una pócima venenosa. La mala leche que hoy se ha apoderado de nuestra sociedad responde a los latidos de un corazón colectivo devastado. Por eso el aire es irrespirable.

## Éxtasis

El éxtasis es un estado en que la persona pierde la conciencia del mundo exterior y consigue disolver su individualidad en un ser ilimitado superior. Se trata de una experiencia mística que unas veces se consigue con la meditación y otras, con la ayuda de una droga propicia. El cuerpo se queda sin peso y sumamente ligero se eleva muy alto hasta darle a la caza alcance que, según Juan de la Cruz, consiste en una armonía y un placer inenarrables. Hay quien asegura haber experimentado esta sensación en la guerra mientras caían bombas alrededor y puede que alguno haya logrado por fin esa unidad con el Todo en el paredón un momento antes de ser fusilado. En el rostro de Teresa de Ávila que esculpió Bernini se expresa esa subida a tan señalada cumbre donde el orgasmo acrecentado por la santidad se funde en la llamada pequeña muerte. Pero no es necesario ser un místico. Mucha gente corriente sabe que el éxtasis también se halla en el vértice de cada uno de los cinco sentidos. La conciencia cósmica se puede obtener ante una escorpa braseada si se acompaña con un vino exacto. La iluminación interior, que coloca a una persona en un plano existencial elevado, se produce al sorprender una gota del deshielo que cae como una nota musical desde el abeto y un pájaro escarlata que se la bebe en el aire. El estado de júbilo y felicidad se instala en el fondo del cerebro más vulgar al oler a pan de payés en una profunda tahona de pueblo, a enebro sangrante recién trasquilado, a la melaza que se expande al abrir un libro antiguo de donde se escapa una tijereta. El sentido de la inmortalidad está también en la decisión de negarte a morir simplemente hasta oír al último pianista tocar *Amapola* en ese hotel donde nunca estuvieron ni Churchill ni los duques de Windsor. La mística moderna está ya al alcance de cualquiera.

## Erudición

En las tertulias de antaño siempre había un erudito que lo sabía todo. Recordaba nombres, fechas y datos con absoluta precisión gracias a su privilegiada memoria alimentada por múltiples, diversas y a veces inútiles lecturas. Ante cualquier discusión se recurría a él en última instancia para que ejerciera de tribunal de casación. Hoy el prestigio de esta clase de sabios, ganado a pulso después de quemarse las pestañas leyendo montones de libros, ha desaparecido. La erudición ya no sirve de nada. Ahora en cualquier debate en que las partes se obstinan por tener razón, mientras la disputa se alarga y adquiere una elevada temperatura, tal vez el más tonto del grupo que ha permanecido callado picotea discretamente en el iPhone y cuando la discusión alcanza un encono sin salida exhibe el veredicto inapelable que dicta la pantalla del móvil como si fuera el ojo de halcón. He aquí la verdad sacada con la punta de los dedos del légamo digital. El prestigio está en manos de cualquier garrulo que sepa manejar mejor y más rápido las cinco yemas para extraer la razón de Google. El inicio de la Edad Moderna lo marcó el invento de la imprenta. La edición masiva de libros terminó con el argumento de autoridad, que estaba en manos hasta entonces de clérigos, leguleyos y sanadores, como una fuente de poder frente a la ignorancia de la gente. Una revolución semejante se produce ahora en medio del bosque digital donde el alumno puede sacarle el ojo de halcón al profesor; el paciente, al médico; el analfabeto, al filólogo; el idiota, al científico y el reo, al juez. La cultura es hoy una enloquecida barra de bar que circunda el planeta y la política mundial está presidida por un venado con una cornamenta de catorce puntas, toda de oro, un Calígula que gobierna el imperio con los dedos movidos por el odio, la ignorancia y la estupidez.

## Razón y fe

Frente a las leyes inexorables que rigen la materia en todo el universo, el espíritu humano solo está gobernado por la fe y la razón, dos fuerzas implicadas en un combate interminable desde el principio de la historia. La razón es una fuerza elaborada, muy cara de producir, sometida a constantes pruebas; es la base de la ciencia y la única herramienta que poseemos para comprender la naturaleza. En cambio, la fe, que puede mover montañas, es barata de fabricar y muy fácil de obtener, no necesita ser probada, no admite fisuras, es ubicua e inmutable, se inculca de forma sencilla de padres a hijos y se propaga velozmente como un virus a cualquier raza y en cualquier lugar. Los sueños de la razón a veces engendran monstruos, pero a causa de la fe se mata y se muere, se convierte uno en mártir o en verdugo, se declaran guerras de exterminio y por decreto, incluso, permite soñar con una felicidad eterna en otra vida. La fe suele ir acompañada de la emoción, una carga magnética que los humanos probablemente compartimos con otras especies de mamíferos superiores. Se trata de una reacción psicofisiológica ante lo real o lo imaginario que nos convierte en santos, en visionarios y en fanáticos. De esa ciega pasión nacen las xenofobias, el odio o el miedo al otro, las banderas, las patrias y las fronteras. Razón y fe nunca se cruzan, pero están enraizadas en la vida y determinan nuestra convivencia. Si un extraterrestre, acostumbrado a las leyes que gobiernan el universo, visitara España en este momento, creería haber caído en un país de locos poseídos por pasiones pueblerinas, incapaces de someter sus problemas políticos a la razón, estúpidos dispuestos a aniquilarse una vez más por un ideal imaginario de unidad o independencia de una patria hipotética, sin saber que esa montaña que la fe es capaz de mover les puede caer encima.

## Mil años

El astrofísico Stephen Hawking ha pronosticado que dentro de mil años una primera migración de seres humanos comenzará a abandonar la Tierra para asentarse en otros puntos del universo. Se supone que para entonces el crecimiento demográfico, la falta de alimentos, el cambio climático y la pestilente degradación de la naturaleza habrán hecho de este planeta un lugar inhabitable. Los nuevos padres fundadores serán cosmonautas soñadores, jóvenes y fuertes. Aquí quedarán los viejos, los discapacitados, los pobres y los faltos de coraje. Dada la escasez de espacio en las naves, verdaderas arcas de Noé, los emigrantes cósmicos llevarán consigo una selección extremadamente rigurosa de los mejores frutos terrenales. No faltarán el cereal y la vid, que fueron en la Tierra sangre y cuerpo de dios, junto con un ron bucanero para brindar por el éxito. Para entonces, el genoma humano, totalmente explorado, permitirá una absoluta manipulación genética de los óvulos y espermias congelados de los genios de la historia, pero en el cerebro humano estará guardada la ciencia y la cultura que pudo ser salvada de la hecatombe planetaria. En otro lugar más confortable del universo podrán ser recreados los versos de Homero, la moral de Marco Aurelio, los cuentos de *Las mil y una noches*, los ensayos de Montaigne, el *Réquiem* de Mozart, la ironía de Voltaire, todo lo que en la Tierra nos permitió vivir sin avergonzarnos; por ejemplo, la libertad, las aventuras de Ulises y el amor a los caballos. Puede uno imaginar qué salvaría de este planeta hoy para llevárselo a otro mundo si fuera un expedicionario galáctico. Por mi parte no faltarían los calamares en su tinta, las berenjenas fritas y el apio para las ensaladas. Pues bien, ese tesoro que cada uno se llevaría a otro planeta aún está en la Tierra. Hay que aprovecharlo.



## Impostores

Si en una partida de póquer, a la media hora de juego, no te has dado cuenta de quién es el tonto que va a perder, es que ese tonto eres tú. Esta podría ser una versión golfa del famoso test de Alan Turing, el pionero de la computación y de la inteligencia artificial, quien propuso una fórmula para descubrir desde el primer momento a los impostores y tramposos que pueden robarte la cartera. La prueba consiste en ponerte frente a un ser humano y un computador, ambos ocultos a tus ojos, con el reto de averiguar su identidad según las respuestas que recibas de ellos a una serie de preguntas tuyas. Si la máquina consigue durante los primeros cinco minutos engañarte, la posibilidad de que logres identificarlos en adelante será prácticamente nula. El test de Alan Turing se puede aplicar a la vida cotidiana, a la política, al amor, a los negocios. Si te encuentras ante dos personas reales que te tientan con una proposición o promesa y la duda no te permite descubrir en los primeros cinco minutos cuál de ellas te está mintiendo, la posibilidad de que siga engañándote y quedés atrapado en su impostura es prácticamente inevitable. Esos primeros cinco minutos son de oro, pero muy poca gente los usa para salvarse. Cinco minutos bastan para desenmascarar, antes de que te embauque, a ese político corrupto que se disfraza de patriota cuyas promesas son solo flato, para descubrir al socio o al amigo que te va a traicionar, para imaginar que esa chica tan dulce acabará siendo tu ruina o que ese enamorado tan formal y cariñoso es en el fondo un machista, para no sorprenderte de que ese vecino que te saludaba tan educado en el portal ha resultado ser un asesino. Tres preguntas bastan para saber quién es el tonto en cada partida, siempre que el tonto no lo seas tú por no haber usado solo cinco minutos en averiguarlo.

## Almanaque

Enero. Desde el fondo de su infancia relinchó aquel caballo de cartón, el primer regalo que le trajeron los Reyes Magos; en San Antón celebran su fiesta los animales y él recordó aquel perro con el que jugaba de niño y que murió aplastado por un camión. Por la Candelaria en febrero despierta la savia de los árboles, apuntan las gemas, en el sexo del adolescente brotó también una flor de jara y aquella niña, que fue su primer amor, ¿cómo se llamaba? Por marzo llovía tras los cristales y en aquel desván el chaval con sueños de pirata navegaba con el dedo los mares en el atlas hacia la isla del tesoro, y en abril se producía el deshielo, cruzaban las aves el aire, el sol encendía una colina y a continuación una nube la oscurecía, del mismo modo que su fe en Dios iba y venía hasta desaparecer del todo. Los días de mayo fueron sus dieciocho años, cuando creía, como dijo el poeta, que había venido a este mundo a llevarse la vida por delante con su primer viaje a París. En junio la muerte se llevó en su féretro al padre o a la madre, tal vez a los dos, y después en el verano tuvo que cumplir el mandato de la biología, enamorarse, reproducirse, ver cómo crecían y maduraban los vástagos hasta que al cumplir en septiembre los cuarenta años llegó la melancolía, la primera decepción, la primera desgracia, aquel hijo que se mató en accidente de tráfico o la hija que se fugó dejando la cama vacía. En otoño se produjo la separación, tú por aquí, yo por allá, yo me llevo los discos y tú te quedas con el sofá. En noviembre se celebró el juicio inapelable del tiempo ante el espejo, las erosiones en el rostro, la mirada vacía, producto de las deserciones y caídas. Finalmente en diciembre el protagonista de este almanaque pensó: quise haber dejado huella en la vida entre aplausos, pero no me queda más que aquel caballo de cartón. Se montó y comenzó a cabalgar.

## Bombardeos

Por si alguien no se había enterado, hay que saber que estamos viviendo la Tercera Guerra Mundial. En la primera, los frentes se definían por trincheras, que había que asaltar a bayoneta calada buscando el cuerpo a cuerpo para descerrajar directamente las tripas del enemigo. En la retaguardia se bailaba el charlestón. La segunda se caracterizó por bombardeos masivos de ciudades abiertas, por el genocidio ominoso del Holocausto y por un par de bombas atómicas como fin de fiesta. En la retaguardia sonaba la orquesta de Glenn Miller y la garganta de Édith Piaf. El cierre en falso de la primera dio paso a la segunda y la segunda, a medias entre el capitalismo salvaje y el fanatismo religioso, ha generado la tercera, que sucede hoy en cualquier parte del mundo, aunque sus batallas más decisivas se dan en el interior de nuestra conciencia. Las tres guerras mundiales tienen un factor común: las tres apestan a carne humana inocente abrasada. Más allá de cualquier clase de culpa, esta Tercera Guerra Mundial se caracteriza por una doble estrategia: los ejércitos regulares bombardean, los terroristas ponen bombas; mientras que unos lo hacen cada vez de más lejos sobre el mapa, los otros lo hacen cada vez de más cerca en mercados, estaciones de tren, aeropuertos, estadios, salas de fiestas, restaurantes, playas de Niza o de Bali. La dialéctica bélica ha generado una escalada armamentística coronada hoy por el fanático suicida forrado de dinamita, contra el cual ya no hay defensa posible. Esta Tercera Guerra Mundial no tiene retaguardia, pero unos bailan el rock y otros rezan a Alá y aunque en los controles de momento solo te exigen que te quites la chupa, el cinturón y los zapatos, a medida que esta guerra de civilizaciones avance, el escáner será el verdugo inapelable y los aeropuertos repletos de pasajeros desnudos nos devolverán la imagen de Auschwitz.

## Acracia

Se podría vivir sin políticos, pero no sin médicos; se podría vivir sin militares, pero no sin maestros; se podría vivir sin jueces y policías, pero no sin científicos; se podría vivir sin sacerdotes, pero no sin labradores. No obstante, en este reino de la acracia feliz solo algunos políticos, jueces y policías urbanos podrían seguir contribuyendo a la felicidad colectiva siempre que logaran superar la prueba de la Vibradora Universal, cuya ejecución consiste en que, sometida cualquier obra, conducta, profesión, ideología o creencia de las personas a una poderosa vibración, todo lo que cae es lo que les sobra. Menos es más. Este principio minimalista que el arquitecto Mies van der Rohe inculcaba en sus edificios se puede aplicar a cualquier aspecto de la sociedad. Si durante el debate sobre el estado de la nación se sometiera el Congreso de los Diputados a la ley de la Vibradora Universal, ¿qué político quedaría en pie que fuera digno de hablar desde la tribuna? Si esta poderosa vibración se aplicara a lo estúpido y superfluo que uno oye y lee cada día en los medios, ¿cuántas palabras se mantendrían limpias y necesarias desafiando la belleza del silencio? Si la ideología de derechas o de izquierdas fuera sometida a la Vibradora Universal, sin duda, el ciudadano quedaría exento de fanatismo, sectarismo y estupidez, dispuesto a votar a un líder inteligente y honesto sin más adherencias. También serían innumerables los cascotes que se desprenderían de la Iglesia, de la universidad y del mundo del arte. Al final de este seísmo estético, la sociedad habría quedado compuesta solo de médicos, maestros, investigadores, guardabosques y sembradores de cereal, asistida por unos pocos guardias de tráfico que habrían salido indemnes de la descarga de la Vibradora Universal para formar parte del reino moral de la acracia.

## Replicantes

Sangre, sudor y lágrimas: estas excreciones del cuerpo humano con las que se amasan las gestas heroicas de la historia son en realidad un compuesto de agua y sal procedente de ese mar que en gran parte todavía llevamos dentro. Fuimos peces, fuimos anfibios, fuimos monos, luego primates bípedos, *homos habilis*, *erectus*, *sapiens* y todo lo que la evolución nos ha deparado después hasta ganarle la espalda a Einstein, pero sea cual sea nuestro destino final en el fondo nuestra carne seguirá siendo agua de mar hasta que en el futuro cedamos el testigo de la existencia racional a los robots creados por nosotros mismos. La nanotecnología hará posible que toda la información neurológica condensada en nuestro cerebro sea copiada en nanochips y almacenada en la estantería de la nube, y desde allí podrá ser insertada en los robots, de manera que ellos tomarán nuestro lugar, incluyendo la capacidad genética para reproducirse o autorreplicarse. Su inteligencia artificial desarrollada exponencialmente en la era cuántica les permitirá ejercer acciones autónomas, incluso contrarias a nuestras órdenes. Los humanos iremos perdiendo las partes del cuerpo a medida que sean innecesarias y caigan en desuso; finalmente quedaremos reducidos a algo inmaterial similar a lo que ahora llamamos alma, compuesto por partículas subatómicas, aptas para moverse a velocidades lumínicas con capacidad omnisciente, propia de la divinidad. Mientras tanto, en nuestro planeta, si todavía existe, los robots habrán tomado forma y textura humanoide. Sufirán todos los problemas que el hombre abandonó. Entrarán en conflictos sentimentales, laborales y en guerras cruentas, pero sus gestas históricas no producirán sangre, sudor ni lágrimas porque, no habiendo salido del mar, los robots no tendrán agua ni sal, ingredientes básicos del dolor y la gloria de la humanidad.

## Horóscopo

Todos los días a las nueve de la mañana por la puerta trasera del supermercado sale un empleado con varias barras de pan duro y las desmenuza en medio de la calzada para alimento de los pájaros. Cuando a esa hora paso por allí en coche a comprar el periódico hay un cotarro de gorriones y palomas picoteando furiosamente. Siempre se produce un angustioso revuelo en todas direcciones por delante del parabrisas un segundo antes de que los aplaste con las ruedas, pero los pájaros logran salvarse y vuelven enseguida al sustento. Todos los días a las nueve de la noche en el mismo punto de la calle donde por la mañana comen los pájaros, un grupo de mendigos, de vagabundos y otros hambrientos de traje y corbata se abate sobre las cajas con desperdicios de comida que a esa hora saca un empleado por la puerta trasera del supermercado. El comportamiento de pájaros y mendigos es similar, la misma ansia, la misma desesperación, unos por la mañana, otros por la noche en la misma rueda de hambre. Pero no todos los vagabundos son iguales. Uno de ellos es alto, herrumbroso y elegante. Llega a la cita invariablemente una hora antes y durante la espera lee de pie a la luz de la farola el horóscopo de algún periódico rescatado de la basura, que despliega sobre el capó de un coche aparcado. Cada día el horóscopo es distinto, pero siempre se acomoda a sus sueños. Allá arriba giran los astros. Aquí abajo, el empleado de supermercado ofrece comida caducada a los mendigos y mientras los demás rebuscan en ella parece que a este vagabundo herrumbroso y elegante solo lo alimentan sus sueños. Espera que desde algún lugar del universo su signo del zodiaco le traiga amor, salud y dinero este año nuevo, según lee en el horóscopo en un periódico del año pasado. A nadie echará la culpa si sus sueños no se cumplen. Las constelaciones quedan muy lejos.

## En el medio

Los postulados de Euclides, padre de la geometría, se siguen estudiando en las universidades después de dos mil trescientos años de historia, y sus elementos de rectas, segmentos y equidistancias son aplicados hoy a su trabajo por ingenieros y arquitectos de forma inalterable. Según Euclides, la equidistancia es una relación fija en la mitad justa entre dos puntos extremos de un segmento. Este postulado, que en geometría es la consecuencia de una creación elegante y sutil de la mente, en cambio en la política y en muchos comportamientos sociales es un término sumamente denostado porque se considera una representación tibia, débil y cobarde entre los dos extremos del segmento de ideas. Este desprecio viene de lejos. Ya en el Apocalipsis dice Yahvé: «Y así, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca». Ser equidistante entre la izquierda y la derecha, el independentismo y la unidad de la patria, el capitalismo y el comunismo, la libertad de expresión y su control es sinónimo de blandenguería, de falta de compromiso y decisión, pese a que en realidad es todo lo contrario. Si la equidistancia geométrica en arquitectura permite que la clave del arco absorba y distribuya las fuerzas de modo que las casas y los puentes no se caigan, aplicada al humanismo consigue que toda nuestra sociedad se mantenga en un sutil pero firme equilibrio desde que dejamos atrás a nuestros abuelos primates. Hay que tener mucha fortaleza interior para ser un equidistante. Esta dura conquista del espíritu se ve hoy muy escarnecida, pero de la equidistancia deriva la moderación, el rechazo instintivo a cualquier verdad absoluta e incluso el sentido del humor. Deja que los servidores fanáticos de Yahvé, de uno y otro extremo, te insulten. La equidistancia te hará escéptico y amable; es el eje de acero esencial para que no te derrumbes por dentro.

## Prometeo

Se cuenta de Balzac que en su lecho de muerte, en medio del delirio de la agonía, pidió que llamaran al doctor Bianchon, el médico de ficción de una de sus novelas, porque creía que era el único que podía salvarle. Este remedio está al alcance de cualquiera que posea un poco de imaginación. Cada generación ha creado sus propios héroes vengadores, terrestres o galácticos con suficientes poderes y agallas para vencer a cualquier enemigo. Los niños de posguerra, hoy sumidos en el miedo y entregados al desencanto, podríamos invocar la ayuda de Roberto Alcázar, del Guerrero del Antifaz, del Hombre Enmascarado, de Juan Centellas y del Capitán Trueno, que conformaron los momentos más felices de nuestra memoria, y que, sin duda, estarían dispuestos a sacarnos del atolladero una vez más. Superman, Batman, Spiderman, Iron Man y Corto Maltés podrían solucionarles todavía cualquier problema a los jóvenes desesperados de hoy. Pero no es necesario acudir a héroes de ficción en medio del delirio, como Balzac, para salvarse de la agonía diaria. Si uno se explora por dentro puede encontrar a un héroe real, no ficticio, a ese Prometeo que fuiste tú mismo en un momento de la vida. ¿Acaso no eras tú aquel joven que quería cambiar el mundo, el que se jugó el pellejo frente a la dictadura? ¿No eres tú aquel joven ecologista, imbatible, solidario e inconformista? ¿Dónde está el Prometeo encadenado, que no se resignaba ante la injusticia? Hasta el ser más anodino guarda en su interior un gesto de rebeldía. Si la vida te arrastra por el barro del conformismo y te obliga a tragar toda clase de ruedas de molino, pide ayuda a ese héroe lleno de orgullo que fuiste tú mismo un día para que acuda a socorrerte ante cualquier caída.



## Por San Juan

Bañarse desnudo en el mar la noche de San Juan, asar sardinas en la playa, prender hogueras festivas y recordar cuando de niño saltabas a través de las llamas, enviar un deseo a las estrellas y esperar que la respuesta inmediata y voluptuosa se diluya en el licor de la copa que bebes en compañía de unos amigos, oír en la oscuridad risas y canciones que te llevan a la infancia, saber que muchas parejas están haciendo el amor en el agua, contemplar tumbado en la arena el universo y perder la memoria, no desear nada, no esperar nada, pero sentirte bien, son ritos que muchos habrán cumplido. Tienes derecho a un momento de felicidad, pese a que en ese Mediterráneo en el que te bañas flotan también miles de muertos ahogados, y esas alegres fogatas con olor a sardina asada con que se honra a los dioses antiguos son también incendios que ahora mismo están devorando los bosques, y esos gemidos de amor que producen los jóvenes enamorados no van a impedir que en ese mismo mar el manantial de sangre siga manando. Detrás de la belleza de las constelaciones, cuya armonía pitagórica te subyuga con su álgebra, existe un agujero negro como el que te engulle a menudo en los días aciagos, pero aunque solo sea por una noche nos hemos permitido el placer de imaginarnos limpios, tributarios de los dioses paganos, inundados por unas olas oscuras que en el futuro serán siempre azules y soleadas. Pudimos soñar que esa noche habíamos encontrado el trébol de cuatro hojas, un país sin corruptos en la política, sin caimanes en las finanzas, libre de la peste del terror y de la fiebre informática. Fiestas de verano, revuelta de hormonas adolescentes que desafía la furia del oleaje contra las rocas, esperanza de agarrarse al rabo del último cometa que pasa, viejos que sueñan amores pretéritos bajo los sombreros de paja.

## Velocidad

Para dulcificar el insomnio acostumbro a oír tangos. Sus letras melancólicas me ayudan a navegar en la noche, pero en medio de esos amores malevos que canta Carlos Gardel, a veces elaboro inútiles disquisiciones que añaden más confusión a la oscuridad y entonces me duermo. Para conciliar el sueño, a altas horas de la madrugada, con música de tango, pienso, por ejemplo, si la fórmula  $E=mc^2$ , energía es igual a masa por velocidad al cuadrado, con la que Einstein expresó la teoría de la relatividad, se puede aplicar también al espíritu humano, ahora que la física cuántica y el telescopio Hubble están ya invadiendo el terreno de la teología. Nada puede viajar por el universo a la velocidad de la luz ni a una superior a ella, según el postulado de Einstein, que nadie discute. Solo si un objeto no tuviera masa, como los fotones, podría trasladarse a trescientos mil kilómetros por segundo. Mientras Gardel vuelve con la mente marchita de no se sabe dónde, pienso que si el alma humana existe, solo si no tiene masa y por tanto tampoco tiene peso, podría ir al cielo o al infierno a la velocidad de la luz cuando con la muerte se separe de tu cuerpo. Pero no está demostrado que el alma exista, sobre todo que la tengan algunos hijos de perra, y por otra parte si el paraíso y el infierno están situados en un punto extremo del universo, sin duda, tardará miles de años luz en llegar; en cambio, estos pensamientos inanes con los que paso la noche, que tampoco tienen peso alguno, congelan el tiempo y el espacio y superan la velocidad de la luz porque al recordar alguna magdalena de Proust de mi niñez la vuelvo a vivir en la memoria y si pienso en la estrella más remota de la última galaxia, solo de pensarla, ya estoy en ella; aunque de esa estrella se vuelve, como Gardel, con la mente tan marchita y cansada que uno enseguida se queda dormido.

## Todo lleno

La rebelión de las masas no está llamada a tomar el poder político, sino a ocupar todo el espacio físico. La masa es una especie de corriente de lava humana que te persigue con el solo propósito de engullirte y aniquilarte. Esa y no otra es la revolución social a la que estamos abocados. Adondequiera que vayas, estadios, aeropuertos, estaciones, andenes, museos, conciertos, centros comerciales, mítines, fiestas, concentraciones civiles y religiosas, la masa impone su ley, que se rige por el cerebro de las emociones; de hecho, la grada rebosante de un campo de fútbol tiene la psicología de un niño de ocho años. La importancia de un espectáculo es proporcional a la cantidad de masa que convoca y a la vez su éxito se mide por las toneladas de basura que genera. Al día siguiente de un acontecimiento se te hace saber el número ingente de camiones y operarios de la limpieza que han sido necesarios para dejar limpio el espacio, ya se trate de un concierto de rock o de una concentración papal. Adondequiera que vayas la masa ya ha llegado antes. ¿Acaso no es como el tuyo ese cuerpo que se aglomera frente a *La Gioconda* en el Louvre, o que empana como un escalope humano el puente de Rialto? La masa adquiere hoy la forma de turismo. Se trata de un sexto continente compuesto por mil millones de seres unívocos en perpetuo movimiento, que se ha convertido en una peste planetaria, ya que a su paso devora ciudades, monumentos, templos, palacios y jardines. El único destino de la masa es el consumo, vestir, comer, beber, bailar, ver, oír y decir lo mismo. Tampoco en casa estás a salvo. Esa sensación de lleno asfixiante que produce la masa la generan también las redes sociales que penetran a través de las paredes para hacerte saber que eso que piensas y escribes ya lo han pensado y escrito millones de personas antes.

## Dialéctica

Según el sociólogo Bauman vivimos en un mundo de certezas líquidas, volátiles, ambiguas y contradictorias, compuestas de hechos alternativos, sin valores sólidos. Puede que esta incertidumbre básica tenga su explicación en la física moderna. Cualquier palabra hablada o escrita se materializa bien en ondas sonoras, bien en pulsiones de los dedos sobre un papel o un teclado. En cualquiera de estos casos, la palabra se convierte en materia y por lo tanto está compuesta por partículas subatómicas regidas por un principio de la física cuántica según el cual una cosa puede estar en dos lugares distintos a la vez, caer hacia arriba o subir hacia abajo. Si esto es así, las partículas de una palabra que transportan una verdad contienen sus propias antipartículas, que pueden transportar también una mentira o esa manipulación emotiva que hoy se llama posverdad. Se trata de realidades contrarias, ambas válidas y equivalentes, que coexisten y adquieren un significado u otro según el lugar en que se observan. Si se aplica esta ley cuántica al lenguaje, se entra en un universo filosófico mucho más inconsistente, volátil, incierto y ambiguo que el mundo líquido de Bauman. Una palabra y su contraria tienen el mismo fundamento, y toda la filosofía, desde Aristóteles hasta Wittgenstein, se queda sin el apoyo ético que rige nuestra vida. La verdad y la posverdad, la bondad y la maldad son equivalentes en distintos y cambiantes estados. Solo el lenguaje, por sí mismo, con sus términos contradictorios, tiene valor. Probablemente esto ha ocurrido durante los más de trescientos mil años de existencia del *Homo sapiens*, pero ahora en que el pensamiento se ha convertido en un ente líquido y la nueva física nos gobierna de forma inexorable es cuando los mentirosos y propagadores de patrañas se hacen equivalentes a los ángeles de la ética y de la verdad reconocidas.

## Mosquitos

Como mosquitos que alegres y confiados desafían a la araña, nos intercambiamos secretos por SMS, *e-mails*, WhatsApp, Twitter, Facebook, blogs e Instagram con la creencia de que ese caudal de imágenes y palabras, algunas calientes y comprometidas, la mayoría estúpidas o banales, sale de estos dispositivos electrónicos y se posa aleatoriamente en una nube donde permanece preservado a nuestra exclusiva disposición. De forma ingenua, la gente cree que nuestros secretos, confidencias, pensamientos y opiniones están a salvo en ese trastero celestial, puro e incontaminado, cuando en realidad esa nube es una gigantesca computadora situada bajo tierra donde la humanidad, a modo de enjambre de alegres y confiados mosquitos, se encuentra cada día más atrapada. En ella se almacenan todos los mensajes que emitimos con nuestros cacharros digitales y que las grandes empresas de comunicación, el poder y la policía utilizan a su conveniencia. Los secretos de nuestra vida están secuestrados y disponibles en esa telaraña, puesto que el acuerdo de confidencialidad es pura falacia. Se trata de un robo y a la vez de una amenaza en toda regla. Imagínense que en vez de bits se almacenaran en un gran depósito general nuestras cartas y documentos escritos. Habría que ser idiotas para creer que estarían allí bien guardados sin que nadie los leyera, los utilizara o revendiera. Las redes sociales se han convertido en verdaderas redes físicas, similares a las de las arañas más peligrosas, que atrapan nuestros pensamientos para convertirnos en víctimas de algún depredador. Pero existe algo peor. Si dentro de mil años esa nube digital desapareciera por un cambio climático o la gran computadora universal fuera bombardeada, la humanidad sin memoria tendría que volver al Neolítico, comenzar por la pintura rupestre e inventar al final el papel y el lápiz.

## Travesía

Al final del verano, de vuelta a casa, empiezas a navegar el nuevo curso a merced de las fuerzas oscuras que te acechan en un mar lleno de peligros. Hay que estar bien pertrechado. Para llegar sano y salvo a un puerto abrigado después de sortear todos los escollos de esta dura travesía, no hay barco más seguro que el primer barco de papel que fabricamos cuando éramos niños con una hoja del cuaderno escolar donde habíamos escrito nuestros sueños más puros. Después de doblar el papel varias veces de una forma determinada, abrías el pliegue y de pronto aparecía entre los dedos un maravilloso velero. Con un leve impulso lo botabas en una orilla de la alberca y comenzaba a navegar por el agua estancada bajo el vuelo de libélulas verdes y amarillas. Podía ser un barco pirata, fantasma, mercante o de guerra. Pese a que en la alberca habitaban algunos sapos, el barco siempre conseguía llevar a la otra orilla nuestros sueños incontaminados. Era un barco que nunca naufragaba. Vivimos ahora tiempos de azar, entre la violencia y la banalidad. No sabes quién te vigila, quién te controla, quién decide por ti, pero eres consciente de que alguien puede apretar el botón que te hará saltar por los aires. Ya no existen maestros a los que seguir ni valores sólidos a los que agarrarse y, puesto que vale todo pero nada es firme, en esta travesía confusa la salvación es ya una cuestión fiada a la imaginación de cada navegante. Un prisionero condenado a cadena perpetua descubrió la única forma de escapar: pintó una ventana abierta de par en par con un horizonte azul en la pared de la mazmorra y a través de ella conquistó la libertad. Aquel velero de papel que construiste con una hoja del cuaderno escolar para cargar en él los primeros sueños hoy puede convertirse en un barco de salvamento si aquellos sueños que transportaba no han sido traicionados.

## Sopa regia

Cuando sientas que a tu alrededor todo se viene abajo y ya no encuentres sentido a la vida, remonta el río de la memoria hasta la niñez y entra en aquella cocina donde humeaba la sopa de verduras, cardos, acelgas, zanahorias y espinacas que la abuela cocinaba con tanto amor. Puede que este país esté hoy patas arriba, pero en medio de los escombros, si te agarras muy firme a aquel cazo humeante, estarás a salvo. Aunque lo ignores, su lejano aroma transporta la sustancia que ha construido tu espíritu y es todavía una buena razón para seguir viviendo. La sopa a todos nos iguala, a príncipes y a lacayos, a señores y a criados, a ricos y a pobres. Mira, si no, a la familia real sentada durante el almuerzo alrededor de una minestrone. Toda la grandeza y abolengo de los blasones, la gloria y los desastres de la historia, el incierto azar de la Corona quedan reducidos a un lance de cocina de clase media. La sopa demasiado caliente le abrasa la lengua a la princesa de Asturias y la reina le dice: «Pero sopla, Leonor, hija». Pese a que la primera regla de urbanidad en la mesa prohíbe soplar el caldo, habría sido mucho peor si después del primer sorbo su majestad el rey de España, como un simple mortal, hubiera exclamado: «Humm, esta sopa entona». Cualquier analista político debería saber que la sustancia de esa sopa regia es el fundamento más consistente en que se sustenta la Corona. De hecho, no se puede comparar el toisón de oro con una buena minestrone, puesto que si un día la monarquía desaparece ese collar no será nada, pero en la lengua abrasada de la princesa Leonor perdurará el sabor de la sopa. La política de este país se ha convertido en un oficio infame, las instituciones del Estado han caído en el desprestigio, la cultura es un gallinero. Al final, la columna de humo que sale de una sopa real es el pilar que sustenta a la patria.

## Mono dios

Durante millones de años, el primate estuvo sumido en la confusión de los sentidos hasta que llegó el momento en que intervino la serpiente. Con un picotazo en la nuca, la serpiente inoculó la conciencia en su cerebro y el primate, de repente, se sintió inteligente y culpable. Este hecho ha llegado a nuestra cultura en forma de fábula. En medio del edén estaba el árbol de la ciencia con la manzana prohibida. «Quien coma la fruta de este árbol morirá», dijo Yahvé. Entre helechos arborescentes, aquel primate iba desnudo y se creía inmortal, una sensación que compartía con el resto de los animales. Puede que otros simios congéneres conocieran la prohibición decretada por el amo del edén, pero solo él, nuestro directo antepasado, tentado por la serpiente, osó quebrantarla. «Si mordéis esta manzana seréis como dioses», le dijo la serpiente a Eva. Ya se sabe con qué castigo tuvo que cargar la humanidad por este desafío a su creador. Nuestros primeros padres fueron expulsados del paraíso, condenados a parir con dolor, a trabajar con el sudor de la frente y a morir. ¿Y todo por una simple manzana?, pregunta un niño al maestro. Alguien tiene que explicarle a ese niño que la manzana del paraíso es la conciencia, la razón, el conocimiento, la curiosidad y la rebeldía que el ser humano ha heredado de aquella pareja de primates bajo el nombre de pecado original. El árbol de la ciencia sigue dando hoy otras manzanas mordidas, la de Newton, la de Alan Turing, la de Steve Jobs, que penden de sus ramas en forma de iPad, de iPhone. Seréis como dioses. La serpiente actúa ahora en los laboratorios de biología molecular, donde gracias al pecado original el ser humano ha adquirido el poder caprichoso e ilimitado de su creador. Cada día está más cerca el último asalto a la inmortalidad. De hecho, unos chinos acaban de clonar a un mono.



## Secreciones

Suena el himno nacional. Su música acompañada con una letra combativa dispara en el cerebro del patriota unos mecanismos nerviosos que estimulan los instintos ancestrales de supervivencia, los mismos que excitaban al guerrero en la sabana frente a los enemigos de la tribu hace miles de años. Se trata de una acción refleja, pero aprendida. De hecho, si oímos el himno de Ulán Bator no sentimos nada; en cambio, al oír la *Marcha real*, *Els segadors*, el himno de Riego, el del Real Madrid o el del Barça, vinculados a valores, ideología, tabúes y símbolos propios, el cerebro del respectivo hincha patriota segrega automáticamente dos hormonas específicas, la adrenalina y las endorfinas, que entran de inmediato en acción. La adrenalina le aumenta el ritmo cardiaco, le dilata la pupila para agudizar la visión ante el peligro y le induce una descarga de glucosa por si el patriota se ve obligado a realizar algún esfuerzo agresivo, por ejemplo, liarse a banderazos contra el bando contrario e incluso, en casos extremos, coger el fusil. No en vano la glándula que genera la adrenalina está en la zona de los riñones. Por su parte, las endorfinas le producen un bienestar emocional y también un placer físico que se asimila con una sensación de fiesta después de la victoria. El himno nacional o deportivo suele ir acompañado con los gritos de rigor, arengas y vítores que exacerban el ánimo cuando la patria o el equipo están en peligro, pero sucede que en la vida ordinaria hay otros peligros mucho más graves que no generan ninguna secreción hormonal. ¿Por qué el paro, la desigualdad, la pobreza y la corrupción no producen adrenalina ni endorfinas? Sencillamente porque no tienen música. Hubo un tiempo en que la tenían. Iba acompañada con una letra de combate, *La Internacional*, *A las barricadas*, himnos heroicos que hoy son solo ecos de la memoria.

## La ofrenda

Mientras Leonardo da Vinci pintaba en su taller de la vía Ghibellina de Florencia la pequeña tabla con la imagen del *Salvator Mundi*, a su alrededor cacareaban docenas de gallinas. Los artistas del Quattrocento solían pintar al temple y necesitaban muchas yemas de huevo para ligar los pigmentos. Esta pequeña tabla de nogal, como *La Gioconda* y todas las madonas con el Niño, fue creada en un auténtico gallinero y probablemente sería un encargo de los Médici, sus mejores clientes, para el oratorio de palacio, y allí la imagen del Salvador atendería las súplicas de perdón de Lorenzo el Magnífico después de haber acuchillado a alguien. La figura del *Salvator Mundi* adopta con la mano el gesto de bendecir o de mandar formando una pinza con el pulgar y los dedos anular y meñique. El índice queda inhiesto como un símbolo fálico, que entre los pintores florentinos era una contraseña homosexual. Esa pinza fue la conexión energética a través de la cual la inteligencia pasó de la acción de la mano al cerebro del primate. A lo largo del tiempo, la pintura religiosa, mientras permanece en el altar, absorbe las oraciones de los fieles y en la imagen sagrada se posa como una veladura toda la carga de miedos, milagros, esperanzas. Así sucedió con este *Salvator Mundi*, pintado como un elegante joven nórdico, absolutamente humano, casi profano. Pero un día esta tabla fue apeada del altar y comenzó a absorber otras pasiones. Pasó por salones reales, por alcobas de amantes, por mansiones burguesas; soportó el vilipendio de los restauradores; se extravió y reapareció en chamarilerías para ser zarandeada por la especulación y finalmente ha sido devuelta al altar, esta vez al altar de Christie's, y allí ha recibido una ofrenda de trescientos setenta y dos millones de euros. Esa cantidad es una oración que nace de un acervo más profundo que la fe, que es la codicia.

## Delirio

Sin duda fue un día histórico aquel en que este ciudadano anónimo decidió declararse independiente por su cuenta y riesgo sin esperar a que se cumpliera el programa político de su partido. No reconocía otra nación que su propia persona, cuyas fronteras las constituían el suelo que pisaban sus zapatos, el horizonte hasta donde alcanzaban sus ojos y el cielo que brillaba sobre su atormentada cabeza. Este ciudadano creía, como Unamuno, que «el nacionalismo es la chifladura de exaltados echados a perder por indigestiones de mala historia», pero que bastaba con desearlo con toda la fuerza del espíritu y de repente uno se convertía en un ser libre e independiente como una aventura individual irrevocable. Pasado el momento de euforia que acompaña a cualquier declaración de independencia, la primera decepción la tuvo a la mañana siguiente, cuando después de una noche en que fue visitado por algunos sueños de gloria, al mirarse en el espejo del baño descubrió que seguía siendo el mismo individuo de siempre sin más atributos, ni más alto ni más guapo. Nada había cambiado. Sus pantalones estaban confeccionados en China, el café del desayuno era colombiano, la mantequilla era francesa, el coche que conducía era alemán, la fábrica donde trabajaba era japonesa y el jefe que le mandaba era danés. En general, todo lo que comía y bebía cada día este ciudadano independiente, las series de televisión que veía, la música que oía o bailaba, los medicamentos que tomaba, el móvil que lo unía al mundo tenían origen fuera del país que habitaba. Tanto su cuerpo como su alma, que eran su única nación, estaban atrapados en poder de otros, pero él siguió en su delirio, pese a que solo eran suyos, absolutamente suyos, los cuatro metros cuadrados de su amada tierra que necesitaba para llevarse consigo a la fosa sus sueños de gloria.

## Nevadas

Conocí por primera vez la nieve el 15 de enero de 1946, a los diez años. El día de Reyes en el cine del pueblo habían echado la película *Argel* y aún estaban Charles Boyer y Hedy Lamarr mirándose a los ojos en los cartones expuestos en la fachada del bar Nacional cuando sobre ellos empezaron a caer los primeros copos. Camino de la escuela, mientras sonaba en mi bolsa la caja de lápices Alpino, vi que la nieve caía también sobre el tiiovivo y los barracones de tiro que estaban montando los feriantes para la fiesta de San Sebastián. A media tarde, la nieve ya había cubierto los tejados, los campos de hortalizas, los naranjos y los nidos de los pájaros que yo me sabía. Durante toda la noche continuó nevando dentro de un silencio blanco y suspendido. Por la mañana no se oían ladridos de perros ni relinchos de caballos, no piaban los gorriones ateridos y tampoco zureaban los palomos. Sobre ese silencio de algodón, el sol radiante iluminó el metro de nieve que cubría todo lo que podías ver desde la montaña hasta el mar. La nevada heló los naranjos y añadió más hambre y desolación a las que había traído la guerra. Esta nieve tan bonita nos hará más pobres que las ratas, decía mi padre. La naturaleza no cambia, ni aprende ni olvida. Este año ha caído una nieve como la de 1946, pero entre las dos nevadas la vida ha reventado. La nieve pura de mi niñez cubría la miseria, el miedo y la represión. Entonces, en el pueblo se decía que la Virgen se estaba apareciendo a una niña. Hoy, SpaceX acaba de lanzar al espacio el cohete Falcon Heavy para colocar un coche eléctrico Tesla en la órbita del Sol más allá de Marte. Pero la naturaleza no aprende. Sigue nevando siempre igual sobre la miseria y la locura humanas.

## Almuerzo

Este ciudadano corriente durante el almuerzo tiene un grave problema: no sabe si debe coger los espárragos con los dedos o hay que tomarlos con cuchillo y tenedor. Mientras se debate en esa duda vuelve los ojos hacia el televisor, donde en ese momento el exgeneral bosniocroata Slobodan Praljak, con pinta de un fiero y barbado Agamenón, se suicida en directo tomándose la cicuta con determinación después de soltar una agónica soflama ante el tribunal de La Haya, que lo acaba de condenar a veinte años por crímenes de guerra. Meterse un trago de veneno entre pecho y espalda como un brindis airado tiene mucha más fuerza que cualquier tragedia de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Este ciudadano corriente y sus compañeros de mesa saben que a estas alturas no hay ficción dramática que pueda superar a un telediario vulgar. En las tragedias griegas se requería que los dioses estuvieran implicados en las pasiones de los humanos; en cambio, las grandes hecatombes modernas hoy se sirven entre plato y plato sin que ninguna sea tan importante como una buena digestión. El ciudadano corriente ha resuelto el problema cogiendo los espárragos con la mano. La agradable conversación de sobremesa la interrumpe ahora la noticia del último proyectil lanzado por Corea del Norte, que ha alcanzado los 4.475 kilómetros de altura. Este misil intercontinental puede transportar una cabeza nuclear y dejarla caer sobre Washington o Nueva York. El gordinflón Kim Jong-un, que en televisión no se distingue de un muñeco de dibujos animados, puede poner el mundo patas arriba, pero este ciudadano corriente tiene otro problema no menos grave. No sabe si pedir el solomillo al punto o poco hecho, casi sangrante. Esta duda en la mesa se ha convertido en un tema de debate. ¿Y el apocalipsis? De postre, con un poco de nata, por favor.

## La secretaria

En el fastuoso restaurante La Tour d'Argent, en París, que goza de todas las estrellas y tenedores posibles, estaban sentadas a una mesa dos parejas: el dueño de una multinacional japonesa con su fina y delicada esposa y un empresario español acompañado de su joven y bella secretaria. Después de varios meses de dura negociación se habían reunido allí para celebrar con una cena el acuerdo por el que el magnate japonés se disponía a comprar por muchos millones de euros la empresa española. En la mesa de este histórico restaurante con vistas al Sena, ante el pato prensado, especialidad de la casa, la conversación discurría entre ademanes de suma cortesía. Solo la secretaria mantenía una sonrisa forzada, parecía muy nerviosa y no participaba siquiera en los comentarios más banales. Al llegar a los postres, ante la botella de Dom Pérignon cuyas burbujas doradas iban a coronar un negocio redondo, la joven y bella secretaria no aguantó más. Cuando todo parecía fluir según los ritos más formales, chinchín, salud, en ese momento, sin mediar palabra, la secretaria cogió su bolso y comenzó a pegarle con furia bolsazos en la cabeza al magnate japonés ante el asombro de todos, incluidos camareros y clientes del establecimiento. Llevado de su prepotencia, aquel magnate había estado toda la cena metiéndole mano bajo la falda a la joven secretaria sin dejar de hablar de millones mientras degustaba a la vez los exquisitos manjares, pero ella no dejó que pasaran los años para contar semejante humillación como han hecho algunas actrices de Hollywood y tantas mujeres que sufren el acoso sexual de sus jefes. Defendió su dignidad en el acto de forma expeditiva sin preocuparle las consecuencias, usando como arma de mujer su bolso de marca. ¿Qué sucedió después con el negocio? La respuesta se deja a la imaginación del lector inteligente.

## Descrédito

Si los científicos se dedicaran a desacreditar los descubrimientos que realizan otros equipos de investigación y por principio solo aceptaran los avances de la ciencia que salen de su propio laboratorio, es decir, si se comportaran como lo hacen los políticos con la ideología, ¿no estaría la ciencia todavía en poder de la fe o incluso de la Inquisición? Si los médicos en lugar de curar enfermos se pasaran el día metiéndose zancadillas mutuamente por los pasillos del hospital y cada uno pusiera en duda la honestidad y la competencia de otros colegas, es decir, si se comportaran como lo hacen los políticos con sus adversarios, ¿acaso no causaría terror ponerse en sus manos? Si los farmacéuticos proclamaran que las medicinas que expende la farmacia de la otra esquina pueden causar daños irreparables a la salud, es decir, si se comportaran como lo hacen los políticos con el programa de otros partidos, ¿quién sería el estúpido que les confiaría una receta? Si los maestros, lejos de transmitir un conocimiento libre y sosegado, optaran por envenenar el cerebro de los alumnos con bajas pasiones, es decir, si se comportaran como lo hacen los políticos con el patriotismo, ¿no estaríamos todavía en la caverna? Si los tenderos en lugar de vender sus mercancías a un precio razonable se pasaran el día de juzgado en juzgado, de cárcel en cárcel, es decir, si se comportaran como lo hacen los políticos con la corrupción, ¿no sería el comercio lo más parecido a una escuela de malhechores? Si un empresario se viera obligado a aceptar a un ejecutivo cuyo talento fuera similar al de la mayoría de nuestros políticos, ¿no estaría temblando ante la probable quiebra de su negocio? Por fortuna, este es todavía un país habitable gracias a que científicos, médicos, maestros, empresarios y tenderos no se comportan como los políticos.

## El paraguas

De noche, en el tren, el viajero volvió la mirada hacia el cristal de la ventanilla y pudo observar que fuera del vagón viajaba a la misma velocidad una figura cuyo rostro era exactamente igual al suyo. Habría cometido el error de creer que se trataba solo de la propia imagen reflejada en ese espejo oscuro de la noche. Después de reflexionar durante un tiempo llegó a la convicción de que esa figura podía ser la otra mitad de sí mismo desdoblada, que le había seguido siempre a todas partes desde su tierna infancia y que esta vez había conseguido alcanzarlo para continuar juntos viaje hacia el fin de la noche. Puede que el viajero lo ignorara, pero esa imagen oscura contenía, como en un negativo, todos los sueños que no pudo cumplir; los placeres a los que renunció; las oportunidades que no supo aprovechar; lo que pudo hacer y no hizo; todo lo que había tratado de ocultar; las renunciadas, errores y caídas que lo llevaron a convertirse en un cobarde sin ningún interés. En el fondo del espejo de la noche vislumbró a un niño saltando feliz sobre la hierba, que después, de adolescente, bajo el sol del verano iba a la playa en bicicleta y quiso de joven descubrir la fuente de la belleza en la abrupta selva de Dante. Aquella visión le obligó a preguntarse ¿y si...? Cualquier hecho vulgar hace que cada día cambie la trayectoria de la vida. ¿Y si...? De pronto, una gota resbaló por el cristal. Fuera estaba lloviendo y el viajero recordó aquel paraguas. ¿Y si no hubiera llovido aquella tarde de otoño? El viajero sabía que nada habría sido lo mismo si aquella tarde de otoño no hubiera tenido que volver al bar a recoger el paraguas que había olvidado. En aquel bar se cruzó con la mujer que ahora le esperaba en la estación, fin de su destino. «¿Qué tal el viaje?», le preguntó ella. «Me he encontrado con un tipo al que no había visto desde que éramos niños, un miserable», contestó el viajero. La mujer llevaba un paraguas.



## La cloaca

El rey de Roma Tarquinio Prisco mandó construir la Cloaca Máxima en el siglo VI antes de Cristo para canalizar y verter en el Tíber las infectas marismas junto con todos los desechos de la ciudad. Esa obra monumental ejecutada por etruscos está todavía en servicio. Con el tiempo, sobre ella se levantaron templos, palacios, arcos de triunfo, el foro imperial, el Coliseo, el Vaticano y las basílicas cristianas. Por la raíz de estos mármoles sagrados discurría una corriente putrefacta y en ella navegaba toda clase de despojos. El derecho, el arte y la cultura clásicos, que nos han nutrido, se elaboraron sobre esta inmundicia. La Cloaca Máxima, que en su origen fue una gran obra de ingeniería, a lo largo de la historia ha tomado otras formas invisibles e igualmente nauseabundas. El Estado moderno y todos los crímenes que llevan su nombre se asientan sobre una ciénaga semejante a la de Roma. Los bajos fondos del poder están llenos de reptiles que se pasean con un pistolón colgado de la axila y sobre este pozo ciego gritan y gesticulan los políticos, dictan sentencias los jueces, desfilan los ejércitos. En la actualidad, la Cloaca Máxima discurre a través de las redes sociales. El albañal que soportaba los mármoles de la Ciudad Eterna y la caja de Pandora, que contiene un nudo de serpientes, fundamento del Estado moderno, se han transformado en esa corriente de odio y frustración que aflora desde el anonimato en millones de tuits llenos de rebuznos, insultos, calumnias, mentiras y venganzas. Sobre la cloaca de las redes se eleva hoy el trono de un invisible rey Tarquinio con todo su poder digital, capaz de alterar el curso de la historia solo con los dedos sobre un teclado. Pero ¿qué templos, qué palacios, qué arcos de triunfo, qué clase de cultura se puede levantar sobre este basurero?

## Caníbales

El canibalismo era una antigua práctica gastronómica que consistía en comerse los humanos unos a otros mediante sacrificios rituales o simplemente por hambre. Aunque está asociado a algunas tribus de cazadores de cabezas que devoraban el cerebro del enemigo para adquirir su fuerza, el canibalismo hoy sigue vigente bajo la especie informática a través de las cuatro o cinco empresas que dominan el mundo de la comunicación. De la misma forma en que se ceba a las ocas por sonda para obtener un exquisito paté de su hígado hipertrofiado, así convierte el sistema nuestro cerebro, a través de las redes sociales, en una de esas sopas que tanto le gustan a Drácula. Hubo un tiempo en que unos gigantes de la filosofía y de la ciencia, Pitágoras, Sócrates, Copérnico, Galileo, Newton, Einstein y Hawking, nos hicieron creer que el conocimiento sin límites depararía progreso, libertad e independencia a la humanidad. Ese sueño se ha desvanecido. Puede que usted aún se crea libre e independiente, pero no es más que un producto nutritivo, atiborrado de publicidad e información tóxica, dispuesto para el festín de los nuevos antropófagos del sistema, quienes por medio de los dispositivos móviles, de los *big data*, de los *blockchains*, de las múltiples aplicaciones de la inteligencia artificial controlan todos los movimientos, hábitos y tendencias de nuestra vida. Somos como nos quiere el poder: consumidores autómatas, controlados, alegres y desarmados. El conde Drácula ha adquirido una forma digital. Hoy todo el mundo va con el móvil en la oreja, pegado a la yugular, sin saber que es el lugar más propicio para que el vampiro ponga a trabajar sus colmillos. Pero al final del banquete, ¿dónde depositará los cráneos y carcasas vacías cuando nos haya chupado toda la sangre? En el móvil tiene que haber una aplicación. Pulse infierno.

## Plegarias

El Kaláshnikov se ha convertido en un instrumento de oración. Con cada proyectil escupe también una plegaria. Rezar y disparar. Nunca como hoy han estado tan unidos el bien y el mal, el progreso y el regreso de la humanidad en una confusa amalgama de religión, ciencia y fanatismo. Miles de millones de habitantes del planeta profesan la nueva fe en la energía nuclear sin dejar de creer en sus antiguos dioses. En el billete de dólar con el que se compran y se venden todas las almas se halla escrita esta súplica: «¡En Dios confiamos!». En el inconsciente colectivo de Estados Unidos están interiorizados, como iconos de la patria, el rifle Winchester y el Colt 45; de hecho, las matanzas en los centros escolares constituyen una forma de costumbrismo. Los profesores en los colegios, según Donald Trump, deberían impartir lecciones de ética con un revólver en la mano. Los yihadistas dominan las redes sociales más sofisticadas, pero gritan «¡Alá es grande!» antes de ametrallar a los enemigos. Los judíos de Israel imploran protección a Yahvé en el Muro de las Lamentaciones, aunque sin duda fían más su seguridad a la posesión de la bomba atómica. Los seguidores de Buda y de Confucio son capaces de compaginar la armonía del nirvana con las leyes del capitalismo más salvaje. Los animistas africanos asesinan a sus congéneres de otras etnias y luego por su *smartphone* se enteran del resultado de la razia. Los millones de neuronas de nuestro sistema digestivo se encargan de provocarnos náuseas y vómitos cuando un alimento indigesto penetra en el estómago; en cambio, las neuronas del cerebro admiten sin rechazo alguno toda clase de basura. Lo cuecen todo en una confusa unidad, el bien y el mal, la fe, la ciencia y el fanatismo, de modo que hoy matar puede ser lo mismo que rezar. Se aprieta el gatillo y salen convertidas en plomo las plegarias.

## Entre las flores

Había amanecido un sol radiante aquel 28 de junio de 1914 en Baden Baden, según cuenta Stefan Zweig. Era la víspera de San Pedro y San Pablo y muchos burgueses austriacos, alegres y confiados, habían decidido pasar el día de fiesta en ese balneario, que parecía haber sido levantado solo para el placer del espíritu. Una orquesta de violines y pistones hacía sonar un vals bajo los perfumados tilos del parque; algunos veraneantes apostaban en la ruleta del casino y otros, ataviados con pamelas y sombreros blancos, seguidos de niñas vestidas con colores claros, cruzaban los puentecillos de hierro colado que unen los jardines a uno y otro lado del río Oos. En medio de esta perfecta armonía, de repente, la orquesta dejó de tocar. Algunos oyentes rodearon a un guardia que en ese momento estaba fijando en un tablón visible un cartel con la noticia de que el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio austro-húngaro, y su mujer habían sido asesinados en Sarajevo a manos de Gavrilo Princip, un nacionalista serbio que luchaba por la independencia de su país frente a Austria. Nadie dio demasiada importancia a ese hecho, de modo que el vals comenzó a sonar de nuevo desde el mismo compás interrumpido y aquellos felices burgueses siguieron ejerciendo su exquisita cortesía en los sillones. Nadie supo explicar cómo sobrevino la guerra, pero de pronto aquel espejo de felicidad evanescente saltó en pedazos y pocas semanas después aquella gente cortés y pacífica de Baden Baden estaba ebria de sangre; era imposible mantener una conversación sensata con los viejos amigos, que se habían convertido en patriotas ciegos, en unionistas o independentistas fanáticos. «Quien no es capaz de odiar tampoco lo es de amar de verdad», decían algunos. Aquella guerra que nadie quería produjo una espantosa carnicería con millones de muertos.

## Año 2018

La historia no tiene nada que ver con anales del calendario. La deciden las hecatombes, las guerras, los descubrimientos, las hazañas de los héroes. El siglo XX terminó el 9 de noviembre de 1989 con la caída del muro de Berlín y el siglo XXI se inició el 11 de septiembre de 2001 con el atentado de las Torres Gemelas. Sucede lo mismo con la vida. Los años no empiezan el 1 de enero, sino a mitad de septiembre con el curso escolar, que viene a coincidir con el inicio del ciclo agrario de la naturaleza. Mientras los niños van a la escuela en otoño se produce la sementera. La semilla del trigo se pudre y germina bajo tierra, como los sueños, y en junio se realizan los exámenes y la siega. La vida tiene una estructura dramática, con planteamiento, nudo y desenlace, cuyos éxitos, fracasos, felicidad o desdicha los decide el azar, al margen del almanaque. La infancia termina cuando con la llegada del uso de razón el niño percibe que sus padres no son inmortales. Esa es la verdadera expulsión del paraíso, el final de la inocencia, el presentimiento de la muerte. El adolescente se convierte en adulto cuando comprende que sus maestros, lejos de tener siempre la razón, pueden ser contestados. La inocencia y la rebeldía constituyen el planteamiento de la vida; el sexo, el amor, la ambición, el mando y la sumisión forman el nudo; el desencanto y las ilusiones perdidas son siempre el desenlace. Estos son días de hacerse preguntas esenciales; por ejemplo, qué tiene para uno más interés, un análisis político y económico o un análisis de orina; qué va a suceder de terrible, de placentero, de orgiástico, de tenebroso, de insólito en este año de 2018 que pueda alterar el curso de la historia; o si todo seguirá igual de rudo y pedregoso, consabido, rutinario. Nunca se cumplen años. Se cumplen salud o enfermedad, ilusión o desengaño.

## Escapatoria

Llegados al uso de razón, a los niños de mi generación se nos hizo saber que no teníamos escapatoria. Un ojo de Dios dentro de un triángulo, como una especie de dron que todo lo ve, nos iba a vigilar en adelante día y noche. Aparte de esta inspección desde las alturas, por si hubiera quedado alguna zona de sombra, a nuestro lado iría siempre un ángel tomando nota minuciosamente en un libro de todos nuestros actos, incluso de los más secretos. Se nos dijo que un día se abrirían todos los sepulcros y en el valle de Josafat ante la puerta dorada de Jerusalén se agolparía la humanidad entera resucitada a la espera de ser juzgada. Hay que imaginarse la apabullante escena, digna de una película de Cecil B. DeMille. En un momento dado, una voz atronadora pronunciaría tu nombre y los dos apellidos reclamando tu presencia ante el estrado del Juez Supremo. Entonces aparecería el ángel con el libro abierto donde estarían escritos tus pecados, que a continuación serían aireados al mundo entero antes del veredicto de condena. Este cuento infantil macabro adquiere una realidad actual bajo una forma moderna. El ojo divino que todo lo ve ahora se llama *big data* y el ángel espía, ese móvil que lleva uno en el bolsillo pegado al sexo. Hoy se vive con la sensación de que hay alguien que lo sabe todo de ti y que una exhaustiva información de tus caídas, imposturas y traiciones, que has ido dejando a lo largo de la vida, será usada en tu contra. Si eres un político tienes que saber que eso que tratas de ocultar estará en tu peor momento en la mesa de tu peor enemigo. Si eres un moralista que vas dando lecciones, tampoco estás a salvo de ser desenmascarado. El juicio perentorio se producirá ante las redes, que emitirán un veredicto de culpabilidad incluso antes de ser escuchado. Los de mi generación estamos advertidos desde que éramos niños.

## Espárragos

Cristo y los espárragos, los virus y las bacterias, los ajos tiernos y las habas, todo resucita esta mañana de gloria. Las golondrinas vuelven, las torcaces pasan, el caracolillo se pega a la carena de los barcos, el pulgón de los rosales realiza la primera escalada hacia la belleza, la flor de los cerezos desafía a la nieve en el deshielo, los insectos hierven en las charcas, las semillas después de pudrirse germinan, el trigo ensaya el primer verde oleaje. Toda la naturaleza celebra la fiesta de la resurrección, de modo que sal del sepulcro de todos los días, levántate y anda. O más bien huye, porque hoy la huida es la única forma de salvación. Creer que mientras vives no estás muerto es solo una bella suposición, puesto que mucha gente muere antes de morir y no se da cuenta. He aquí algunas pruebas inapelables. Si de madrugada, despierto en la cama, estiras una pierna hacia el lado fresco de la sábana y no sientes placer, es que estás muerto. Si al abrir los ojos descubres que está el sol en la ventana y no concibes que ese es un milagro que se repite cada mañana exclusivamente en tu honor, es que estás muerto. Si no agradeces que la brisa de primavera infle los visillos y llene tu habitación de un aroma de mar, es que estás muerto. Si pese a todo, persistes en enterarte de las noticias que colman de basura moral el mundo y las prefieres al aroma de café que te llega de la cocina, es que estás muerto. Bosteza, ráscate la espalda por debajo del pijama y prepárate para el examen ante el espejo del cuarto de baño. Si ese espejo, que lo sabe todo de ti, no te absuelve, es que estás muerto. En la manera de partir el pan reconocieron al Maestro resucitado sus discípulos en el camino de Emaús. Prueba a compartir una agradable sobremesa con los amigos y si ignoras que la inmortalidad está en el fondo de ese placer, vuelve al sepulcro.

## Sobre papel

A lo largo de la historia fue suficiente una tablilla de barro, una corteza de árbol, un papiro, un pergamino, un papel o una pizarra en el aula para alumbrar las ideas que desde el cerebro humano se deslizaban armoniosamente por el brazo impulsadas por los latidos del corazón. Al llegar a los dedos de la mano, las ideas envueltas en sangre se encontraban con un punzón, con un lápiz de carbón, con una pluma de ave o con una tiza, que las convertían en signos, en números, en palabras escritas, perdurables. La imprenta fue un gran avance mecánico, pero de este ingenio conocíamos sus entrañas y sabíamos cómo funcionaba. Hasta finales del siglo XX, toda la sabiduría de la humanidad había sido grabada con estos instrumentos rudimentarios, a través de los cuales se asomó al exterior el pensamiento de los filósofos, de los científicos, de todos los creadores. Pero hoy, las ideas que bajan desde el cerebro a la mano, antes de aparecer en la pantalla, atraviesan una selva digital impenetrable, llena de elfos electrónicos desconocidos, ante los cuales no hay sabio en este mundo que no sienta complejo de inferioridad. Esas criaturas cuánticas, invisibles, no siempre amigables, imponen una servidumbre de paso, hasta el punto de que son ellas las que marcan el camino que debe seguir en adelante el cerebro humano. El ordenador ya es en sí mismo una forma de pensar, de crear, de imaginar. Y también de leer. Cuando con los ojos cerrados aspiramos las páginas de un libro viejo su aroma nos lleva a la corteza de árbol, al papiro, al pergamino, al punzón, a la pluma, a la linotipia, a una sabiduría pegada a los sentidos; en cambio, las palabras electrónicas son líquidas y emergen de una jungla virtual insondable. Analógico o digital, un libro será siempre un tesoro, pero no se sabe si la inteligencia robótica artificial un día será también humanismo.



## El mandato

Es evidente que no hemos venido a este mundo a creer en los dioses, ni a resolver el teorema de Pitágoras, ni a construir el Partenón, ni a escribir la *Divina comedia*, ni a levantar arcos de triunfo, catedrales y estatuas a los tiranos. A este mundo hemos venido simplemente a cumplir el mandato primordial de la naturaleza, que consiste en reproducirnos transmitiendo genes, un trabajo ciego e inexorable destinado a perpetuar la especie sin un fin determinado. La *Divina comedia*, la duda de Hamlet o la teoría de la relatividad a la naturaleza parece que le traen sin cuidado. Para cumplir su mandato, la vida ha dotado a las personas, incluso a las más exquisitas, del mismo impulso genésico de los animales, que hasta ahora no ha podido ser controlado por la cultura con los tabúes y el Código Penal ni por la religión con el pecado y la amenaza del infierno. Por un lado, necesario e inevitable, por otro, reprimido y castigado, el sexo produce placer y desolación, neurosis y felicidad, atracción y repulsa, violencia y ternura, amor y perversión. Ese instinto básico rompe todas las barreras del honor y del prestigio social; asoma por debajo de los ornamentos sagrados, de las togas de los jueces, de los uniformes más entorchados; el albañal del sexo lo comparten papas y cardenales, artistas consagrados de Hollywood y académicos de los Premios Nobel con las manadas de los lobos violadores. A cualquier personaje lo puede convertir en un salvaje o sumirlo en el ridículo. El sexo hace débiles a los poderosos, puesto que los deja desguarnecidos a merced de espías, conspiradores y chantajistas; en cambio, para los desheredados de la tierra el sexo constituye un arma demográfica invencible para apoderarse del planeta. Les basta con cumplir felizmente el mandato de reproducirse sin medida ni destino que les ha impuesto la naturaleza.

## Sol naciente

El sol es el verdadero Padre Celestial, una inmensa bomba de hidrógeno que cada mañana se asoma a la ventana. Hubo un tiempo en que los profetas hablaron en su nombre: «No os preocupéis por el sustento ni por el vestido. Mirad las aves del cielo que no siembran ni cosechan ni recogen en graneros y el Padre Celestial las alimenta. Observad los lirios del campo cómo crecen, no se fatigan ni hilan, pero ni Salomón con toda su gloria vistió como ellos». Este sueño de vivir sin trabajar que auguraron los profetas ha sido confirmado hoy por los gurús de la ciencia. El lunes al sol con las manos en los bolsillos en el futuro no será un estigma del paro sino la imagen de un ocio creativo indefinido, gracias al Padre Celestial, que viste a los lirios y alimenta a los pájaros. Según la física cuántica, una misma partícula puede estar en dos sitios a la vez y también puede saltar de un punto a otro sin pasar por el espacio intermedio. Si un día el Padre Celestial revelara con su luz ese espacio donde al parecer no hay nada, salvo el vacío, que es el espíritu de la materia, de ese vacío podría emanar toda la energía necesaria para que la humanidad dejara de trabajar e incluso alcanzara la inmortalidad. Pero antes de que esto suceda, puede que, llevada por su ceguera, la humanidad desaparezca de la faz de la tierra como aquella piara de cerdos que se precipitó por el acantilado poseída por el demonio. Por supuesto, si esto sucediera, la naturaleza lo celebraría como el final de la peste humana que había dejado el planeta emponzoñado. El Padre Celestial con su función clorofílica cubre de esplendor vegetal toda la tierra, con su radiación inyecta energía a los minerales, y del mismo modo que su espíritu fluye sobre los mares podría un día esa bomba de hidrógeno llenar nuestra pobre carne mortal de una felicidad interminable.

---

**Veranos**

*Cada verano es un salto en el vacío. La gente cambia de yo y adapta el cuerpo a la verdad del sol, pero por dentro estallan también todos los sueños. Un verano de cada década puede leerse como una crónica social y política de la evolución de la vida española. Es la forma en que la sociedad fue mudando de piel como de camisa.*

## **Verano de 1957: El sueño de una Ibiza preternatural**

De noche desde la cama oía los silbidos del tren que cruzaba los campos de naranjos. Eran silbidos lejanos, a veces desgarrados, a veces lastimeros: el expreso de Barcelona, el Sevillano, el Correo, algún borreguero. Pensaba que en uno de aquellos trenes ese verano yo iría a París, pero durante las vacaciones de Pascua mi padre me hizo un aparte con mi hermano mayor y ante el crucifijo de su mesa de despacho nos dijo que nuestra madre tenía un cáncer de estómago muy avanzado. Estaba sentenciada. De noche oía pasar los trenes midiendo la oscuridad y sus silbidos patéticos me hacían saber que el sueño de París, el de llevar una camisa negra como la de Yves Montand y tomar un calvados en una terraza del Barrio Latino leyendo a Sartre, eso no sería posible. En cambio no estaba dispuesto a renunciar a la invitación de un compañero de colegio mayor, natural de Ibiza, de pasar unos días en la isla con su familia. En la mochila me llevé *El extranjero*, de Albert Camus.

En el verano de 1957, Ibiza era un lugar fuera del mundo, sin literatura. Se decía que en Dalt Vila y en San Antonio se había aposentado algún extranjero excéntrico, algún pintor bohemio, las primeras francesas en bikini, aunque ciertamente no me crucé con ningún tipo raro, porque la familia de mi amigo David vivía en el interior de Santa Eulalia, en una casa de labranza de gruesas paredes encaladas rodeada de enormes higueras, algarrobos, viñedo y un poco de cereal, una propiedad que heredaría mi amigo, el primogénito; en cambio a Joan, el hijo menor, como segundón, le habían asignado un pedregal de dos hectáreas en cala Llonga, que entonces no servía para nada, y no hacía más que blasfemar por eso, sin imaginar que después lo haría millonario. David compartía con su hermano Joan una barca de madera de cinco metros, con una vela cangreja, la borda blanca, el pantoque negro y el nombre Samaruc pintado en una de las aletas con letras azules.

La primera enseñanza natural que obtuve de Ibiza aquel verano de 1957 fue que el estado salvaje era una moral. Vivir desnudo, entrar y salir del agua, bostezar, rascarse la espalda, comer, taparse la cara con un sombrero de paja durante la siesta, aprender a hablar solo con la mirada según la ley de la isla, contemplar los cuerpos flexibles de las chicas en la playa, dormir después de haber contado las constelaciones era una filosofía que no había leído en ningún libro y que aquellos hermanos practicaban con toda naturalidad. «Aquí la única teoría es dejarse llevar», decía mi amigo. Este consejo poco después se convertiría en la bandera de Ibiza.

Una mañana me comunicaron el proyecto que iban a emprender, el mismo de todos los veranos, al que no podría renunciar. Los dos hermanos se proponían ir a Formentera en su pequeña barca de vela. Navegar de cala en cala, llevar unas viandas imprescindibles, pescar durante la travesía y dormir bajo las estrellas. Si todo iba bien, la aventura podría durar diez días. Zarpamos desde Santa Eulalia y la primera singladura sería hasta cala Llonga. Todo fue bien al principio. Desde el mar aparecía la costa todavía pura, sin una sola casa, con los pinos hasta la arena, con una gran resonancia de gaviotas en el silencio neumático. Era aquella Ibiza preternatural, con payesas de

negro con grandes sombreros, la misma que vería Walter Benjamin en los años treinta o Rafael Alberti durante la guerra o incluso los antiguos piratas. La vela se comportó como esperábamos con el viento a favor. A la caída del sol llegamos a cala Llonga. Sobre los cantos rodados de un pequeño refugio hicimos brasas y asamos unos atunes y llampugas que habíamos pescado al curricán. Tumbado boca arriba, con la cabeza apoyada en la mochila, a la última luz de la tarde, comencé a leer *El extranjero*, de Albert Camus. Las tres líneas iniciales de la novela me dejaron aturdido. «Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama...» De pronto desapareció todo el equilibrio del espíritu con la naturaleza. Un telegrama parecido lo recibiría en julio dos años después durante el campamento de milicias en Montejaque, pero en el verano de 1957 la enfermedad de mi madre, en medio de la dicha salvaje de Ibiza, grabó por primera vez en mi mente la idea de que la muerte es una injusticia, un elemento impúdico que corrompe la inocencia del paraíso. Nuestra aventura no fue más allá de cala Llonga por un imprevisto gregal. Me gustan las aventuras frustradas. Los nombres imposibles de *platja* d'en Bossa, cala Talamanca, s'Espalmador, cala Saona, La Savina eran el más allá que conquistaría algunos veranos después en la embarcación La Joven Dolores cuando en Formentera ya estaban los jipis. «Una noche iremos en la vespa a las Salinas, donde dicen que unas francesas se bañan desnudas», me dijo mi amigo. «Ese es un sueño imposible», decía yo. Era aquel verano en que por las carreteras comenzó a rodar el Seat 600, Bahamontes era el rey de la montaña y la televisión aún tenía mucha nieve, pero anunciaba un detergente que dejaba a las mujeres las manos suaves para la caricia nocturna después de fregar los platos.

## Verano de 1967: Cuando la libertad era un campo de minas

En el tórrido verano de 1967, en Madrid, los negros de la base de Torrejón se enamoraban de las prostitutas de la calle de la Ballesta, incluso algunos se casaban con ellas y se las llevaban como reinas a Oklahoma; en los bares americanos con penumbras color quisquilla se presentaron las primeras chicas accesibles detrás de la barra que daban conversación, a tanto la copa, a los primeros ejecutivos desesperados; al final de la calle del Doctor Fleming, en una barriada llamada Corea, vivían muchos soldados de la base. Si tenías una novia norteamericana, te podía llevar a su supermercado exclusivo donde podías comprar cartones de tabaco rubio auténtico y unos pantalones sin pliegues de pretina alta, como los que llevaba Sinatra; de lo contrario, debías adquirir los primeros *jeans*, los primeros chalecos con flecos de apache en la boutique vaquera de Moncloa para prepararte a ser moderno.

Al Seat 600 lo siguió el Dauphine, a este el Gordini, a este el Simca 1000, a este el Seat 124, y todos juntos produjeron los primeros domingueros, con los primeros atascos de regreso de la sierra, donde se había instaurado el rito familiar de la tortilla de patatas en la parcela alrededor de una manta y después el marido lavaba el coche, la suegra sentada en una silla plegable hacía ganchillo, la esposa leía la revista *¡Hola!* y soñaba con príncipes y pamelas. Al volver a casa, con los niños dormidos en el asiento de atrás, el 2 de julio en la radio del coche Matías Prats transmitía la final de la Copa del Generalísimo entre el Valencia C. F. y el Athletic de Bilbao. Ganó el Valencia de Paquito, Guillot, Jara, Waldo y Claramunt.

En el verano de 1967 se produjo una bifurcación entre los jóvenes universitarios: los que diez años después serían padres de la patria en las Cortes Constituyentes preparaban oposiciones a cátedra o a abogados del Estado y algunos, si eran progres, se confesaban o los casaba el cura Aguirre. Otros, que luego serían publicistas, decoradores, periodistas o cineastas, preferían llevar a una chica abierta en el transportín de la moto a un pantano.

En 1966, la Ley de Prensa, impulsada por Fraga, había levantado la censura previa, había cortado las alambradas, pero había dejado la libertad de expresión como un campo sembrado de minas. Había que jugársela. Un año después, en el verano de 1967, los periodistas de *Pueblo* y del *Madrid*, diarios de la tarde, uno de sindicatos y otro del Opus aperturista, en cierto modo habían recobrado la dignidad y entraban de noche en Oliver hechos unos gallitos, bebían Drambuie y creían que Sinatra cantaba *Strangers in the Night* refiriéndose solo a ellos. En Oliver también sonaban los Beach Boys, los más exigentes se excitaban con los gritos agónicos de Janis Joplin, con la salmodia de Leonard Cohen, pero no había ninguno como Ray Charles, tan propicio para fumarse un buen canuto.

Me acababan de dar el Premio Alfaguara y creía que con eso me había ganado la silla en el Café Gijón, la verdadera academia. Ese fue el año en que la Feria del Libro de Madrid se trasladó desde el paseo de Recoletos al parque del Retiro. La caseta de Alfaguara, con Camilo José Cela de gran cartel, estaba pegada a la Casa de Fieras. Haber escrito una novela me parecía haber

alcanzado una cima, pero en la Feria del Libro, mientras firmaba la novela, unos chavales que salían del zoo, al verme dentro de la caseta, me echaron unos cacahuetes a la cara, lo mismo que habían hecho un momento antes con los monos. Supe que ser escritor no era nada si no cazabas los cacahuetes al vuelo.

El verano oficial empezaba el 18 de julio con Lola Flores y otras folclóricas cantándole a Franco en La Granja. Fue aquella vez en que el bailarín Antonio, después de ejecutar el *Zapateado* de Sarasate, durante el vino español que siguió al sarao flamenco, recibió del dictador un gran elogio: «Parece usted de goma», le dijo. Aquel verano las cosas estaban ontológicamente en su lugar natural: Franco en el Azor pescaba cachalotes, jugaba al golf en La Zapateira, en septiembre presidía en la Concha de San Sebastián la regata de traineras mientras los rojos leían a Gramsci en Carabanchel y la mujer de Camacho le tejía un eterno jersey como aquella mujer de Ítaca.

Cuando llegué una noche al diario *Madrid*, allí estaban Miguel Ángel Aguilar, Pepe Oneto, Juby Bustamante, Nativel Preciado, Cuco Cerecedo, Onésimo Anciones y Chumy Chúmez entre paredes desconchadas bajo polvorientos tubos de neón, frente a las ametralladoras, todos dispuestos a darle pellizquitos de monja al franquismo para cabrear a Fraga. La gracia consistía en atravesar el campo de minas sin saltar por los aires. En Madrid, la orilla izquierda del Sena eran el Café Gijón, Casa Gades, Oliver, Carrusel y el Comunista. Los más golfos se iban de madrugada al pollo frito y las bulerías de las ventas de la carretera de Barajas a ver si de una vez encontraban a Ava Gardner borracha y se dejaba. Llevar la revista *Triunfo* bajo el brazo era un tic que te definía como rojo. Fue aquel verano que estaba entre los calzoncillos antinucleares con que Fraga se bañó en Palomares y el incendio del Mayo francés, que un año después comenzó a calentar la historia.



## **Verano de 1977: Cambio de chaqueta, cambio de pareja**

Mientras los padres de la patria, en julio de 1977, entraban por primera vez en el Congreso de los Diputados, Mejía Godoy cantaba *Son tus per-júmenes, mujer, los que me sulibeyan*. Como un ave del paraíso, el pelo de huevo hilado, la camisa con palmeras tropicales y la gorra marinera, accedía Rafael Alberti a su escaño y una vez aposentado se ponía a pensar en las caracolas sin importarle nada de cuanto sucedía a su alrededor. En el bar del Congreso se cruzaban con miradas aviesas las dos Españas ante un café con leche, Fraga y Carrillo, Alfonso Guerra y Suárez, Fernández de la Mora y Arzalluz, Marcelino Camacho y López Rodó. La mesa de edad la presidía Dolores Ibárruri. Vestida de negro ibérico e inmóvil como una antigua maternidad de piedra, en lo alto de la tribuna parecía esperar dormitando la llegada de un lejano tren que había perdido cuarenta años atrás. Los cronistas parlamentarios describían las sesiones de las Cortes democráticas con vocabulario taurino, como si cada debate fuera la corrida de la Beneficencia. Cuando se formaba una gresca en el hemiciclo, en la tribuna de la prensa algunos periodistas gritaban «¡¡Más caballos!!».

Recién inaugurada la libertad, en el país empezó a reinar la acracia. Todo estaba permitido. Ningún político, ningún obispo, ningún maestro, nadie que llevara gorra de plato, desde el jefe de la Acorazada hasta el último bedel, portero de hotel o abrecoches, se atrevía a prohibir nada. La marea del sexo a granel golpeaba de noche las terrazas, los abrevaderos de Malasaña, las discotecas de moda, El Sol, Stella, Rock-ola, Piccadilly. Entre los políticos comenzaron los primeros cambios de chaqueta. Un franquista amanecía liberal, un estalinista se hacía eurocomunista, el leninista se convertía en socialista, el falangista se pasaba a la socialdemocracia y sobre este baile de ideologías se coronaban los pasotas con una cresta de pollastre en mitad del cráneo. Los progres cuarentones fueron los primeros en cambiar de pareja. Con su nueva chica, a la que doblaban en años, se dejaban ver en la terraza del Teide, en la Castellana, que era la pasarela nocturna de la modernidad. También en los restaurantes de lujo aparecieron ejecutivos sesentones con sus nuevas mujeres treintañeras. Otros se intercambiaban amantes o se despertaban cada mañana con una desconocida o con un desconocido en la cama. Durante el desayuno, untando la tostada con mantequilla, se preguntaban: «A todo esto, ¿tú quién eres? ¿Te conozco de algo?». «No sé. Creo que me subí a tu Yamaha al salir de la discoteca Mau Mau», respondía ella. Algunos diputados ligaban con las jóvenes periodistas de la tribuna de prensa, solo se salvó Pilar Narvión, ya entrada en edad, que ejercía de clueca amorosa y comprensiva entre aquella abierta, feliz e inteligente camada femenina de cronistas parlamentarias. En el Café Gijón lleno de humo y repleto de testigos se pudo contemplar a las ocho de la tarde a un famoso dirigente socialista metiéndole la lengua hasta la campanilla a una reportera, su nueva novia, que con el tiempo sería una novelista de éxito, una escena que no produjo ningún escándalo porque parecía que el mundo siempre se iba a acabar el próximo fin de semana en aquella fiebre del sábado noche que bailaba Travolta y cantaban los Bee Gees.

Guardias civiles saltaban por los aires, en las redacciones se comentaba el asesinato del banquero secuestrado Javier Ybarra a manos de ETA; empezaba a oírse el rumor de sables, las chicas llevaban minifaldas imposibles, tan cortas como se creía que iba a ser la democracia, un pájaro endeble recién caído del nido. En los tresillos isabelinos del Congreso, algunos diputados se liaban porros sin mirar a los lados; en el banco azul, los ministros competían a ver quién se fumaba el puro más largo; los fotógrafos se paseaban por el hemiciclo, como en un safari, cazando bostezos hasta la muela del juicio de ciertos diputados. A medida que se iba convirtiendo en un hombre de Estado, las patillas de hacha de Felipe González fueron subiendo desde la mandíbula hasta el lóbulo de las orejas.

La conversión de los viejos estalinistas al placer se producía después de viajar a Ibiza por primera vez. Aquel verano de 1977, los jipis auténticos habían levantado el vuelo hacia Katmandú, dejando Santa Eulalia, San Antonio y la isla de Formentera a merced de los argentinos que vendían brazaletes de cuero y colgantes con la diosa Tanit en los tenderetes. Hasta Ibiza llegaban pintores del realismo social a pintar vacas echadas con ubres azules y volutas psicodélicas; iban de vacaciones a la isla ejecutivos encorbatados y volvían con pantalones blancos de panadero y la camisa de lino despechugada; a los comunistas más ortodoxos les bastaba una semana en Ibiza para regresar a Madrid con una pluma de pato engarzada en la oreja. Había que ser feliz a toda costa y bañarse desnudo en la playa. Bajo la luna llena de agosto de 1977 nadie era nada si no se fumaba un canuto de hachís. En las noches de aquel verano de 1977, iluminadas por las ráfagas cobalto de los furgones de la policía, la libertad había llegado de un modo irreversible a España.

## Verano de 1987: Cuando el socialismo se hizo marbellero

Después de cinco años en el Gobierno, las patillas de Felipe González comenzaron a blanquear y la pana fue definitivamente arrumbada. Asentado en el poder con la segunda mayoría absoluta, en vista de que el socialismo no le iba a tocar el trigémino a ningún banquero, a ningún obispo, a ningún empresario, salvo al loco carioco de Rumasa, los que habían refugiado el dinero bajo las montañas nevadas de Suiza perdieron el miedo a los rojos, empezaron a relajarse, regresaron a casa con las sacas y a partir de ese momento se instauró la cultura del pelotazo. Ya era estético enriquecerse. Después de los almuerzos de trabajo en restaurantes de lujo, los tiburones abordaban sus BMW, sus Audi, sus Lexus y volvían a los despachos con los colmillos ensangrentados. Fue aquel verano en que el socialismo se partió definitivamente en dos: siguiendo la consigna de su jefe de filas, algunos guerristas se cubrieron la cabeza con un pañuelo de cuatro nudos, se sentaron en el balcón junto a un botijo de agua fresca, los pies en un librito, y dejaron que la calor les pasara por encima; los renovadores, en cambio, inauguraron oficialmente su veraneo en Marbella bajo los auspicios de Gunilla von Bismarck y Miguel Boyer en bañador e Isabel Preysler en pareo se presentaron cogidos de la mano en una portada de *¡Hola!* con algún putón desconocido detrás. Vestían camisas de seda iridiscente en la noche estos socialistas finos y en las fiestas comenzaron a cruzar sus vidrios, chinchín, con unos golfos en Puente Romano, con la aristocracia de Tío Pepe e incluso compartían muñecas del mejor plástico alemán en las popas de Puerto Banús. El torrefacto Julio Iglesias les balaba como una cabrita a todos la canción *Bamboleo*, con una mano extendida sobre el hígado y el micrófono ladeado en la mejilla.

España estaba todavía estremecida por el atentado de ETA en un Hipercor de Barcelona, que causó veintiún muertos y decenas de heridos, pero en los bailes de chiringuito a lo largo de la costa, bajo las estrellas, inmensos alemanes abrasados por el sol movían las alitas como gorriones cuando sonaba la canción de *Los pajaritos*, de María Jesús y su acordeón; de vez en cuando la brisa también traía y se llevaba el pasodoble de Escobar *Que viva España*, cantado a coro cuando ya estaban todos borrachos. Entre el desencanto político y el pelotazo, España cambió de piel aquel verano de 1987. Las tribus urbanas habían conquistado los sótanos de la ciudad, la carne de los jóvenes estaba traspasada por toda clase de imperdibles, la movida había dejado un rastro de nuevos mitos, de nuevos ritos en la forma de viajar, de emparejarse en los petates, de juntarse a beber en las plazuelas iniciáticas. Almodóvar ya era el rey absoluto. Se esfumaron del paisaje urbano los uniformes militares y las sotanas, los trenes llegaban puntuales a estaciones con vestíbulos llenos de mochilas multicolores y relucientes los retretes. El mérito de Felipe González fue darse cuenta de por dónde discurría el río de la historia y levantar todas las compuertas para que las aguas fluyeran hacia la modernidad.

Aquel dulce verano en Denia, desde la verbena de la playa llegaba hasta la sobremesa de las cenas con los amigos bajo el algarrobo la voz de un vocalista meloso que cantaba *La bamba*, y cuando de madrugada iba a ayudar a Pere Joan a cobrar la red que había calado la tarde anterior

me cruzaba con las últimas motocicletas, con los últimos coches llenos de furiosos latidos de música salvaje reventando por las ventanillas que volvían de las discotecas. Era el prelude de la Ruta del Bakalao. Pere Joan era un viejo pescador, con diseño de Geppetto, dueño de un chiringuito, Els Molins, con sombra de parra, abastecido por lo que pescaba cada día. Cuando veía que en la red se había enganchado un pez mientras se estaba comiendo a otro y yo me asombraba, sin volver el rostro, encorvado sobre la borda, decía: «Es que aquí abajo hay más hambre que arriba». Y si pescaba un bogavante o una langosta siempre repetía: «Esta se la comerán los señoritos». De regreso al chiringuito, a las nueve de la mañana, Pere Joan me invitaba a desayunar, un café, un bocadillo de atún y anchoas, una ensalada de tomate de aquellos antiguos con aceitunas amargas machacadas y una cerveza. Después me regalaba un kilo de pescado en el que había salmonetes, caballas, doncellas, pajeles y sargos. Aquellos dulces veranos de los ochenta en Denia también me embarcaba, invitado por Salvador, avezado patrón, en su barca de pesca de arrastre y pasaba el día en alta mar con corridas desde el cabo de la Nao hasta aguas de Oliva. Bajo el sol del mediodía, con la morralla capturada en el primer copo, el cocinero preparaba la caldereta y al echar la cabeza de ajos sobre el aceite hirviendo ese aroma que la brisa salada extendía sobre el mar creaba por primera vez el universo y ya no existía la memoria, no había corrupción política, ni ETA, ni GAL, ni desencanto, ni reconversión industrial, sino la luz de los sentidos fundida con el pensamiento. Nada.

## Verano de 1997: Llega la derecha sin complejos

En el verano de 1997 se producían dos milagros en Marbella, uno en tierra y otro en el aire: mirabas arriba y veías volar a un cachalote; mirabas abajo y otro mamífero muy gordo, rodeado de gorilas, se paseaba en un cochazo por la calle. El cachalote de arriba era Camilo José Cela en parapente; el de abajo era Jesús Gil y Gil, coronado con fajos de billetes. Cuando el premio Nobel aterrizaba se hacía llamar marqués de Iria Flavia y vestía *blazer* azul cruzado con botonadura de plata y corbata amarilla con pasador. Por su parte, Gil y Gil, para dar *glamour* a toda la caspa marbellera, aparecía en televisión flotando dentro de una bañera rodeado de unas cerdas siliconadas.

Todo el mundo cantaba la *Macarena* o *El toro enamorado de la luna*; lo bailaban los pijos de pelo pegado con rizos en el cogote lorailo lailo, los vaqueros planchados, las camisas de seda abierta hasta el tercer botón, los zapatos de tafilete sin calcetines con dos borlitas. Algunos de estos venados habían realizado un hipotético máster de empresariales; en cambio, otros no habían hecho un esfuerzo en esta vida salvo el que necesitaban para excretar si iban estreñidos, pero en la puerta de la discoteca hacían girar en el dedo un pomo de llaves, del Patrol o de la Yamaha, para encelar a las chicas de voz gangosa, que hablaban con una pelota de pimpón dentro de la boca. Lejos de Marbella, en la costa valenciana que va desde El Saler por El Perelló hasta Cullera, salían en la oscuridad de la noche haces de rayos láser del fondo de la huerta y de los arrozales marcando el camino de las discotecas a las sucesivas bandadas de coches tuneados, de motos con el escape trucado cabalgadas por tipos duros de extrarradio, macarras y búfalos insomnes. Alguien de ellos, al llegar a uno de estos bailongos y verlo atiborrado de chicas sueltas, exclamó: «Aquí hay mucho bacalao». Fue el bautismo brutalmente machista del sexo femenino. Con ello se inauguró una clase de música y una forma agónica de bailar, de beber, de vivir, de no dormir y de morir aplastado contra un chopo al amanecer del cuarto día.

Los socialistas habían perdido las elecciones el año anterior por trescientos mil votos. No fue una derrota tan dulce como pensaban. Aznar metió en un mismo saco a franquistas, centristas, falangistas, liberales, democristianos, a la extrema derecha junto con izquierdistas resabiados, y encima había desarrollado el gen del mando entre el desplante y la chulería sin complejos. Todo iba bien cuando, el 13 de julio, el país quedó consternado con el secuestro y asesinato del concejal de Ermua Miguel Ángel Blanco. No fue un atentado como los demás. La opinión pública había codificado dentro de la brutalidad fanática de ETA el coche bomba o el tiro en la nuca, pero el caso de Miguel Ángel Blanco significaba una condena a muerte anunciada, programada, ejecutada con la frialdad de un método. Un crimen tan horrendo hizo que por primera vez todas las fuerzas democráticas de derechas y de izquierdas se unieran en una multitudinaria manifestación de rechazo, a la que se unieron los jóvenes de todas las tendencias exhibiendo las manos blancas. Fue una ocasión perdida.

Ese verano de 1997, España comenzaba de nuevo a partirse en dos. El consenso político, que

fue la llave de la Transición, saltó por los aires. En el periodismo se establecieron las banderías a cara de perro, el concepto de adversario se sustituyó por el de enemigo y el odio era ya la única moneda en las tertulias de radio y de televisión. A expensas de una fase económica bonancible, el verbo de moda era pillar. Se pillaba un negocio, un chollo, un apaño, un pelotazo, un enchufe, un trabajo. En Marbella seguía la fiesta enloquecida. Gil la había llenado de mármoles y de horteras, de mafiosos rusos y de jeques que se hacían aplaudir cuando defecaban dentro de las piscinas. Por ese tiempo empezó a ahuecar el ala la gente fina.

Debajo de la locura hortera de aquel verano latía la conciencia colectiva lacerada con la terrible muerte de Miguel Ángel Blanco. El 10 de septiembre, Televisión Española promovió un homenaje a su memoria en la plaza de Las Ventas y allí estaban todas las fuerzas políticas de todas las ideologías sentadas en las primeras filas. Fueron invitados artistas y cantantes de cualquier especie. Julio Iglesias y Rocío Jurado levantaron grandes aplausos por parte de una derecha recién tostada por el sol de Marbella y por una izquierda que ya tenía complejo de estar invitada a una fiesta que no parecía ser la suya, cosa que se vio enseguida. Subió Raimon al escenario, saludó al público y anunció que iba a cantar *El País Basc*, una canción que estuvo prohibida, según dijo, «por la dictadura franquista». Esta expresión produjo en parte del público un gran abucheo, que siguió cuando José Sacristán recitó poemas de Alberti y de Bertolt Brecht. Fue la ocasión en que la derecha de Aznar se apropió del dolor de las víctimas del terrorismo y a partir de entonces lo utilizó como un arma política contra la izquierda. En Valencia se había inaugurado la Ruta del Bakalao, poblada por ángeles del infierno que llegaban de todas partes del país. Se trataba de bailar y no dormir nunca sino a bordo de las motos macarras hasta que reventaran los caballos.

## **Verano de 2007: Bajo el reino de la codicia**

La codicia estaba a punto de romper el saco, pero ese verano en el litoral mediterráneo aún aparecía una grúa de la construcción plantada cada cien metros sin que nadie sospechara que pronto se iban a convertir en cruces del calvario de donde penderían ahorcados muchos tiburones. Fue en septiembre del año siguiente cuando la financiera Lehman Brothers sucumbió, y su colapso se llevó por delante el sistema bancario de Estados Unidos con una bancarrota que reventó la burbuja financiera, pero en el verano de 2007, en España, en plena felicidad de la corrupción, los atracos a los bancos se producían al revés. Eran los propios directores de sucursales quienes salían a la acera, agarraban del brazo a la gente desprevenida, hombres, mujeres, viejos, jóvenes sin distinción de clase, y la arrastraban hasta el interior de la oficina y desde el mostrador los apoderados arrojaban sobre sus cabezas sacos de billetes sin otra garantía que la molestia de cargarlos. Los banqueros ofrecían a sus clientes capturados a punta de pistola millones de euros y luego les suplicaban allí mismo en el despacho que se dejaran hacer la siguiente felación, a modo de propuesta: «Te compras tres pisos en Marina d'Or, alquilas uno, vendes otro y esto te sale gratis, además te regalo un monovolumen de dieciséis válvulas y una novia búlgara de dieciocho años para que te pasees con ella a la puesta del sol cogidos de la mano con una camisa llena de palmeras. Firma aquí».

Marina d'Or fue la primera gran urbanización en convertirse en un páramo de ladrillo. Las bombillas de colores, las esculturas romanas de falso mármol unidas a otras abstractas de metacrilato que poblaban los jardines se transformaron en fantasmas. En una carpa, bajo un espectáculo de agua, luz y sonido, se mostraban las maquetas de lo que iba a ser este inmenso alarde del mundo ilusión para atraer a los incautos cebados con el dinero barato. En aquel erial se levantaría una Venecia de cartón piedra con canales atestados de góndolas, los Campos Elíseos de París con una torre Eiffel a tamaño natural de cemento pintado de color hierro colado, un simulacro de cabañas del Caribe con estanques para remar entre caimanes de gomaespuma, unos Alpes repletos de nieve sintética con pistas de esquí, y también las cataratas del Niágara sin una sola gota de agua. La línea del mar ya estaba tapada por varias murallas de apartamentos desolados puestos a disposición de una clase media cuyo buen gusto ha sido ofendido y degradado.

En los altos de Benidorm, sobre un terreno de pinos y monte bajo que tres años antes fue incendiado por una mano criminal bien retribuida, se había levantado el parque de Terra Mítica. Ese emporio de cartón piedra se hallaba en suspensión de pagos y un día los figurantes de las atracciones decidieron ir a la huelga. Todos los toboganes, montañas rusas, templos, pirámides y coliseos estaban paralizados. Cleopatra a pleno sol se daba tinte en el pelo boca abajo sobre una palangana y a su lado cuatro centuriones con faldillas de latón, coraza y penacho rojo jugaban al tute teniendo a sus pies las lanzas cubiertas de polvo.

A media mañana por la carretera que sube a estas lomas abrasadas se vio llegar un autobús de

turistas de Benidorm y desde la muralla un vigía esquirol anunció la visita haciendo sonar un silbato. «¡Todos los figurantes a sus puestos!», gritó a través de un megáfono, pero nadie obedeció. Cleopatra siguió dándose tinte, los centuriones continuaron con la partida de tute arrastrado. El grupo de turistas se desparramó por aquel espacio y comenzó a pasearse tranquilamente por las calles de la antigua Roma, de Grecia y de Egipto. A la sombra de unos pinos se estaba celebrando una reunión asamblearia para dar noticias de la huelga. Un tribuno de la plebe, con clámide y las pantorrillas liadas, ante un público de odaliscas, pretorianos, griegos ensabanados y nativos iberos en taparrabos, gritaba: «¿Conocéis a ese hijo de puta que se ha llevado de Terra Mítica la pasta gansa?». Y la plebe aullaba al unísono: «¡¡Sííí!!». «¿Por qué no dan la cara los políticos ladrones?» Ante las soflamas de este líder de masas, unos elevaban imprecaciones al cielo, otros enarbolaban las picas, otros se limitaban a devorar los bocadillos de chorizo que repartía una chica que se hacía llamar la reina de Saba. El parque de Terra Mítica estaba en ese punto en que, si los esclavos se rebelaban, pronto empezarían a crecer cardos hasta la rodilla en el interior de los templos, se enredaría la yedra en los hierros oxidados de la montaña rusa y en una charca flotarían los cocodrilos panza arriba bajo un sol inmisericorde.

Los gritos del tribuno contra los ladrones de Terra Mítica se los llevaba la brisa hacia Benidorm. Un turista le preguntó a uno de los figurantes: «¿Y usted qué es?». El hombre le contestó: «Ayer mismo yo era el faraón Ramsés y hoy estoy en el paro». Una momia que, al parecer, trabajaba en la Pirámide del Terror le preguntó a un turista alemán: «Eh, míster, ¿sería tan amable de darme fuego?». El cuerpo de la momia iba forrado de látex que simulaba vendas podridas, pero llevaba la máscara bajo el brazo y por el cariz de su rostro se podía colegir que se trataba de un huertano acostumbrado a escardar cebollino. La momia comenzó a fumarse un puro canturreando por lo bajo unas peteneras sin importarle nada de lo que le iba a suceder a este planeta al iniciarse el segundo milenio.



## **El último verano: Luna de agosto en islas Columbretes**

Uno a uno fueron llegando los navegantes al hotel Voramar de Benicasim, el cantante Joan Manuel Serrat, los cineastas David Trueba y José Luis García Sánchez, el periodista Ángel S. Harguindey, el fotógrafo Jordi Socías, Toni, Sofía, Mauri y alguno más, todos dispuestos a convertir las Columbretes en la isla del tesoro. Rafa Pallarés, el dueño del hotel, se encargaría de llevar el cofre del pirata, nada de doblones de oro ni mapas secretos, sino arroz, pimientos, tomates, judías, coliflor, berenjenas y guisantes, lo necesario para una paella bajo la luna llena. En la terraza del Voramar todos los navegantes se sentían argonautas y se prometían valor para la travesía, teniendo en cuenta que algunos de ellos procedían del profundo secano de Castilla.

A las cinco de la tarde del día siguiente, 6 de agosto de 2017, festividad de los santos Justo y Pastor, con las isobaras a nuestro favor, una ventolina de xaloc y la mar rizada, zarpamos del Náutico de Oropesa en un catamarán de cuarenta y dos pies de nombre Catacrack, patroneado por Sergio y Juan Carlos, para una singladura hacia las Columbretes, situadas a veintiocho millas del cabo, en aguas de Castellón. Asentados en la bañera de popa en hamacas bajo la toldilla, cada navegante tenía un pensamiento propio: unos lo daban todo por bueno con tal de no naufragar, otros se conformaban con no vomitar en presencia de los amigos y a otros no les importaba hacer el ridículo al demostrar una dicha desmesurada, algo muy mal visto entre marineros. Si en la mar te sientes feliz, te muerdes la lengua y te aguantas.

Hacia las seis de la tarde, con el sol apenas doblado, avistamos las sombras de isla Grossa, de El Carallot, La Foradada y La Ferrera, unas formaciones volcánicas que hoy componen una reserva natural a la que no se puede acceder sin un permiso, que nosotros teníamos en regla para pernoctar. A mitad de travesía se levantó una marejadilla que animó la navegación cuando a veces una ola cogida de través lanzaba una rociada de mar, como un látigo, sobre los tripulantes. Algunos por lo bajo maldecían, pero blasfemar en el mar equivale siempre a una oración.

Al ganar la rada de la isla Grossa en el malecón nos esperaba la dotación de jóvenes biólogos y guardas de la reserva. Pronto nos hicieron saber que en las Columbretes el alacrán es un rey intocable y que cualquier bicho diminuto, que ellos conocen por su nombre y apellidos, goza de todos los derechos, no solo el halcón de Eleonor, la gaviota de Audouin, la pardela cenicienta, el cormorán moñudo o la lagartija ibérica, sino el mosquito, la mosca común y la hormiga, un fervor que estos jóvenes transmiten igualmente a la zarza morisca y al hinojo marino, hasta el más mínimo hierbajo con o sin espinas.

Antes de que llegaran las tinieblas, en la larga bancada de la terraza iluminada con luz que proporcionan los paneles solares, ya se había establecido la camaradería entre los intrépidos navegantes y los jóvenes guardianes de la naturaleza. Ellos eran unos diez alrededor de Eva, la única mujer de este paraíso. Antes muerto que ponerme lírico, pero no está de más anotar que, si bien el sol se pone todos los días, no es lo mismo que lo haga incendiando las calcinadas crestas de lava, devolviéndoles el fuego a los antiguos cráteres, mientras la luna llena rielaba a la vez en

el mar y en el caldo de la paella y dentro de ella fluía y se guisaba como un ingrediente más entre berenjenas, judías, coliflores y pimientos. Hice notar a los comensales que era la ocasión única en que iban a tomar una paella de luna. En la sobremesa nocturna unos hablaban de los satélites de Júpiter que se veían como un collar de diamantes, Ganimedes, Europa, Calisto, y otros no tenían la mente en el universo sino en los alacranes que discurrían entre las piernas. Si te pican al amanecer —dijo un entendido— apenas duele, porque ya han gastado de noche todo su veneno cazando. A veces suben a la litera si la sábana toca el suelo. Era lo mismo que hablar de política.

La rada de la isla Grossa está abierta a los vientos del primer cuadrante, a la tramontana, al gregal y al levante. Dado que el catamarán fondeado no cesaba de ser zarandeado por las olas se decidió dormir en tierra, unos en el faro, otros en las casernas. Puede que los ronquidos fueran similares a los cañonazos que soltaba el ejército cuando estos islotes servían de objetivo en las maniobras militares. Los navegantes se despertaron cuando el sol les entró en la boca abierta hasta el paladar, donde se juntó también con el aroma del café y del pan recién tostado. Después del desayuno, el parte anunció una fuerte marejada. Había que zarpar. Durante el regreso, los navegantes se bañaron en alta mar a la sombra de la isla La Foradada, exploraron algunas grutas y otros sentimientos varados. El mar se levantó de repente. Olas de dos metros comenzaron a batir la popa del catamarán y nos persiguieron cada vez más altas hasta arribar a Oropesa, pero la tormenta se desató cuando los navegantes ya estaban a salvo agarrados al palo mayor de un *gin-tonic* en la terraza del Voramar. Toda la noche hubo aguaceros de verano, cayeron rayos y estuvo tronando. Al día siguiente había algunos toldos rasgados.

**Vuelve Manuel Vicent con una recopilación de artículos en los que brilla su mirada inteligente, crítica e irónica de la realidad.**



«Este libro contiene algunos textos rescatados del tiempo que leídos ahora resultan una crónica de hechos, sensaciones e imágenes de nuestra reciente historia, y constituyen a la vez una manera de ver la vida y de enfrentarse al azar de los días propicios o adversos. Son páginas escritas para ser leídas con una copa en la mano, a ser posible con un daiquiri con un grado exacto de hielo, ron, azúcar y zumo de limón, para recordar los días felices del pasado, los veranos convulsos y todos los sueños derrotados con que se teje la urdimbre de la existencia.»

Todos ellos fueron publicados en el diario El País, pero salvadas de la desmemoria, las palabras escritas entonces adoptan otro sonido, otro sentido, y pueden abrir armarios durante mucho tiempo cerrados. Si un día estos artículos, crónicas, reportajes y estampas cumplieron su misión de ser leídos y a continuación olvidados, ahora recuperan un hipotético milagro. Un momento de felicidad da sentido a toda una vida. Cualquiera que remonte el río de la memoria hallará un aroma que dio estructura al mundo, un tacto sobre la piel que llegó a nublarle el cerebro, una música, una canción que le hicieron saltar las lágrimas. La felicidad también puede asumirse como un acto de rebeldía en el que hay que apoyar la palanca para sobrevivir.»

Manuel Vicent

**La crítica ha dicho sobre el autor y su obra...**

«Las columnas de Manuel Vicent no pretenden soportar ningún peso muerto; solo están escritas para el placer de los sentidos.»

Joan Manuel Serrat

«Vicent cuenta todo lo que sabemos y algunas cosas más con exquisita elegancia, no exenta de virulencia poética cuando hace falta...»

J.J. Armas Marcelo, *ABC Cultural*

«Manuel Vicent es la alegría contagiosa de tener algo que contar y contarlo magistralmente.»

Justo Navarro, *El País*

«Su gusto por el detalle no disminuye la contundencia gráfica. Cuando Vicent habla de algo lo ofrece abierto en la mesa de quirófano.»

David Trueba, *Babelia*

«Manuel Vicent es un ameno cronista y un fino retratista.»

Íñaki Ezquerro, *El Correo Español*

«Manuel Vicent se apodera de la realidad evocada y la vuelve vívida y candente. Se saborea, se palpa, se huele, se ve, se oye la ciudad, el campo, el mar. Todos los sentidos colaboran en esta escritura brillante, potente, feliz, habitada por la gracia suprema del gran estilista...»

Miguel García-Posada, *El País*

«Manuel Vicent es un prosista lírico, un narrador de aromas, un metaforizador del costumbrismo, un realista de la prosa sonámbula [...]. El autor nos recuerda en buena prosa la efímera, la dulce felicidad prohibida que hemos sido.»

Luis Antonio de Villena, *El Mundo*

«Dispara con balas elegantes.»

F.L. del Pino Olmedo, *Qué leer*

«¿Y cómo descifra la realidad o el mundo Vicent? Mediante la metáfora o la imagen.»

J. Ernesto Ayala-Dip, *Babelia*

«La mezcla de realismo y de calculada deformación expresionista vale de soporte artístico al relato. Vicent sopesa bien la dosis de lo uno y de lo otro y la combinación produce un excelente efecto.»

Santos Sanz Villanueva, *El Cultural*

«Manuel Vicent tiene una técnica muy depurada de tantear entre lo concreto y lo genérico, y a veces le florecen símbolos oportunísimos. Así le salen tan bien compuestos los ciervos de 14 puntas de la cultura del siglo XX que retrata en *Póquer de ases*.»

Álvaro Cortina (sobre *Póquer de ases*)

«Como en toda partida de cartas, en este *Póquer de ases* de Manuel Vicent se escribe mucho y se bebe mucho más.»

J. Rodríguez Marco, *El País* (sobre *Póquer de ases*)

«Sus daguerrotipos, crónicas urbanas y retratos han despejado atmósferas cargadas con una lucidez envuelta en elegante inteligencia. Su escritura encuentra un equilibrio entre la crítica mordaz y una cierta ternura con destellos de alegría. Dispara con balas elegantes.»

F.L. del Pino Olmedo, *Qué Leer* (sobre *Mitologías*)

«Dan ganas de vivir hasta los 75 solo para escribir un libro así.»

Luis Algorri, *Tiempo* (sobre *Mitologías*)

## Sobre el autor

**Manuel Vicent.** Nacido en Vilavella (Castellón), ha publicado en Alfaguara novelas como *Tranvía a la Malvarrosa* (1994 y 2014), *Jardín de Villa Valeria* (1996) —ambas recogidas junto con *Contra Paraíso* en el volumen *Otros días, otros juegos* (2002)—, *Pascua y naranjas* (1993), *Son de Mar* (Premio Alfaguara 1999), *La novia de Matisse* (2000), *Cuerpos sucesivos* (2003), *Verás el cielo abierto* (2005), *León de ojos verdes* (2008), *Aguirre, el magnífico* (2011), *El azar de la mujer rubia* (2013), *Desfile de ciervos* (2015) y *La regata* (2017). También es autor de la antología *Los mejores relatos* (1997) y de las colecciones de artículos *Nadie muere la víspera* (2004), *Las horas paganas* (1998), *Viajes, fábulas y otras travesías* (2006), *Póquer de ases* (2009), *Mitologías* (2012), *Los últimos mohicanos* (2016) y *Antitauromaquia* (2017), con ilustraciones de *El Roto*.

© 2018, Manuel Vicent  
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3596-1  
Diseño de cubierta: Sophie Guët  
Imagen de cubierta: Zean Mair-Macfarlane  
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué  
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## Índice

[Lecturas con daiquiri](#)

[\*Prosas que teje y desteje el tiempo\*](#)

[Aquellos días felices](#)

[El maestro de escuela](#)

[Julieta perdió la llave de casa](#)

[Fantasías eróticas de una pareja](#)

[Aventura en un vagón de tercera](#)

[Sístole y diástole de la libertad](#)

[Así se toma el daiquiri](#)

[La llave](#)

[Sobre arte](#)

[Guillotina](#)

[Mistela](#)

[Ser mujer](#)

[Tres goles](#)

[14 de abril](#)

[Bicicletas](#)

[Resonancia](#)

[La creación](#)

[Castigo](#)

[No pensar](#)

[El bastión](#)

[Estigma](#)

[Cocoteros](#)

[La daga](#)

[Inspiración](#)

[Mono alfa](#)

[El bosque](#)

[La gloria](#)

[La dieta](#)

[Doble mando](#)

[De viaje](#)

[Ego divino](#)

[Sin brújula](#)

[Un segundo](#)

[La muralla](#)

[Un vuelo](#)

[Resucitar](#)

[Agua clara](#)

[Desnudo](#)

[El libro](#)



[El asalto](#)  
[El retrato](#)  
[Las palabras](#)  
[Alma](#)  
[Sobre algas](#)  
[Resignados](#)  
[Puñalada](#)  
[Claveles](#)  
[Mar de Tono](#)  
[Rebeldes](#)  
[Códigos](#)  
[Rebelión](#)  
[Piratas](#)  
[Solo venial](#)  
[Mañana](#)  
[La ceguera](#)  
[Astronautas](#)  
[Vía Láctea](#)  
[Comer, leer](#)  
[Hacia la luz](#)  
[El compás](#)  
[Los sueños](#)  
[Kaláshnikov](#)  
[Contagio](#)  
[Dar la mano](#)  
[Tres caídas](#)  
[Batallas](#)  
[El más allá](#)  
[Por un verso](#)  
[Culpable](#)  
[Gravitación](#)  
[A las armas](#)  
[Lujuria](#)  
[Ojo mágico](#)  
[La comunión](#)  
[Demolición](#)  
[Un ser puro](#)  
[Por el arte](#)  
[El viento](#)  
[Baratijas](#)  
[Bolero](#)  
[Peste negra](#)  
[Saltamontes](#)  
[Oro macizo](#)  
[Saturnales](#)

[Menorca](#)  
[Caja negra](#)  
[Salteadores](#)  
[Mala leche](#)  
[Éxtasis](#)  
[Erudición](#)  
[Razón y fe](#)  
[Mil años](#)  
[Impostores](#)  
[Almanaque](#)  
[Bombardeos](#)  
[Acracia](#)  
[Replicantes](#)  
[Horóscopo](#)  
[En el medio](#)  
[Prometeo](#)  
[Por San Juan](#)  
[Velocidad](#)  
[Todo lleno](#)  
[Dialéctica](#)  
[Mosquitos](#)  
[Travesía](#)  
[Sopa regia](#)  
[Mono dios](#)  
[Secreciones](#)  
[La ofrenda](#)  
[Delirio](#)  
[Nevadas](#)  
[Almuerzo](#)  
[La secretaria](#)  
[Descrédito](#)  
[El paraguas](#)  
[La cloaca](#)  
[Caníbales](#)  
[Plegarias](#)  
[Entre las flores](#)  
[Año 2018](#)  
[Escapatoria](#)  
[Espárragos](#)  
[Sobre papel](#)  
[El mandato](#)  
[Sol naciente](#)

[Veranos](#)

[Verano de 1957: El sueño de una Ibiza preternatural](#)

[Verano de 1967: Cuando la libertad era un campo de minas](#)

[Verano de 1977: Cambio de chaqueta, cambio de pareja](#)

[Verano de 1987: Cuando el socialismo se hizo marbellero](#)

[Verano de 1997: Llega la derecha sin complejos](#)

[Verano de 2007: Bajo el reino de la codicia](#)

[El último verano: Luna de agosto en islas Columbretes](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)